

MALDITO

Corazón



Francine L. Zapater

Francine L. Zapater

MALDITO
CORAZÓN

Primera edición: mayo de 2023

© Francine L.Zapater, 2023

© Sello editorial Fabula Nova

© Grupo Editorial Traveler S.L.

C/Cepas, 9

28270, Madrid

www.editorialtraveler.com

E-mail: info@editorialtraveler.com

Depósito legal: M-16144-2023

ISBN: 978-84-127194-0-6

ISBN digital: 978-84-127194-1-3

Queda prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, así como la distribución de ejemplares.

Impreso en España

*A mis hermanas, porque con vosotras
todo es más fácil, y sin vosotras sería imposible.*

MALDITA SEA MI SUERTE

—¡Maldita sea!

Tiro el móvil dentro del bolso para no leer de nuevo el mail que acabo de recibir. Vaya mierda de...

«Déjalo, Sara, no te pongas mala sangre», me digo a mí misma sin que sirva de nada. Tengo la sangre podrida con este tema desde hace tiempo.

Cierro los ojos y me dejo caer hacia atrás en el sofá de la cafetería. Mi vida es un auténtico asco. Sin poder controlarlo me pongo a llorar, ¡seré tonta! Limpio las lágrimas de mala manera con el borde del jersey, como si este fuera el culpable de las desgracias que me ahogan.

—Disculpa, ¿puedo coger la silla?

—Haz lo que te dé la gana. No es mía —contesto, molesta porque alguien haya interrumpido mi círculo vicioso de frustración y pesimismo.

—¿Estás bien?

—Perfectamente.

Abro los ojos, con la intención de mandar a la mierda a semejante entrometido, cuando me quedo sin habla. Un paso por detrás del pesado de turno está él.

Ignoro por completo al de la silla y observo a Josán, con cara de idiota. Devoro su perfil con los ojos y mi mente se llena de recuerdos desterrados. Se gira y su mirada se cruza irremediabilmente con la mía. Agacho la cabeza demasiado tarde. Me ha visto y viene hacia mí.

—Sara.

No ha dicho mi nombre, lo ha besado. Solo él sabe hacer eso, acariciar las palabras con los labios de tal modo que parece besarlas.

Tiemblo por dentro y ni siquiera recuerdo por qué estaba llorando.

—Josán —contesto, cuando me recupero del impacto inicial y se me pasa (solo un poco) la estupidez—. Te hacía en Argentina.

—Ya, acabo de llegar. —Parece incómodo con el tema, y con la situación.

Tengo que largarme ya. Debo irme antes de que ese lazo invisible que empieza a alejarse de mi cuerpo vuelva a engancharse al suyo.

—Vale, pues nada, me alegro de haberte visto. Esto... yo... llego tarde a... un sitio.

—Claro. Cuídate.

—Sí, gracias, igualmente —balbuceo mientras desaparezco, como alma que lleva el diablo, en dirección a la calle.

Cuando llego al coche aún estoy temblando. No me puedo creer que haya vuelto. No me puedo creer que, por un capricho del destino, ambos hayamos escogido la misma cafetería (¡y mira que hay cafeterías!). Y no me puedo creer (valga la redundancia) que, después de diez años sin vernos, ¡tenga que coincidir con él con esta cara de oso panda gótico! En el retrovisor del coche mis ojos son dos manchurroneos negros por culpa del rímel y las lágrimas.

¡Maldita sea yo! ¡Maldita sea mi mala suerte! ¡Maldito sea Josán! Y ¡Maldito sea el mail recibido, por amargarme el día!

Un repentino ataque de nostalgia me invade mientras conduzco y, sin saber por qué, acabo aparcando en el lugar donde se agolpan nuestros recuerdos. Siempre venía aquí con él. Y, ahora, él ha vuelto y yo no puedo dejar de temblar.

QUÉ MALOS SON LOS LUNES

—No sabes cuánto tiempo llevo esperando esto —susurra en mi oído, haciendo que me derrita por dentro.

Un familiar cosquilleo asciende entre mis piernas al sentir las caricias de sus manos.

—No puedo creer que por fin... —jadeo, con la voz entrecortada, por culpa del calor que arde dentro de mí como un volcán a punto de estallar.

—Pues créetelo, porque estar dentro de ti es lo que me ha tenido obsesionado desde el primer día en que te vi —afirma, apretando su cuerpo contra el mío.

De un movimiento diestro, se hace con el control de la falda y me la sube sin miramientos.

—¿Estás diciendo que lo único que has tenido en la cabeza desde que me conociste ha sido llevarme a la cama? —Le suelto indignada, y me separo de él ligeramente ruborizada, por el calentón y la rabia, y vuelvo a colocar el borde de la falda donde debe estar.

—No seas tonta, hay más cosas que quiero hacer contigo, pero en estos momentos la que más me interesa es...

Pi pip pi pip pi pip...

Mierda, otra vez el maldito despertador. Entonces, ¿todo ha sido un sueño? ¿Josán no está en mi cama? ¿Y tan estúpida soy que ni siquiera en sueños puedo soltarme la melena y disfrutar de una sesión de sexo desenfrenado con él?

Joder, lo mío tiene que ser de psiquiatra. Y eso que esta vez no he tirado de recuerdos, porque entre Josán y yo nunca hubo sexo (aunque sí ganas, al menos por mi parte), pero, por lo visto, el subconsciente es más listo que la parte consciente y se ha saltado los malos rollos para ir directamente a por el pastel. No obstante, hasta en fantasías tengo que fastidiarlo todo.

Alargo la mano intentando acertar la diana y parar el despertador. El maldito cacharro parece cobrar vida y se escabulle entre mis dedos. Después de tirar las gafas, el libro, y empaparme los dedos al meterlos

dentro del vaso de agua, logro aporrear el diabólico aparato para hacerlo callar de una vez.

Sonrío satisfecha y me doy media vuelta, envolviéndome en las cálidas sábanas cual crisálida en plena metamorfosis. Voy a disfrutar de esta mañana de domingo de la mejor manera posible, calmando el calentón para dormir como una marmota.

¿Disfrutar? ¿Sin interrupciones? Alguien me habrá echado un mal de ojo porque ahora es el móvil el que empieza a tocarme las narices. Maldita sea, ¿pero es que la gente no tiene nada mejor que hacer que molestar? Decido ignorarlo, pero él no cesa en su empeño y sigue sonando, llamada tras llamada, hasta conseguir su objetivo: despertarme de mala leche.

—Qué —contesto, sin importarme quién esté al otro lado ni cuál pueda ser el motivo de semejante ultranza en contra de mi pobre persona.

—Sara, ¿dónde demonios estás? Hace media hora que deberías haber llegado. ¡Servimos el desayuno en diez minutos! ¡Mueve el culo y ven ya! —berrea mi compañera de trabajo al otro lado del teléfono, antes de colgar sin darme opción a contestar.

¡Dios! Mis ojos y orejas se abren más allá de los límites posibles. Miro alrededor estupefacta. ¿No es domingo? ¿Ya ha pasado el fin de semana?

Cojo el maldito despertador y, para mi horror y desgracia, me doy cuenta de que no, no es domingo, es lunes, me he dormido y mi jefe estará preparándose el finiquito en este preciso instante.

Diez minutos más tarde salgo disparada hacia el trabajo. El tiempo justo de vestirme, tomar de un trago el poso de café que quedó en la cafetera de ayer y coger el estuche de maquillaje (qué queréis que os diga, antes muerta que sencilla). Durante el trayecto aprovecho cada semáforo en rojo; en el primero pinto una raya en cada ojo, en el otro pongo algo de rímel en las pestañas y, una vez aparcado el coche, me doy un brochazo de colorete y salgo como un rayo hacia el hospital, con más rímel en el flequillo que en las pestañas, con una raya que parece hecha por la mano de un borracho y las mejillas más rosadas que las de Heidi.

Cuando abro la puerta del despacho de dietética me recibe el caos más absoluto. Mi compañera no está, seguramente se habrá ido a cocina a emplatar los desayunos del hospital y, mientras tanto, las impresoras siguen escupiendo fichas, sin importarle que aquí no haya nadie para recogerlas. Suelto el bolso de cualquier manera sobre la estantería que utilizamos para

tal efecto y me pongo manos a la obra. Recojo las tarjetas del suelo y de la impresora, para empezar a organizarlas por plantas, revisando que no haya ningún error.

Oigo el familiar ruido de la pesada puerta de metal al abrirse. No pierdo el tiempo en girarme y mirar, supongo que el chico que ayuda a mi compañera en la cocina viene a buscar más fichas de pacientes. Lleva un rato entrando y saliendo y no sé cómo decirle que me deje tranquila de una puñetera vez.

—No tengo nada, Pablo, cuando haya acabado las tres plantas que faltan ya las llevaré yo.

—No quiero molestarte, pero estamos parados —contesta una sugerente voz a mi espalda. Y esa voz no es de Pablo, seguro.

Me giro, más roja que una flor de Pascua, y veo un chico tremendamente atractivo (y a leguas se nota que bastante engreído, también). Moreno, de pelo corto y con unos ojos tan oscuros como una noche sin luna, enmarcados por unas espesas pestañas que solo consiguen ahondar más el pozo de su mirada. Hago un repaso rápido de su fisonomía, nariz recta, frente despejada, mentón bien marcado, en resumen, un rostro que no había visto por aquí. Aunque su cara me suena de algo... ¿lo he visto antes y no lo recuerdo? Qué raro, un ejemplar como este no suele pasarme desapercibido. Pero es nuevo, de eso estoy segura.

—Pensaba que... da igual. ¿Quién eres tú?

—Eso mismo me estaba preguntando —dice con picardía, mientras humedece sus labios con la lengua de un modo demasiado provocativo y sensual.

No, por favor, lo último que necesito son flirteos de buena mañana con un desconocido, desbordada como estoy.

—Mira, te ahorraré el bochorno de seguir tonteando conmigo, no me interesa. Guárdate tus sonrisitas babosas para otra y déjame tranquila, que tengo un hospital que alimentar.

Una sonora carcajada brota de su pecho, en respuesta, mientras se acerca a mi lado.

—Si te abrochas el uniforme, y ocultas el encaje del sujetador, a lo mejor dejo de sonreír como un baboso. —Y me lo suelta así, con descaro y sin vergüenza ninguna.

Aunque para vergüenza la mía. Inclino la cabeza y veo los botones mal abrochados. El borde de encaje rojo (que nunca uso para trabajar, pero que hoy con las prisas he cogido sin pensar) está expuesto a los ojos de cualquiera. Recoloco el uniforme, de espaldas al grosero entrometido, y lo ignoro para seguir con mi trabajo, tan estresada como antes, pero ahora además avergonzada y furiosa.

—¿Vas a retrasarte mucho? Necesitamos más fichas —me dice, y se inclina sobre la mesa donde las tengo todas esparcidas. Se ha acercado demasiado, invadiendo mi espacio personal con su delicioso aroma.

No estoy acostumbrada a que los hombres huelan tan bien en esta cocina, normalmente la mezcla de sofrito y sudor no suele llamarme la atención. Me descoloca, pero solo durante unos segundos, lo que tarda el agobio en vencer a la atracción.

—Tardaré lo que tenga que tardar. Joder, ¿por qué no ha venido Pablo a por las fichas? ¿Por qué ha tenido que mandar al nuevo gilipollas que tenemos en plantilla?

Y no lo he pensado, lo he dicho en voz alta, aunque esa no era mi intención. El estrés me deja el cerebro como pasta de magdalenas y la boca lo vomita todo sin pensar.

El chico nuevo se sienta encima de la mesa, frente a mí y me tiende la mano.

—Soy Hugo, el nuevo gilipollas. ¿Y tú eres?

Lo miro con excesiva curiosidad durante unos instantes. Sus ojos, grandes y expresivos, oscuros como el carbón, me sonríen. Increíble, lo he insultado, he intentado sin una pizca de educación echarlo de aquí, y el tío, encima, se sienta y se presenta. La gente está fatal. Qué lástima, tan mono y tan tarado.

—Vale, yo soy Sara y necesito que me dejes en paz de una vez.

Sin mediar palabra, Hugo se va y desaparece de mi vista. Me giro, arrepentida por la brusquedad con la que he tratado a semejante hombre. Ya no está. Una punzada de decepción me golpea y eso me sorprende. Últimamente, suceden cosas muy raras. El encuentro casual con Josán el fin de semana y ahora este... ¿cómo clasifico lo que acaba de pasar?

En fin, en este momento, y aun a riesgo de parecer bipolar, confieso que a pesar de haberlo mandado a pastos más verdes, me gustaría que hubiera hecho justo lo contrario. Sigo con esa sensación de que no es la primera vez

que he visto a este chico, pero la cabeza ya no me da para más. Estoy flipando con mis pensamientos. No necesito adoptar a un tío como él en esta fase de mi vida. ¿O sí?

La puerta vuelve a abrirse cinco minutos más tarde y me giro ansiosa, esperando reencontrarme de nuevo con él. Pero esta vez es Pablo quien se encarga de recoger las fichas que he revisado. Qué decepción.

«No, Sara, no. Frena y olvídate del nuevo. Bastantes problemas tienes ya», me dice mi cabeza, que por fin ha vuelto a hilar pensamientos decentes.

Una hora más tarde, y después de finalizar la ardua tarea de servir los desayunos del hospital, respiro aliviada y hago un resumen mental de esta paranoica mañana de lunes: he llegado tarde, mi compañera, desquiciada, debe estar a punto de concluir su trabajo en cocina y vendrá dispuesta a matarme con sus propias manos, un tío bueno se ha interesado en mí —más de lo que se ha interesado ningún otro en toda mi vida— y lo he tratado como a un despojo. Pero, a cambio, he solucionado medianamente bien el caos que se había montado y los pacientes desayunarán sin ser conscientes de mis desgracias.

Vale, la semana no empieza de la mejor manera, pero, por suerte para mí, el despacho del jefe sigue cerrado y nadie, excepto Laura, se ha enterado de mi desliz con las sábanas.

—No pienso cubrirte más —dice mosqueada mi compañera nada más entrar.

Su cara, roja como un tomate, no me pasa desapercibida, no sé si por la rabia o por el frío que ha tenido que soportar durante las dos horas que ha pasado en la línea fría de emplatado.

—He traído cruasancitos de chocolate para desayunar —digo conciliadora, mirándola con arrepentimiento.

—Joder, Sara, ¡sabes que estoy a dieta!

Ups, es verdad, Laura sigue la dieta de los lunes. Es decir, solo los lunes está a dieta porque el resto de la semana ni se acuerda de ella.

—Son pequeñitos —me justifico, y saco del bolso el paquete de la panadería.

¡Dios, huelen a pecado! Miro su cara y veo que el aroma a mantequilla y chocolate negro ha conseguido suavizar el tono rubí de su rostro.

—Está bien, dame uno para calmarme los nervios. Al final si no consigo entrar en el vestido de novia dentro de dos meses, será culpa tuya —zanja

con la boca medio llena, degustando el pequeño cruasán que le acabo de dar.

—Tranquila, estarás estupenda. Además, yo te veo más delgada. Estoy segura de que tú y Roberto os habéis empleado a fondo este fin de semana.

—Qué más quisiera yo —se queja—. Este fin de semana tampoco ha habido *Hat Trick*.

—¿*Hat* qué? ¿Es algo así como el *puenting*?

—No, tonta, es lo que dicen los futbolistas cuando marcan tres goles en un mismo partido. ¿Lo pillas?

—¡Ah! No tenía ni idea. —Caigo repentinamente en que mi amiga se está refiriendo al número de polvos que podría haber echado este fin de semana con su novio—. Como yo paso del fútbol y no tengo nadie que me haga un *jaque mate* de esos...

—*Hat Trick*, se dice *Hat Trick*. En serio, necesitas ponerte al día con tu inglés —suelta sin piedad.

—Lo que necesito es un futbolista millonario que, como mínimo, quiera jugar un partido conmigo, y si me mete tres goles pues mejor que mejor.

—¡Serás zorrón!

—¿Zorrón yo? Pero si llevo tanto tiempo sin salir con nadie que creo que vuelvo a ser virgen.

Mi compañera rompe a reír a carcajadas mientras ataca de nuevo la bolsa de cruasancitos. Ya va por el tercero. Esta semana no va a haber ni siquiera dieta del lunes, pero me alegro de que ya no esté enfadada conmigo. La verdad es que nos llevamos muy bien y me siento fatal cuando le hago jugadas como la de esta mañana.

—Oye, ¿quién es el chico nuevo? —pregunto, como si no me interesase tanto como me interesa. Laura me mira con cara de «de qué va esto».

—Creo que es el sustituto de Andrés. ¿Por qué lo preguntas?

—No sé, curiosidad. Ha venido a por fichas y me ha llamado la atención porque no lo tenía visto.

—¿Has hablado con él? ¿Te ha dado su número de teléfono? ¿Tiene WhatsApp?

—¡Eh, para el toro! Solo sé que se llama Hugo. Y que tiene esa pinta de chulo prepotente que traen todos los tíos buenos de fábrica.

Laura me mira con la ceja alzada. Oh, Oh. Houston, tenemos un problema. Mi amiga está a punto de sacar la celestina que lleva dentro.

—Vaya, vaya. No lleva ni media mañana aquí y ya le has echado el ojo. ¡Lagartona!

—¡Eh! No te equivoques, que el obstinado ha sido él. Yo no tengo el más mínimo interés. No es mi tipo.

Obstinado no es la palabra más correcta para definir cómo me ha entrado el susodicho, pero no tengo ganas de dar más alas a la imaginación de Laura, que anda sobrada de casa.

—Mientes fatal, Sara. El chico nuevo es el tipo de cualquier mujer con ojos en la cara.

Vale, vale. Tengo que cambiar de tema, porque no es Hugo quién me roba el sueño, de momento. Y si no le cuento la noticia a Laura, reviento.

—Por cierto, hablando de tíos buenos, no adivinarás nunca con quién coincidí el sábado por la mañana en Starbucks.

—Suéltalo de una vez, que lo estás deseando —dice, dedicándole más atención al cruasán que acaba de coger que a mis palabras.

—Con Josán.

Laura se atraganta a medio bocado y me mira con los ojos como naranjas.

—No.

—Sí

—¡No!

—¡Sí!

—¡Ahh! ¡No me lo puedo creer! ¡Josán ha vuelto!

—Uf, calla, calla. No quiero ni pensarlo. Imagínate que hasta he vuelto a soñar con él. Creía que lo tenía superado, pero ha sido verlo y pfff...

No encuentro una palabra que exprese mejor lo que siento que ese suspiro cargado de intenciones lujuriosas.

—Madre mía, ¿y has esperado dos días para contármelo? ¿Y tú me llamas amiga?

—No quería decírtelo por teléfono.

—Pues haberme dicho de quedar.

—¿Estás de broma? Tú los fines de semana estás abducida por tu novio. No te despegas de él ni para ir al baño.

Laura se calla, porque sabe que tengo razón. Tiene una relación demasiado cerrada con Roberto. A su novio no le gusta que quede conmigo y pase de él. Y, aunque más de una vez le he dicho a Laura que tiene que hacer lo que le apetezca, ella acepta sumisa ese férreo control.

Decido seguir explicándole mi encuentro con Josán, para aliviar la tensión que se ha colado entre ambas.

—Además, fue un encuentro casual, ninguno de los dos se lo esperaba. Ni siquiera sé qué hace aquí, o si se volverá a marchar. Prefiero no ilusionarme. Si yo tuviera algo que ver en su regreso, me habría buscado ¿no?

Mi compañera deja de engullir el cuarto cruasán, para mirarme con esa cara de sabionda que detesto porque sé, a ciencia cierta, que va a dar en clavo con sus próximas palabras.

—Tú no te lo esperabas, pero él ha vuelto y sabe los lugares que frecuentas habitualmente. Es probable que su paso por la cafetería esa mañana no fuese del todo casual.

Madre mía, ¡madre mía! ¿Y si tiene razón? No quiero darle alas a mi corazón, pero este ya ha despegado, vuela alto y sin paracaídas. Maldito corazón traicionero.

—¿Has visto si ha llegado el Neuras? —pregunto, para cambiar de tema, mientras mordisqueo nerviosa la punta cubierta de chocolate del cruasán y dejo que este pecado calórico se deshaga en la boca y apacigüe mis demonios.

Neuras es el apodo que usamos entre nosotras para hablar del jefe. Por cierto, si no me equivoco hoy teníamos reunión de pastores, ¿será para hablar sobre el último encontronazo que tuve con un enfermo? Si es así, yo seré la oveja muerta.

Son pocas las ocasiones en las que merodeo por las habitaciones del hospital para visitar a algún enfermo descontento con su dieta. Por suerte, para todos, suelo estar encerrada en el despacho, a salvo, y mi relación con el mundo hospitalario es esporádica.

—No, su oficina está cerrada a cal y canto. Estará babeando por alguna enfermera en los ascensores.

Sonrío al imaginarme la escena y, sobre todo, porque sé que Laura está en lo cierto. Marcos, el Neuras, es un cuarentón que no se resigna a envejecer y sigue persiguiendo a jovencitas de veinte años. Debo admitir que, para la edad que tiene, su físico es envidiable, sin un gramo de grasa sobrante, superando el metro ochenta y con un aire (bastante lejano, pero un aire) a Richard Gere. Cuida de su pelo como si fuera su mayor tesoro y es un estandarte metrosexual en toda regla. Pero su apodo se lo ha ganado a

pulso. Tiene una personalidad variable, no, esa no es la palabra justa, mejor decir que es inestable o, directamente, bipolar. Nunca sabemos con qué faceta de él nos encontraremos al llegar al trabajo, si con el Marcos sobón, que flirtea con todo lo que se le pone delante con un par de tetas, o con el jefe borde y prepotente, que nos ignora o avergüenza con sus sarcasmos.

Lo que no ha terminado de encajarme es el tono reprobatorio de mi compañera hacia la tendencia insana de nuestro jefe por los «yogurcitos» en prácticas del personal de enfermería. A pesar de que tan solo hace tres años que Laura trabaja aquí, conoce a Marcos bastante bien, y sabe cómo se las gasta con las chicas de su edad. Aunque no tanto como yo, que llevo más de una década soportándolo, primero como compañero y ahora como jefe insufrible. Laura es mucho más joven que yo. Diez años, para ser exactos y encaja en el prototipo de Marcos. Veintipocos, pelo castaño claro, largo y ondulado, no muy alta, con trasero y delantera prominente, y una carita de ángel en la que destacan dos grandes ojos verde turquesa. Si no la conociera diría que está... ¿celosa? ¡Anda ya! Eso es imposible. Laura se va a casar con Roberto. No conozco una pareja más estable y duradera que ellos.

No sé, debo estar imaginando lo que no es. Sé cómo se comporta el Neuras, y de él me espero cualquier cosa, pero pondría la mano en el fuego por mi amiga. O sea que tengo claro que ella no siente el más mínimo interés en sus constantes coqueteos ni le molestan ni nada de nada, pero el tono de sus palabras... Mejor dejo de darle vueltas al asunto porque hoy tenemos reunión con él y, por una vez, y sin que sirva de precedente, preferiría que viniera a trabajar con su vena lasciva, y no con la prepotente.

—Voy al lavabo, que he comido los cruasanes con tanta ansia que me han sentado como un tiro —comenta, saliendo de la oficina sin esperar respuesta.

No puedo evitar sonreír mientras doy media vuelta para ponerme delante del ordenador, y revisar las dietas que serviremos en el servicio de la comida.

—¡Deja de perder el tiempo y a trabajar!

Doy un bote en el asiento, asustada, cuando mi jefe me grita en la oreja, mientras yo fantaseo con cosas cubiertas de chocolate.

Me giro de inmediato y lo veo, partiéndose de risa por la cara de susto que me ha dejado. Genial, hoy tenemos a Marcos con la vena payasa.

—Ya te vale, ¿no basta con un simple «buenos días»? —le reprocho. Nos conocemos demasiado bien como para mantener ciertas formalidades—. Ya sabes que conmigo tonterías las justas, don Juan de pacotilla.

—Me encanta cuando te pones echa una fierá —contesta, sacando morritos y se da media vuelta para irse por donde ha venido.

Laura llega justo en ese momento y tropieza de frente con él en la puerta. La veo enrojecer cuando sus miradas coinciden. Uy, esto no tiene buena pinta.

—Buenos días, ojazos —le suelta el Neuras sin distanciarse ni un milímetro de ella.

—Hola —contesta mi compañera, agachando la mirada para entrar en el despacho.

Ojazos es el piropo habitual que Marcos tiene reservado para Laura, aludiendo a sus espectaculares ojos verdes, pero nunca la había visto tan afectada por ese saludo como hoy.

—Os recuerdo que en media hora tenemos reunión con la jefa de área.

Son las últimas palabras de Marcos y las dice sin esperar una respuesta a cambio. Me quedo mirando a Laura con el ceño fruncido. Ambas estamos acostumbradas a las tonterías del idiota de nuestro jefe, y sabemos que pierde la fuerza por la boca. Por eso, verla tan alterada no me parece normal.

—¿Estás bien? —le pregunto, para iniciar el tema.

—No mucho, tengo ganas de vomitar.

—Será por los cruasanes.

—Sí, será por eso.

Menudo diálogo de besugos. Las dos sabemos aquí que el malestar repentino de Laura no tiene nada que ver con unos simples cruasanes. Pero si no me lo quiere contar, allá ella.

Media hora más tarde estamos sentadas en el despacho de Vanesa Morales, la jefa suprema, con un pequeño informe en el que se detallan todas y cada una de las quejas que han llegado hasta sus oídos. ¡Malditos enfermos chivatos! No nos dejan pasar ni una.

—Creo que la solución a esta avalancha de reclamaciones por parte del cliente es evidente.

Laura y yo nos miramos, como si fuésemos retrasadas mentales, por no entender tal evidencia. Fijamos la atención en nuestro jefe, intentando hallar

luz en sus próximas palabras.

—Una de vosotras se dedicará en exclusiva al trabajo del despacho y la otra a visitar a todos los pacientes del hospital, para dar una atención más personalizada.

—¿Qué? —exclamo al escuchar semejante barbaridad, y más habiendo salido de la boca del Neuras.

¿Cómo puede pensar que el problema se arregla mandando a una de nosotras al campo de batalla?

—Sara, la propuesta de Marcos es muy interesante —dice la jefa, con su cara de caballo amargado—. Si una de vosotras pudiera dedicarse a atender las quejas y los problemas de los clientes *in situ*, nos ahorraríamos muchas reclamaciones como estas —concluye, aireando el informe del cual nos ha pasado una copia a cada una.

Me revienta cuando usan el término «cliente» para referirse a los pacientes hospitalizados. Pero ¿qué se creen? ¿Que estamos en el Ritz? La gente viene aquí a curarse, no a degustar maravillosos menús con estrella Michelin. La comida es un añadido al ingreso, que si estuviera bien cocinada ni siquiera sería un problema, como lo ha sido hasta la fecha.

Perfecto, creo que el día no puede empeorar más.

—¿Ya has pensado quién podría hacer este trabajo? —pregunta Vanesa al Neuras.

Marcos nos mira a ambas, con cara de lobo feroz a punto de devorar a caperucita (solo le falta el hilillo de baba resbalando por la comisura de los labios).

—Creo que Sara es la persona idónea —suelta sin más, desde su posición de jefe supremo.

—¿Yo? ¿Por qué? —replico inmediatamente y me pongo en pie de un salto.

Estaba equivocada, el lunes podía empeorar muchísimo más.

—Porque tú tienes más mala leche —añade, posando su mano sobre mi hombro en un gesto conciliador. Me siento de nuevo para liberarme de sus zarpas—. Necesitamos alguien con carácter ahí arriba. Laura es demasiado buena y se acobarda con facilidad —explica, guiñándole un ojo a la susodicha que empieza a enrojecer como un tomate.

—O sea, ¿que el problema es que yo tengo más carácter? Eso no es justo. A lo mejor empeoro las cosas en vez de mejorarlas. De hecho, la semana

pasada tuve un encontronazo con un paciente, —digo a la desesperada, intentando hacerles cambiar de opinión—, seguro que en estos papeles está reflejada su queja —aseguro, mientras rebusco con ansia en el informe que la supervisora nos ha pasado.

—Lo dudo —asevera Vanesa, respaldando la decisión de Marcos con una sonrisa provocadora.

Es evidente que bebe los vientos por él, ¡qué asco!

—Necesitamos un león y no un corderito ahí arriba.

Suelto un bufido, exasperada. Está claro que no hay nada que hacer. Mi trabajo va a dar un giro de 180 grados y espero no volcar en el camino.

—Supongo que no puedo negarme, ¿verdad?

—Claro que puedes negarte —dice mi jefe, con hielo en los ojos—. Pero avísame con tiempo para informar al Departamento de Recursos Humanos de que preparen tu finiquito.

Y así, sin vaselina, a pelo, me suelta semejante amenaza. Para que luego digan que los trabajadores tenemos derechos..., sí, derecho a engrosar la fila del paro es a dónde nos vamos si se nos ocurre protestar.

—Está bien, ante semejante perspectiva no puedo rechazar la tentadora oferta que me hacéis —contesto con todo el cinismo del mundo, dirigiendo una mirada envenenada al cabrón de mi jefe que me la ha jugado bien jugada. Quería un león, pues aquí lo tiene.

—Perfecto. Me pondré en contacto con la coordinadora del hospital y elaboraremos un protocolo para tus nuevas funciones, y a lo largo de esta semana quedaremos para comentarlas. Felicidades, el lunes que viene arrancas en tu nuevo puesto de trabajo —zanja la jefa, más contenta que unas castañuelas, poniéndose en pie para darnos a entender que la reunión ha finalizado y ya podemos largarnos de su maravilloso despacho.

—Claro, ningún problema —apostillo entre dientes y me levanto para salir escopeteada de aquí.

Abro la puerta y me encuentro de frente con Hugo. Lleva un carro lleno de platos rotos y desgastados. Me quedo paralizada un segundo cuando sus ojos se clavan en los míos, por suerte reacciono rápido, aparto la mirada y paso por su lado sin hacerle ningún caso. Supongo que Vanesa querrá ver el estado lamentable de nuestra vajilla en la comodidad de su despacho, no vaya a ser que por acercarse a la cocina le peguemos algún extraño virus.

Laura y yo caminamos por la calle de vuelta al edificio principal del hospital, en silencio. Marcos y el nuevo se han quedado con la jefa, revisando platos (o montándose una orgía encima de su mesa, vete a saber), mientras nosotras volvemos a nuestro trabajo. Ninguna de las dos nos atrevemos a decir nada, hasta que Laura se lanza.

—¿Tú también crees que soy un cordero? —pregunta, dejándome a cuadros.

—¿En serio? ¿Eso es lo único que te importa de la reunión que acabamos de tener? ¡Acaban de joderme viva! ¿Y a ti te preocupa ser un cordero? ¡Ojalá fuera yo el puto cordero, para que me dejaran tranquila en nuestro despacho en vez de mandarme entre los lobos!

Mi compañera empieza a palidecer. Me siento mal al instante, ella no es la culpable de que mi vida laboral se esté hundiendo en la miseria en estos momentos, encima de que la pobre me ha cubierto las espaldas esta mañana.

—Lo siento, no quería pagarla contigo. Y no, no creo que seas un cordero, tienes mucha personalidad. Pero el cerdo de nuestro jefe no ve más allá de tus tetas y tu culo. Ya lo sabes.

Laura en vez de contestar vuelve a enrojecer. Esto es cada vez más raro. ¿Por qué se pone así cada vez que hablo de Marcos o se cruza con él? En algún momento va a tener que explicármelo, pero no ahora. Ahora estoy demasiado estresada, con un mosqueo monumental, y jodida como para preocuparme por problemas ajenos.

—¿Nos vemos para comer? —La voz proviene de mi espalda y consigue sobresaltarme.

—¿Perdona?

Me doy la vuelta, con la mano en el pecho para sofocar el susto que me ha dado, y veo a Hugo detrás, con el mismo carro lleno de platos rotos y una sonrisa cargada de intenciones ocultas.

Laura que cree reconocer un buen partido para su amiga, o sea yo, en cada hombre que se cruza en mi camino, decide dejarme sola para largarse sin remordimientos.

—Voy tirando, ¿vale?

Apenas tengo tiempo para quejarme antes de que Hugo se coloque a mi lado e insista en su petición.

—¿Qué me dices? ¿Quedamos para comer?

Lo observo inquisidora unos segundos sin conseguir que agache la mirada, me mantiene la vista descarado, pero yo no tengo intención de seguirle el juego.

—No como aquí. Lo siento —le suelto y, sin esperar respuesta, cruzo las puertas automáticas del hospital y sigo el camino hacia el despacho.

Mi estómago parece a punto de hacerse un torniquete a sí mismo, y mi corazón a duras penas consigue normalizar su ritmo. No sé decirlos con claridad qué me ha llevado a este estado de ansiedad, si el descarado de Hugo o la reunión con los jefes, pero tanto si es uno como si es lo otro, no pienso agradecerles semejante sensación de angustia y desazón.

TE ODIO, MÓVIL

Llego a casa arrastrando los pies y el bolso. Ha sido un día horrible y lo único que deseo en estos momentos es que acabe de una maldita vez. Abro el ordenador para ver los correos. Para terminar de empeorar el día, me he quedado sin batería en el móvil.

Nada. No hay nada en la bandeja de entrada. Mi sueño está a un paso de convertirse en otra pesadilla. Quiero dedicarme a escribir y solo espero que las letras se me den mejor que la dietética porque si no, lo tengo negro, pero que muy negro.

—¿Estás aquí?

Suelto un grito y el estómago se pone del revés a la vez que doy un bote en el asiento.

—¡Mamá, por Dios! Podrías avisar antes de entrar, ¿no? Me has dado un susto de muerte.

—Ya ves tú, ¿asustarte de qué? ¿Quién va a entrar en tu casa así sin ton ni son? —dice extrañada, como si con ella no fuera la cosa—. En fin, que vengo a decirte lo que ha hecho hoy tu padre. Que me tiene harta ¿eh? No te lo vas a creer...

Y así, sin comerlo ni beberlo, me toca escuchar los lamentos de mi madre. Como cada día. Pero hoy no tengo ni ganas ni ánimo para sus monsergas.

—Mamá, estoy escribiendo —suelto, para quitármela de encima—, hablamos luego, ¿vale?

—Ay, hija, ¿aún sigues con esa manía tuya? Mira que en ese mundillo hay mucho malo. Si no fíjate lo que le ha pasado a la cantante esa, ¿cómo se llama?

—Mamá, ¿en serio vas a comparar escribir un libro con ser una cantante mundialmente famosa? Si a los escritores no los conoce ni su familia.

—Anda, anda, tú hazme caso que te lo digo por tu bien. Olvídate de la tontería esa de escribir y céntrate en formar una familia como Dios manda. Como tu hermana.

Ya estamos con las comparaciones, otra vez. Vale, ahora sí que hemos llegado al punto final de nuestra conversación. Me levanto, la agarro por el brazo y, sin mediar palabra, la invito a salir de mi casa y largarse a la suya.

Supongo que hemos llegado a la parte en la que debo contaros algo sobre mí. Está bien, si no tengo más remedio os haré un pequeño resumen. Tengo treinta pocos (tampoco necesitáis una cifra exacta, creo yo), soy mileurista y vivo en un piso al lado de mis padres, del que ellos son propietarios y en el que me dejan vivir sin pagar un céntimo, a cambio de controlar todos y cada uno de mis movimientos. Como ya habréis adivinado, tienen una copia de la llave de casa, y mi madre hace uso de ella a su antojo para entrar y salir cuando le apetece. Una emancipación maravillosa, ¿verdad?

Además, hay un pequeño detalle que aún no he mencionado: mi novio ha dejado de serlo hace unos meses y mi madre aún no lo ha superado. Tenerla todo el día comiéndome la oreja por haberle dado semejante disgusto y... bla, bla, bla, (qué os voy a contar que no sepáis, todos tenemos una madre), no ayuda.

Pero lo nuestro era una muerte anunciada. ¿El motivo de mi fracaso amoroso? No lo sé, la verdad. Falta de amor, de interés, de ganas... Ni idea. Yo pensaba (aunque me equivocaba al doscientos por cien), que el problema era que nos habíamos estancado después de tres años de noviazgo y que había llegado el momento de dar un paso más en nuestra relación. Pero entonces, Pol empezó a quejarse de que lo estaba agobiando, que necesitaba espacio... etc. Total, le dejé espacio y se lio con la camarera del restaurante en el que trabajaba los fines de semana para pagar el alquiler. No soy de naturaleza celosa, pero como comprenderéis ese fue el punto final a nuestra historia.

Por eso sigo viviendo de ocupa en el piso prestado de mis padres, con un sueldo de mierda y más sola que la una.

En fin, se acabó el lamento. Porque si de algo estoy segura es de que a Pol le carcomerá el miembro viril alguna enfermedad venérea, contagiosa, muy dolorosa, y así no seré la única amargada con esta situación. A eso se le llama pensar en positivo, ¿no?

¿Y lo de escribir? ¿Cómo me dio por ahí? Simple. Empezó como un entretenimiento, para evadirme de una vida amorosa de pena. Cuando todo se desmoronaba entre Pol y yo, me liberé plasmando en papel lo que durante años había reprimido bajo una capa de normalidad. Ni siquiera me

planteaba dejar salir esta historia de casa. Era algo mío, una vía de escape. Y así, casi sin pensarlo, acabé con un libro escrito.

El orgullo, que pocas veces suele ser buen consejero, me hizo darle a leer ese manuscrito a mis hermanas (ya las conoceréis más adelante), y fueron ellas las que me empujaron casi literalmente a sacar a la luz ese pequeño retazo de mi persona. Y, superado el subidón inicial por atreverme a enviar el manuscrito a gente extraña (entiéndase, editoriales), he llegado a la peor parte del proceso, esperar con ansia respuesta por parte de alguna de ellas.

Me imagino, a diario, cuando voy de camino al hospital con menos ganas de trabajar que el sastre de Tarzán, que publican esa historia y de la noche a la mañana entro en la lista de *bestsellers*.

Pero solo son imaginaciones de una mente calenturienta. Así que, por ahora, no me queda más remedio que seguir lidiando con la mierda de presente que ha quedado a mi alcance.

«Pi pip». Miro de reojo el móvil. Estoy intentando esbozar el argumento de una nueva historia y no tengo que sucumbir a la tentación de mirar el mensaje que acaba de llegar.

«Pi pip». Vale, solo deslizo la pantalla para silenciar el teléfono y prometo no despistarme con el WhatsApp.

Me levanto y, antes de cogerlo, vuelve a sonar. Lo desbloqueo, deslizo hacia abajo para silenciar el volumen y... ya está, he mirado sin querer, sin querer evitarlo, claro.

Josán: Hola, veo que conservas el mismo número. ¿Qué haces? ¿Estás trabajando?

Tiro el móvil como si acabase de quemarme los dedos. Llevamos diez años sin tener contacto alguno, ¿y de golpe y porrazo me manda mensajes preguntando que qué hago?

«He olvidado por completo lo que estaba haciendo por tu culpa, imbécil», pienso mientras recojo el teléfono del suelo.

¡Ah, sí! Ya lo recuerdo, estaba intentado escribir, pero más vale que lo deje porque va a ser misión imposible enlazar dos palabras seguidas después de ver sus mensajes.

Busco a Laura en mi lista de contactos.

Yo: Joder, ¡que acaba de escribirme! ¿Le contesto?

Madre del amor hermoso, me va a dar un yuyu. Quieres contestarme de una vez, ¡maldita sea!

Laura: Eres muy pesada. ¿Quién te ha escrito?

Yo: Pues quién va a ser, ¡Josán!

Laura: ¿Y qué demonios haces hablando conmigo?

Pues tiene razón ni que tuviera quince años. Entro en el chat de Josán para responder. Soy una mujer adulta, capaz de relacionarme con normalidad con el chico que me rompió el corazón como si el asunto no tuviera importancia. Ha llovido mucho desde entonces y podemos volver a ser amigos, ¿no? ¡Anda ya, Sarita! Eso no te lo crees ni borracha. Mejor me desahogo con Laura y paso de él.

Yo: No pienso hacerle ni puñetero caso.

Lleva diez años desaparecido y, ¿ahora le ha entrado curiosidad por saber de mí?

Yo: ¿Sabes lo que te digo? ¡Que le den!

Envío el mensaje y... ¡Noooo! ¡Estaba dentro del chat de Josán! Suelto el móvil desesperada. ¡Mierda, mierda, mierda! Voy a enterrar la cabeza bajo tierra y a quedarme a vivir ahí para los restos.

«Pi pip».

Me lanzo al suelo, literalmente, a por el teléfono y desbloqueo la pantalla.

Josán: Lo siento.

¿Que lo siente? ¿Qué es lo que siente? ¿Haber leído mi mensaje? ¿Haberse largado como un cobarde hace diez años? ¿O ponerse en contacto de nuevo conmigo después de ese tiempo?

Uf. Abandono por hoy. Mejor me voy a la cama y le pregunto a la almohada quién de los dos es más idiota, si él o yo. La almohada, en su

infinita sabiduría, dice que a idiota no hay quien me gane.

El subconsciente aprovecha que mi parte consciente está en brazos de Morfeo, y me juega una mala pasada, llevándome al rincón de los recuerdos desterrados... Visualizo la escena de nuestro primer encuentro, hace catorce años, como si la tuviera delante.

Las mesas de la biblioteca están llenas de estudiantes en busca de una paz que no se encuentra en el bar de la facultad. Estamos en el primer semestre y los exámenes empiezan a amargarnos la existencia. Mordisqueo el lápiz que tengo entre los dedos mientras observo al chico que acaba de entrar. Está en mi clase, pero nunca he hablado con él. Tiene esa pinta de liberal revolucionario que se encadenaría un árbol para evitar la deforestación en el Amazonas. Alto, delgado, con el pelo castaño, ligeramente ondulado recogido en una coleta mal hecha y los ojos tan verdes como los bosques que de seguro está dispuesto a defender con su propia vida. Es guapísimo, de esos con un aire intelectual que ni siquiera saben lo buenos que están. Nuestras miradas coinciden y lo veo venir hacia mí. Agacho la vista e intento disimular entre la pila de libros que he cogido con el fin de estudiar.

—Hola.

—Hola —contesto, evitando la tentación de mirarlo demasiado rato. Alzo la vista un segundo para saludarlo y hago como si estuviera muy concentrada en lo mío.

—¿Te importa si me siento aquí, contigo? Te he visto en clase y me he dado cuenta de que la nutrición se te da mejor a ti que a mí.

—No te creas, no es que se me dé bien, pero los libros son los únicos que me soportan, por ahora, y eso tiene sus ventajas.

El chico guapo empieza a reírse y la bibliotecaria nos fulmina con la mirada.

—Josán —me susurra, sin borrar la sonrisa de sus labios.

—Sara.

—Pues si a tus libros no les importa compartirme conmigo, me encantaría formar parte de ese círculo exclusivo de amigos y, por qué no decirlo, aprovecharme de tus conocimientos para aprobar los exámenes.

Me gusta su sinceridad y esa cara de niño bueno. Creo que este chico y yo podemos llevarnos bien.

—Tendrás que currártelo un poco más si quieres pegarte a mi sabiduría como una vil garrapata.

Y ahora somos los dos los que nos reímos a carcajadas, hasta que la responsable se acerca para invitarnos a abandonar la biblioteca.

Josán y yo nos largamos entre risas al bar de enfrente, con más ganas de hablar que de estudiar...

¡AY, LAURA, QUE NOS PERDEMOS!

Por más que miro y remiro el menú del comedor laboral los platos siguen sin gustarme. Es miércoles y de primero toca lasaña, sopa o una crema de algo verde, y pescado en salsa o bistec a la plancha con patatas, de segundo. Es terrible tener que comer lo mismo que has servido para casi setecientos pacientes. Te sientes enfermar al instante. Laura no pone tantos reparos a la hora de elegir: lasaña y bistec con patatas. Al segundo podría apuntarme, al primero, ni loca.

Nunca comáis carne picada fuera de casa, hacedme caso, sé de lo que hablo. Y con esto no quiero decir que la lasaña ajena tenga algún problema de salubridad, ¡Dios me libre de hacer semejante afirmación! Pero nunca se sabe qué restos han aprovechado para rellenarla, y eso sí que os lo puedo decir abiertamente.

Al final he optado por la sopa, (que al menos sé que es de caldo concentrado y pasta) y el bistec. Veo de lejos que Hugo, el chico nuevo, acaba de entrar en el comedor. Está haciendo cola en el *self-service* y yo aprovecho para escanearlo de arriba abajo. Los hombros anchos se perfilan, sutilmente, bajo un uniforme demasiado holgado para mi gusto, y el trasero se pierde bajo una estrecha cintura que consigue atrapar toda la atención, hasta que se da la vuelta y me pilla desnudándolo con la mirada. Me sonrío y viene directo hacia nuestra mesa. Agacho la vista, centrada en comer sopa, con más vergüenza que hambre. Hugo nos saluda y se sienta a mi lado, como si llevase toda la vida comiendo conmigo. A punto estoy de atragantarme con la sopa y escupirla por la nariz, si es que es posible hacer eso con la nariz.

—¿Sopa? ¿Estás enferma o qué?

—Que aproveche, gracias, igualmente —contesto, dándole a entender el tipo de diálogo que debería haber iniciado en vez de meterse con mi comida.

—A mí seguro que me aprovecha, pero ¿a ti? ¿Estás segura de que no quieres lasaña? Está de vicio —asegura, mientras se lleva un buen pedazo a la boca.

—Sara no come carne picada fuera de casa. Tiene una extraña manía con eso —afirma Laura, como si yo no estuviera presente para explicarme.

—No es una manía —me defiendo—. Es sentido común, ¿tú has visto qué metían en la picadora? Yo no, y por eso no pienso comerlo. Punto.

Y me centro en tragar la sopa, que está mala con avaricia. Hugo me mira, mira su plato y dice:

—De algo hay que morir. —Y sigue comiendo tan feliz.

—¿Qué tal tus primeros días? ¿Qué te parece el trabajo aquí? —pregunta Laura, para romper el silencio que se ha instalado en la mesa, después de mi disertación sobre la carne picada.

—El trabajo está bien. No es nada del otro mundo, pero también los hay peores, así que no me quejo.

Laura, que no se da por vencida, sigue con su interrogatorio.

—¿Peores? ¿En qué otros sitios has trabajado hasta ahora?

—No queréis saberlo. —Y me mira de reojo.

Agradezco que me incluya en una conversación que no soy capaz de mantener.

El móvil de Laura pita y, después de leer el mensaje de quien quiera que sea, se despide precipitadamente y se larga, dejándome sola con Hugo y sin saber qué decir. Es extraña la sensación de vértigo en el estómago que me provoca tenerlo tan cerca. ¿Será por el delicioso aroma que desprende? Necesito saber la marca de su perfume, o loción de afeitar, o desodorante, o lo que sea, para comprármelo y usarlo como ambientador y morirme de gusto cada vez que entre en casa... Noto sus ojos clavados en mi cara mientras yo divago entre sensaciones.

—¿Está buena? —pregunta al verme remover la sopa sin comérmela.

—Sinceramente, está asquerosa.

Hugo empieza a reírse y yo también.

—Te lo he dicho, a nadie se le ocurriría comer sopa en un hospital —me sermonea el muy sabihondo.

—Ni lasaña, eso también te lo he advertido —contraataco.

—Ok, tiempo muerto. Dejemos de hablar de comidas.

Levanto la vista y me giro hacia él. Es complicado mirarle de frente teniéndolo al lado. Nuestras caras están muy cerca. Su boca está a un palmo escaso de la mía. Tiene unos labios preciosos, carnosos, pero no gordos, y se ven suaves y dulces, y...

¡Ya está bien, Sara! Que lo tienes delante, ¡coño! Y está a punto de chorrearte la baba por la cara.

—Y, ¿eres de por aquí? —pregunto para que no se percate de cómo lo devoraba con la mirada segundos antes.

—No, no soy de aquí. ¿Y tú?

—Sí, yo sí. Nací en este mismo hospital —confirmo.

En ese preciso instante, los médicos que ocupan la mesa de detrás se levantan, uno de ellos empuja el codo de Hugo, sin querer, y provoca que su cuchillo caiga al suelo.

—Mierda, ahora tendré que ir a por otro —masculla en voz alta, mirando la cola que hay en el mostrador para coger los cubiertos.

—Toma, usa el mío, yo no lo necesito.

Desde que me he quedado sola con él soy incapaz de seguir comiendo. Tengo el estómago cerrado, y apenas he marraneado la comida.

Le tiendo el cuchillo por el mango con normalidad. Pero con él no hay nada normal. Hugo envuelve mi mano con la suya, antes de sacar el cubierto con excesiva lentitud de entre mis dedos y los acaricia sin pudor durante el tiempo que dura un suspiro, dejándome estupefacta y muda. Un instante después, se gira hacia su plato y sigue comiendo como si tal cosa, mientras que yo estoy a punto de entrar en combustión y arder aquí mismo.

Este tío tiene algo que me pone mucho, aunque me da la impresión de que él es así con todas, y no me apetece ser una más.

Me levanto demasiado deprisa, con tal de largarme lejos de aquí y de este hombre que me descoloca sin motivo alguno para ello. Me mira con sorpresa al verme de pie y en su cara se dibuja un interrogante.

—Lo siento, pero se ha acabado mi tiempo de descanso. Nos vemos.

Y me voy, sin esperar respuesta ni una despedida por su parte y, menos aún, con valor para mirarlo, porque empiezo a notar que mi corazón se pone de acuerdo con el ombligo para hacerme sentir un deseo incontrolable más abajo y eso no me gusta nada en absoluto. Y menos con alguien que apenas conozco.

Es viernes, son las dos y diez del mediodía y eso quiere decir que en cinco minutos estaré fuera del trabajo. Por un lado, lo estoy deseando, pero por el otro me da pena porque a partir del lunes todo será diferente.

—Jolín, no me hago a la idea de que esto se acaba. ¿Cómo voy a apañármelas yo sola en el despacho?

—Ya vendrá el jefe a echarte una mano, o las dos si es necesario —ironizo, a la espera de que Laura suelte prenda.

Lleva toda la semana demasiado susceptible y, además, tengo la impresión de que ambos desaparecen a la vez y reaparecen con un rubor extraño.

—¿Qué vas a hacer el fin de semana? —dice sin demostrar reacción alguna por mi último comentario.

Nada, que no me va a contar qué le pasa.

—Pues no sé, aún no lo he pensado.

—¿Te apetece que salgamos de fiesta esta noche?

Me giro para mirarla con incredulidad. ¿Laura saliendo de fiesta? ¿Abandonando a su prometido un viernes por la noche? Esto es más grave de lo que pensaba.

—Estás de cachondeo, ¿no? —digo con la mosca detrás de la oreja.

—No, lo digo en serio. Hace una eternidad que no salimos de fiesta, solas.

—La misma eternidad que llevas con tu novio. Por mí, perfecto, ya sabes que estoy libre, pero, y ¿Roberto? —Me da la impresión de que su futuro marido me preocupa más a mí que a ella.

—Roberto se va a pescar mañana, supertemprano, y me llevará a casa pronto. Podemos quedar después —asegura, más ilusionada que un niño con un caramelo.

—Entonces, no se lo vas a decir.

—¿Y a él que le importa lo que haga yo con mi tiempo libre? Además, tú también necesitas salir a divertirte, después de todo lo que te ha pasado esta semana con el trabajo y el retorno de Josán.

Vale, me ha dejado sin palabras. Vamos a salir de fiesta y estoy segura de que no piensa decirle ni mu a Roberto sobre eso. Pues mira, si a ella le parece bien, yo me lío la manta a la cabeza y que sea lo que Dios quiera. Al fin y al cabo, ella es libre de hacer lo que le dé la gana, faltaría más. Hasta me alegro de que haya cambiado esa actitud centralizada exclusivamente en su novio. Y, ¡qué demonios!, tiene razón, yo también necesito liberar estrés, olvidarme del susodicho y pasar una noche de chicas como en los viejos tiempos.

—Perfecto, ¿paso a buscarte a las once?

—¡Genial!

Pues, dicho y hecho. Ha llegado la noche y pongo rumbo a casa de mi amiga. Voy tarde y Laura odia la impuntualidad, pero no he podido evitarlo. Hace unos meses, corté la larga e insulsa cabellera castaña para dar paso a una melena al hombro con una sutil degradación de color en las puntas (todas necesitamos un cambio de look después de una ruptura amorosa, no me digáis que no), pero con todo y con eso, hacerme esas ondas que tanto me gustan, y que tan de moda están, me lleva mi tiempo de plancha y rizador. Luego está la cara. Tengo el rostro demasiado redondo para mi gusto, y eso me da un aspecto de niña buena que no me pega nada, por no hablar de los ojos, de un extraño color ambarino, que si fueran más grandes tendrían su encanto, pero son tan normales como el resto de mí misma. Así que, para remediar semejante despropósito de la madre naturaleza, maquillo mis ojos con un juego de sombras, delineador negro y rímel que le dan la gracia que no tienen. Una vez lista de cuello para arriba, he tenido que dedicar otra buena parte del tiempo de cuello para abajo. Me he probado varias combinaciones de ropa, sin que ninguna me haya convencido de buenas a primeras. Hasta que no he pasado por la segunda rueda de reconocimiento no he dado con la combinación ganadora. Así pues, con media hora de retraso (pero divina de la muerte), estoy lista para comerme la noche.

Mi teléfono suena y activo el manos libres del coche.

—¿Sí?

—Sara, ¿puedes hablar?

Es mi hermana mayor, Mayka.

—Voy conduciendo, pero llevo el manos libres. Dime.

—Nada, es que he discutido con Carlos.

—¿Otra vez? ¿Qué tripa se le ha roto ahora?

Mi hermana y su marido podrían ganar el récord Guinness en broncas matrimoniales. Llevan más de diez años casados, pero siguen peleándose como el primer día. Según palabras textuales de Mayka: discuten porque aún se quieren y que el día que se haga el silencio, será cuando lo den todo por perdido. No sé si estará en lo cierto o no, pero de momento el método les funciona.

—Más de lo mismo, ya sabes que yo voy de culo con el trabajo, la casa y él, ¿qué hace? Nada, y ya no puedo más. Hoy he saltado, pero delante de las niñas, mientras las duchaba y Carlos se ha dado media vuelta y se ha largado, así, sin más y yo estoy que me va a dar algo.

Increíble, ¿dónde estaba mi cuñado en el reparto de madurez? ¿A quién se le ocurre largarse de casa por una chorrada así?

—Tranquila ya verás como vuelve, siempre lo hace.

—Pues esta vez me va a oír. Estoy harta de que se comporte como un crío, ¡harta! —Y empieza a llorar al otro lado del teléfono.

Empiezo a dudar seriamente de las teorías de mi hermana y me preocupa que esta pelea sea más seria que las anteriores.

—Mayka, respira hondo, tómate una tila y no te pongas así. Si quieres llamo a Laura, anulo lo de esta noche, y me voy a tu casa a hacerte compañía.

—No, no quiero amargarte la fiesta. Disfruta tú que puedes. Oigo la puerta, será él. Te dejo, adiós.

Y me cuelga, sin esperar una despedida de mi parte. Sacudo la cabeza. Creo que el problema lo tengo yo, que no sé entender la vida en pareja, o algo similar, pero, por suerte, tanto divagar me ha servido para llegar a casa de Laura sin darme cuenta. La veo esperando en el portal, con un minivestido rojo, que deja muy poco a la imaginación, y zapatos con tacón de infarto que eternizan sus envidiables piernas.

—Llegas tarde —suelta nada más abrir la puerta del coche.

—¡Guau! Estás rompedora —digo, ignorando su queja.

—Hace mucho tiempo que no salgo, y me apetecía arreglarme.

¿Arreglarse? A su lado los shorts de encaje negro y la camisa de seda blanca que he elegido para esta noche parecen ropa deportiva.

La discoteca empieza a llenarse. Son casi las dos de la madrugada y ahora es cuando hay ambiente. Laura y yo nos dirigimos a la barra entre empujones.

—¿Qué quieres? —le grito a la oreja.

—No sé, ¿un mojito?

Me giro hacia la barra y reclamo la atención de la chica mona que atiende esta noche.

—¿Me pones dos mojitos?

La camarera asiente y empieza a prepararlos. Laura ya está contoneándose al ritmo de la música y sus movimientos no pasan desapercibidos para los cazadores de turno. Me uno a mi amiga, mojito en mano, y bailo como si me fuera la vida en ello. El movimiento me libera, hace que me olvide de todos los malos rollos de esta semana, y me sienta bien.

No le he dado ni dos sorbos a la deliciosa bebida caribeña cuando una mano se posa en mi cintura. Pego un bote y la mitad del mojito acaba en el suelo.

—Yo también me alegro de verte.

La voz del Neuras me paraliza en el sitio. Lo miro enfadada y veo que él tiene toda su atención puesta en Laura y sus infinitas piernas.

—Tienes que dejar de hacer eso. ¿No puedes saludar sin sobar? Me debes un mojito —le espeto indignada, pero para él ya no existo.

Por un instante, al ver cómo se miran, me da la impresión de que este encuentro no es casual y que mi amiga me ha utilizado, pero prefiero no ponerme mal cuerpo antes de tener las cosas claras. Sigo bailando e intento despreocuparme de lo que sucede a mi vera entre estos dos.

Media hora más tarde estoy hasta las narices de bailar sola con mi vaso y la espalda de mi jefe. Doy un trago al mojito, pero el sabor a deshielo evidencia que el contenido ha llegado a su fin y es el momento de ir a la barra a por más.

—¿Te apetece otro?

La voz de Hugo llega desde muy cerca. Me giro bruscamente y lo encuentro inclinado a un palmo escaso de mi cara. La diosa de la buena suerte debe existir y ha decidido ser generosa conmigo por una vez en la vida.

Acepto con un movimiento de cabeza y le indico con el brazo que me voy a la planta de arriba. Está claro que Laura no me necesita, porque desde que empezó a bailar con Marcos ni siquiera ha reparado una sola vez en mi existencia. Así que, sin pensármelo dos veces, me alejo de ambos en dirección a la zona de sofás que hay en la segunda planta.

Oh. Qué agradable sensación. Acabo de sentarme y de mandar a la mierda los tacones que llevan toda la noche torturándome. Veo a Hugo viniendo hacia mí y me sorprende, porque sin el uniforme se ve diferente.

No es el típico guaperas de portada, pero tiene un punto, un algo, que lo hace muy atractivo. Empiezo a observarlo en general y uf... Atractivo es poco. El tío está para hacerle un favor... o dos...

Parece más joven y fuerte. Unos bíceps, marcados en su justa medida, le sobresalen de la camiseta mientras agarra las bebidas. Los hombros son tan anchos como suponía, y su espalda desciende de una forma exquisita para estrecharse en la cintura como un campeón de natación. El cabello lo lleva demasiado corto para mi gusto, pero a él le queda bien. Cuando me topo con su mirada, después del repaso visual que le estoy dando, tengo que ahogar un gemido. El negro de sus ojos está clavado en mí de tal modo que puedo sentirlo revolviendo mis entrañas. Aparto la vista, haciendo ver que no me importa que me haya pillado observándolo con semejante avidez (aunque me importa, y mucho, a saber qué estará pensando, ¿que ya me tiene en el bote? ¿Que esta noche hay polvo gratis?).

Se sienta al lado y pasa su brazo por encima de mi cabeza sobre el respaldo del sofá, con total naturalidad.

—Has pillado un buen sitio, me gusta este rincón. No te he saludado, perdona mi falta de educación —comenta en un tono excesivamente provocador.

Se inclina para darme los dos besos de rigor. Tengo la impresión de que alarga el roce de sus labios sobre mis mejillas más de la cuenta y, por desgracia, me doy cuenta de que me gusta. Me gusta, más de lo que debería, sentir sus labios sobre mi piel.

Se echa hacia atrás, a la vez que agarra el botellín de cerveza y le da un trago. Madre mía, este hombre tiene arte hasta para beber cerveza.

—Y, ¿qué tal? ¿Has venido con alguien o estás solo? —pregunto banal, para rebajar el nivel de tensión sexual que se activa en mi cuerpo cuando Hugo está cerca.

—He venido con Marcos. No conozco muy bien la ciudad y él se ha ofrecido a sacarme de paseo —bromea, pero a mí no me hace ni pizca de gracia.

¿Es amigo de Marcos? No me puedo creer que para un tío interesante que conozco después de tanto tiempo, este tenga que ser colega del insufrible de mi jefe.

—¿Enchufado del jefe?

—Llámalo enchufe o necesidad. Yo no tenía curro y él necesitaba a alguien urgentemente para cubrir una baja, así que hice las maletas y aquí estoy —contesta, sin demasiado entusiasmo, como si tanto le diera estar aquí que en el círculo polar ártico.

—Y, ¿piensas quedarte mucho tiempo? —pregunto con un interés insano.

—Eso depende de lo que me guste... el trabajo, claro.

Y vuelve a mirarme otra vez, de ese modo extraño que me perfora el alma, como si pudiera leer dentro de mí, rebuscando en los rincones que no están a la vista de cualquiera, y no me gusta. Me siento expuesta, transparente, vulnerable a sus encantos y esa es una sensación nueva que, por el momento, no me apetece experimentar.

—Te voy a perdonar lo de ser amigo del jefe porque me has traído este mojito, pero que sepas que conmigo eso te hace perder puntos —bromeo, como siempre que me pongo nerviosa.

Es uno de mis muchos defectos, los nervios me vuelven graciosa o cínica, depende del estado de ánimo. Si me queda cerebro para pensar, tiro de sarcasmo, pero si ya estoy en el punto de enajenación mental transitoria, tiro de broma fácil y chiste malo.

—No sabía que tuvieras un *ranking* de puntuación. Si es necesario negaré conocer al jefe y lo ignoraré en tu presencia —asegura, deslizado el dedo índice por mi hombro. Me envaró sin querer, y le ataco para protegerme de esa nueva y placentera sensación que empieza a darme vértigo con solo vislumbrar el borde.

—Eh, para el carro. No sé lo que has imaginado para esta noche, o lo que te habrá contado Marcos sobre mí, pero sea lo que sea, olvídale ¿estamos?

Joder, hablo al revés de lo que pienso. En realidad, era yo la que imaginaba todo tipo de obscenidades mientras lo veía venir. Pero no le voy a dar el gusto de caer tan fácilmente (va por ti, madre, para que veas que no soy una mujerzuela de mala vida).

Se ríe, y en vez de un dedo es la mano entera la que cae sobre mi hombro y me abrasa la piel. Las terminaciones nerviosas localizadas en esa zona dérmica están al cien por cien, pendientes de todos y cada uno de los movimientos de esos dedos que retozan sobre mi brazo.

Es tan placentera la sensación... pero, por suerte o por desgracia, aparta su mano del hombro antes de que empiece a ronronear como una gata en celo.

—Tranquila, no he imaginado nada... aún.

Me agarro al mojito y doy un trago para digerir ese «aún». ¡Ay, Dios!

—Y, dime, ¿de qué conoces al jefe? ¿Del colegio? ¿Iba a clase con tu hermano mayor o algo así? Porque de la universidad, lo dudo. No veo a Marcos entrando a una facultad si no es para recoger a su última conquista —aventuro, para relajar un poco el ambiente.

Hugo se ríe por mi afirmación y asiente con la cabeza.

—Ahí tengo que darte la razón. Hace años que nos conocemos.

¿Qué clase de respuesta es esa? Mi parte maruja necesita más detalles.

—¿Años? Ni que fueras un carcamal. Marcos ya no es un niño, pero tú eres mucho más joven que él. No has podido compartir la misma época de juventud.

Se inclina hacia adelante, con la botella de cerveza entre las manos colgando en el vacío, y me mira sonriente. Tiene una sonrisa realmente bonita. De esas que inspiran confianza y hacen temblar las rodillas al mismo tiempo.

—¿De verdad quieres hablar de Marcos? Porque yo creo que hay temas mucho más interesantes para un viernes por la noche.

Me enloquece, debo reconocerlo, pero solo para mí misma. Él no debe notarlo o me hará daño, estoy segura. Los tíos como él hacen daño.

—La verdad es que no. Tienes razón, cambiemos de tema, te doy ventaja, elige tú.

—¿Crees en el destino? —susurra en mi oído y un cosquilleo infernal se posa entre mis piernas al notar el aliento de su piel en mi cuello.

—¿Esa es una pregunta con trampa? —contesto con los ojos cerrados.

—No, es la confirmación de un hecho. En menos de una semana hemos coincidido cuatro veces. Eso no puede ser casualidad.

Lo miro por primera vez con un ápice de curiosidad que va más allá de una mera atracción sexual.

—¿Cuatro veces? Yo solo recuerdo tres, y te aseguro que si hubiéramos coincidido en otra ocasión lo recordaría.

Oh, mierda, ahora he hablado más de la cuenta. Su sonrisa socarrona no hace más que confirmar lo evidente. Sabe que he caído en su red y como un hábil arácnido está tejiendo su trampa a mi alrededor.

—Nos vimos por primera vez el sábado pasado en Starbucks. Te pedí la silla. ¿Lo recuerdas?

Abro los ojos como platos. ¿Era él? De esa mañana solo recuerdo a Josán delante de mí, como una aparición. El resto de las personas que ocupaban la cafetería, incluyendo a Hugo, desaparecieron en el momento justo en que el fantasma de mi pasado reapareció. Ya decía yo que su cara me sonaba de algo. Por lo visto mi subconsciente quiso guardarse el rostro de semejante hombre en el recuerdo, aunque mi parte consciente ni siquiera lo sabía.

—Lo siento, ese día no estaba muy bien que digamos —me excuso, sin demasiada gracia.

—Ya me di cuenta, llorabas como una magdalena.

—Sí, bueno, cosas que pasan. Todos tenemos nuestros demonios dentro, ¿no?

Se queda mirándome, pensativo y serio.

—Los demonios hay que echarlos fuera. No son buenos compañeros de viaje.

Vaya, cuánta razón en una frase tan corta. Y, la verdad, Hugo no tiene pinta de colgar frases de Paulo Coelho en su perfil de Facebook. Cada vez me intriga más este hombre.

—Creo que hemos llegado a otro de los temas que no deben hablarse un viernes por la noche.

Se ríe, se pone de pie e inclina una mano hacia mí con gentileza.

—Pues bailemos, que para eso sí que son los viernes por la noche.

Totalmente de acuerdo. Me calzo de nuevo los tacones bajo las protestas de mis doloridos pies, acepto su mano sin pensarlo dos veces, y me dejo llevar hacia la pista de baile. Veo a Laura desde la distancia, sigue riéndole la gracia a Marcos, y parece estar estupendamente bien sin mí. Ay, Laura..., ¡que te pierdes!

Suena otra canción y Hugo me coge por la cintura con destreza, haciendo que me olvide de mi amiga y del Neuras. Sin darme cuenta estamos bailando tan pegados que no sé dónde acaba mi cuerpo y empieza el suyo. Enlazamos una canción tras otra, sudando, comiéndonos con los ojos. Hugo me aprieta aún más fuerte y nuestras caras quedan a la distancia de un aliento.

Cierro los ojos, intento seguir el ritmo, pero mi cuerpo me pide otra cosa. Mi cuerpo quiere bailar, pero no en esta sala repleta de gente. Quiero bailar con él, a solas, desnudos.

Mis pensamientos se detienen cuando noto el calor de sus labios sobre los míos. Me dejo llevar, quiero probar su sabor, quiero jugar con su lengua y él me deja hacer, acompañando mis movimientos, mordiéndome, saboreando mi boca.

Nos separamos y el corazón me va a mil. No puedo contener esta fuga de pasión que libera mi cuerpo, o me largo ahora mismo o acabaré en su cama. Y no quiero acabar en su cama. Bueno en honor a la verdad, debo decir que mi cuerpo hormonado y cachondo (estaré ovulando o algo así, porque no es normal este calentón), sí que quiere. Pero no me lo puedo permitir, porque sé que me hará daño. Este maldito corazón no entiende de razones. No entiende que se puede tener sexo sin amor, y se colgará de él como se colgó de Pol, o peor aún, se colgará de él como se colgó de Josán (sin sexo ni nada), y luego me quedaré sola, tendré que recomponerlo de nuevo y no sé si podría soportar eso otra vez. Al menos hoy no.

—Lo siento, yo... me voy —tartamudeo sin convicción, mientras me libero de su brazo y salgo en busca de Laura sin tan siquiera volverme para mirarlo.

—Vámonos —le digo a mi amiga al oído con prisas.

—¿Ya? Yo quiero quedarme un rato más.

—Laura, por favor, tenemos que irnos. No puedo seguir aquí ni un segundo más.

—Yo la llevo a casa, descuida —contesta Marcos, sin apartar la mirada de Laura, como si esa solución fuera la ideal.

—¡Perfecto! —repite ella ilusionada.

Me dirijo a mi amiga sin saber muy bien qué queda de ella en ese cerebro de chorlito.

—Laura, esto no es buena idea, vámonos.

—No, yo me quedo. Vete tú. Te llamo mañana, tranquila.

No me puedo creer lo que acaba de pasar. Laura se queda con Marcos y yo salgo huyendo de Hugo. ¿No debería ser al revés? Aquí una de las dos se está equivocando, o quizá las dos. Salgo de la discoteca a trompicones, pero una mano agarra la mía desde atrás cuando pongo un pie en la calle.

—Pero ¿qué ha pasado? ¿Por qué te vas así?

Me giro hacia él y veo que me mira muy serio. No le ha sentado nada bien el plantón que acabo de darle. No debe estar acostumbrado a que las mujeres huyan de sus encantos.

—Mira, Hugo, eres un tío genial, eso se nota, pero tanto tú como yo tenemos claro de qué va esto. Una noche loca sin más compromiso que pasarlo bien, seguramente con sexo del bueno, y mañana si te he visto no me acuerdo. Lo siento, pero ya he tenido bastantes cabrones en mi vida. No necesito uno más.

Me suelta la mano y se mete las suyas en los bolsillos del pantalón.

—No me gusta que me juzguen con tanta ligereza. Si no quieres nada conmigo me lo puedes decir tranquilamente, pero no me taches de cabrón sin escrúpulos cuando apenas me conoces.

Joder, y a eso ¿qué le digo? Acabo de comportarme como una tonta de remate. Mis barreras se derrumban y mi corazón toma el mando triunfante.

—Tienes razón, me he comportado como una idiota. Perdona. Deberías ser tú el que saliera huyendo de mi lado, tengo un don y es que destrozo todo lo que toco. Aún estás a tiempo de salvarte —añado, con una leve sonrisa y los ojos suplicantes como el gato de Shrek.

—No pienso irme a ningún sitio, a no ser que te apetezca acompañarme a comer algo. Me muero de hambre. —Sonríe, y a mí se me cae la baba.

—Ese sí que es un buen plan. Yo también estoy hambrienta.

Caminamos en silencio hasta el restaurante de comida rápida abierto veinticuatro horas que hay a la vuelta de la esquina. Cada uno inmerso en sus pensamientos, sin más sonidos que los acordes cada vez más lejanos de la discoteca, que vamos dejando atrás, y las risas dispersas de algún que otro coro de amigas. Cuando estamos sentados en el restaurante, uno frente al otro, Hugo es quién rompe el silencio.

—¿Por qué llorabas el otro día? ¿Alguno de esos cabrones de una sola noche era el culpable?

Suelto una risotada. Ojalá.

—Qué va. Peor. —Veo su cara de estupefacción y decido explicarme mejor. A saber, lo que estará pensando—. Acababan de pisarme los sueños, otra vez. Y no ha sido un cabrón más, sino una editorial.

Una sutil sonrisa asoma en su rostro antes de hincarle el diente al bocadillo que tiene entre manos. Hago lo mismo, porque este manjar tiene que estar de vicio y mi estómago está harto de protestar.

—¿Una editorial? —pregunta, después del segundo bocado— ¿Eres escritora? Creía que eras dietista.

—Digamos que me gusta escribir en mi tiempo libre —contesto avergonzada.

No es un tema del que suele hablar con nadie. Aparte de mi familia, y mi ex, nadie más sabe de esa afición mía, bueno sí, Laura, pero ella es como de la familia. En cambio, con Hugo me siento bien, y casi sin darme cuenta le he contado todo sobre mi pasión literaria.

—Lo que yo decía, eres escritora.

—Agradezco el cumplido, pero ninguna editorial me ha publicado aún. Y, de momento, trabajo en un hospital, así que no puedo considerarme una escritora. Aunque ya me gustaría.

Sigo comiendo para no seguir hablando, cada vez estoy más segura de que con Hugo pierdo el filtro a la hora de parlotear. Parezco una cotorra contándole mis lamentos.

—Te diré un secreto. Ninguna editorial va a tomarte en serio si tú no te tomas en serio primero. Escribes, por lo tanto, eres escritora. Punto. Empieza por ahí.

Lo miro asombrada y sonrío ruborizada, y eso que yo no soy de sonrojo fácil. Pero que me tilde de escritora acaba de provocarme un orgasmo en el alma.

—Basta ya de hablar de mí. Cuéntame algo de ti. Aparte de ir por ahí robando sillas de mesas ajenas, e incordiando a dietistas en apuros, ¿qué haces el resto del día?

Lo veo jugar con la servilleta. No le apetece hablar de él. Pues me da igual, a mí tampoco me apetecía hablar y lo he hecho.

—Básicamente trabajar. —Demasiado escueto para satisfacer mi curiosidad desmedida.

—Vamos, no es tan difícil. Yo te he confesado un gran secreto, concédeme algo similar.

—No tengo grandes secretos —dice, pero sigue sin soltar prenda.

—El otro día me dijiste que no eras de por aquí. ¿De dónde eres? —insisto en mi afán por sonsacarle algo jugoso.

—Del norte, del País Vasco —confirma.

—Vaya, que sorpresa. Pues bienvenido a Barcelona. Y, ¿hace mucho que te has mudado?

—Unas dos semanas, más o menos.

Joder, como le cuesta soltar prenda. No me concede ni una frase extra.

—Y, ¿qué te ha llevado a cambiar de vida?

—Cambiar de vida... —repite y se queda encerrado en sus pensamientos.

Ambos nos sumimos durante el resto de la comida en el mutismo más absoluto. Muy grave debe de ser el motivo que le ha hecho mudarse hasta la otra punta del país si quiere guardarlo con tanto celo. Creo que la noche no da para más.

—Va siendo hora de volver a casa —digo, dejando la servilleta sobre el plato vacío.

—¿Estás segura? —pregunta desconcertado, como si de pronto acabase de despertar.

Yo nunca estoy segura de nada, ese es otro de mis defectos más desarrollados, pero con un secreto que sepa de mí hay suficiente por hoy, ¿no?

—Sí, estoy muerta y los tacones no ayudan.

—Está bien, pero antes déjame enseñarte algo. —Levanta la mano derecha con solemnidad—. Después prometo dejarte marchar, por esta noche.

Esa coletilla, «por esta noche», me deja sin aliento. Asiento, sin atreverme a decir nada más. Hugo ha vuelto al ataque y lo ha dicho todo.

Vamos en el coche, por una calle de una urbanización de gente de bien que nunca había visitado, a pesar de estar relativamente cerca de mi ciudad. Hugo se ha venido conmigo (Marcos se ha quedado con su coche para acompañar a Laura) y ahora me toca compartir el reducido habitáculo con él. He rascado las marchas un par de veces y me he equivocado con sus indicaciones otras tantas. Los nervios no son buenos consejeros cuando conduces, y a mí Hugo me pone más nerviosa que un examen de autoescuela. No puedo maniobrar sintiéndome observada por él. Y encima, ni siquiera disimula. Me mira con descaro y se nota de lejos que está disfrutando de lo lindo al ver la reacción que me provoca.

—Hemos llegado.

Freno, me coloco en el lateral de una carretera y apago el motor. Estamos a las afueras de la ciudad. Todo está oscuro a nuestro alrededor. Tan solo alguna farola despistada le hace la competencia a la luna, grande, brillante y descarada, que se atreve a espiarnos curiosa desde las alturas. Hugo ya ha salido y acaba de abrir mi puerta.

—Ven, quiero enseñarte algo.

Agarro su mano y salgo con una mezcla de miedo y expectación. Caminamos durante unos minutos. Estamos atravesando una parte del camino a pie y yo maldigo en silencio los tacones que se atascan a cada paso. Llegamos a un mirador, y por fin se detiene. Suspiro, aliviada.

—Mira —dice señalando las vistas.

Aquí no hay árboles que oculten el paisaje, y al mirar hacia adelante me quedo sin habla, y casi sin respiración. En toda mi vida jamás había visto algo así. El horizonte parece salpicado por polvo de diamantes. El brillo de las estrellas se mezcla con las luces de la ciudad. Es precioso.

—¿Habías visto un espectáculo como este?

—Qué va.

—Lo imaginaba, en el centro es casi imposible ver su inmensidad, pero hace una semana vine de excursión y descubrí esta urbanización, este rincón en medio del caos, y desde ese día vengo casi cada noche. Llámame loco, pero entre tanta grandeza te das cuenta de lo pequeños e insignificantes que son nuestros problemas y lo cerca que están los sueños, casi al alcance de la mano.

Y tiene razón. Este lugar es mágico. Desde aquí me da la impresión de que puedo tocar las estrellas y con ellas las quimeras más anheladas. Estoy conmovida. Me giro hacia él y un pensamiento se abre paso en mi descontrolada cabeza. Hugo es gay, no es posible que un hombre como él exista, esté a mi lado y sea hetero. Estoy segura de que es homosexual y ni siquiera él lo sabe. Yo no puedo tener tanta suerte.

—Pues ya estamos en paz. Conoces uno de mis secretos —dice, y me saca de tan funestas imaginaciones.

—¿Que padeces insomnio y te dedicas a deambular por el bosque a horas intempestivas en busca de paisajes de infarto? —Iba a preguntarle si el secreto era su condición sexual, de la que empiezo a tener serias dudas, pero me he contenido.

Estalla en carcajadas. Baja la mirada del cielo para posarla sobre mí.

No es gay. Un gay nunca me miraría así. Hugo está devorándome con los ojos y yo quiero que me devore, pero con la boca. Me lanzo a por sus labios sin pensar en nada más. La respuesta no se hace esperar y me devuelve el beso con pasión. Sus manos empiezan a descender por la parte baja de mi espalda y yo me pego aún más a él para sentirlo. Necesito sentirlo. Necesito saber que es real y que no es otro sueño erótico del que despertaré en breve.

Se separa de mi boca y apoya su frente sobre la mía para recuperar la respiración que ambos tenemos entrecortada.

—He prometido que te dejaría marchar después de enseñarte esto, pero voy a romper esa promesa.

—Yo...

A ver qué excusa encuentras ahora para rechazarlo, listilla. Si tú lo deseas más que él a ti.

—Tengo que volver a casa o mañana no podré ni andar —farfullo señalando a los malditos zapatos.

Me coge en volandas, y consigue arrancarme un grito tan inesperado como su arrebató. Carga conmigo hasta el coche y no puedo parar de reír. Le digo que me suelte, pero la risa no ayuda a darle autoridad a mi petición y Hugo, lejos de soltarme, me agarra más fuerte pegándose contra su pecho. Hasta puedo sentir los latidos acelerados de su corazón contra el mío.

—No vamos a dejar que esos tacones nos arruinen la noche.

Al llegar al vehículo me deja en el asiento del copiloto. Realizamos el trayecto hasta su casa en silencio. Vive en el centro, en un edificio antiguo que necesita una rehabilitación urgente. Estaciona en el portal y empiezan a asaltarme las dudas.

—¿Puedo invitarte a la última copa?

No puedo. Lo deseo, pero no puedo. Algo me frena. La magia se ha difuminado y las grietas de la última ruptura, que aún duelen, no me dejan avanzar. El miedo a sufrir de nuevo, me paraliza.

—Me ha encantado coincidir contigo esta noche, Hugo.

—Creo que eso es un no a mi invitación, ¿o me equivoco? —concluye.

—No, no te equivocas. Lo siento, pero prefiero acabar la noche aquí.

—Está bien. Ha sido un placer —dice tomando mi mano entre las suyas para besarla, mientras sus ojos cargados de deseo siguen clavados en los míos.

—Igualmente —digo, y me ruborizo de nuevo. Esto está convirtiéndose en una mala costumbre. Maldita sea.

Suelta la mano y sale del vehículo. Salto por encima del cambio de marchas y del freno de mano, para colocarme en el asiento que aún conserva el calor de su cuerpo. Agarro el volante con las dos manos, sin saber muy bien qué hacer a continuación.

Hugo no tiene tantos prejuicios y se inclina para depositar un último beso de despedida en mis labios. Sin mediar palabra se da media vuelta y se va. Arranco el motor y me alejo veloz.

Acabo de vivir una de las noches más excitantes y lujuriosas de mi vida, y ni siquiera hemos tenido sexo. Podría acostumbrarme a tener una persona así a mi lado. Pero más vale que no me ilusione. Hugo ni siquiera me ha pedido el número de teléfono, así que olvídate guapa, que tal como imaginabas en un principio, él solo quería una noche de sexo y nada más.

YA TE DIJE QUE NOS PERDÍAMOS

—No me puedo creer que hayas hecho eso.

Laura está llorando desconsoladamente en el sofá de mi casa. Acaba de contarme que lleva dos semanas enrollándose con Marcos y que anoche culminó su hazaña acostándose con él. No sé si llora de arrepentimiento o porque ya no quiere casarse con Roberto y no sabe cómo afrontar semejante cambio en su vida, pero la cosa es que está fatal y, a pesar de que intento entenderla, creo que no consigo ponerme en su piel (afortunadamente).

—Estoy enamorada de Marcos —confiesa, a la vez que se suena los mocos—. Y no sé qué le voy a decir a Roberto.

¿Me estás contando que llevas dos semanas dándote el lote con Marcos y, ahora, cuando acaba pasando lo inevitable, te paras a pensar en que vas a decirle a tu novio? Estoy a punto de soltárselo, pero me lo trago porque tiene los ojos hinchados y en el fondo me da mucha pena verla así. Estoy segura de que ha llorado mucho, antes de venir a verme. Pero hay algo que no termino de entender y si no se lo pregunto reviento.

—¿Cómo coño te has enamorado de él? Tú sabes tan bien como yo que para Marcos tan solo eres un pasatiempo. Él es un mujeriego y no tardará en cansarse de ti. No puedes enamorarte de él. Lo que pasa es que llevas mucho tiempo con Roberto, ha sido tu primer y único novio, y es posible que acabes de descubrir que ya no lo quieres como antes, que no quieres casarte con él. Pero tirarte al Neuras para tener una excusa con la que dejar a tu prometido es muy feo.

Laura sigue llorando y apenas logro entender lo que me dice.

—No ha sido así. Tienes que creerme cuando te digo que Marcos y yo nos hemos enamorado. No ha sido premeditado, ninguno de los dos quería que pasase, pero nos vemos cada día y ha sido imposible no dejarse llevar por lo que nos pedía el corazón.

—Lo que tú digas, Laura. Total, ya te darás cuenta tú sola de cómo es Marcos. Yo lo tengo muy claro, te podría contar las mil y una sobre él. Lo conozco desde hace más tiempo que tú y te aseguro que cuando alardea de sus conquistas, el amor no es su tema primordial.

Me mira como una loba que defiende al macho alfa de su clan.

—Deja de hablar así de él, por favor. Tú solo conoces la fachada que muestra a los demás, pero en realidad es cariñoso y muy sensible.

Sí claro, sensible y cariñoso ya sé yo que lo es, pero contigo y con el resto de las féminas. Lo pienso, pero no se lo digo. Es tontería seguir con esta cruzada en contra de mi jefe, porque Laura está pilladísima por él y todo lo que le diga será empleado en mi contra. Así que decido ir a por el tema más peliagudo, aún si cabe, el otro vértice del triángulo.

—Y, con Roberto, ¿qué piensas hacer? Supongo que hablarás con él para anular la boda y tirar cada uno por vuestro lado, ¿no?

—Había pensado hablar con él la semana que viene. Esta noche iremos a cenar a casa de sus padres y mañana a casa de los míos, para probar el menú del convite. Me sabe mal decírselo justo este fin de semana, con la ilusión que les hace —suelta, y yo tengo que hacer acopio de paciencia para no darle un bofetón.

—Pero ¿tú te has oído? ¡Por el amor de Dios, Laura! Acabas de acostarte con otro, del que dices haberte enamorado, le has puesto los cuernos al que va a ser tu futuro marido y, ¿ahora te sabe mal chafarles la ilusión a tus padres y tus suegros? ¿A qué vas a esperar? ¿A qué Marcos se presente el día de la boda para impedirla? ¿O al bautizo de tu primer hijo con Roberto?

Laura responde a mis preguntas con un nuevo brote de llanto desconsolado, que está acabando con mis reservas de pañuelos desechables. Mejor me voy a la cocina a preparar una tila para cada una y cargarme de paciencia. No consigo entenderla. Me gustaría abrir esa cabecita loca y reiniciarla, pero tampoco soy quién para juzgarla. Aunque, como amiga, no puedo dejar que se tire por un precipicio sin haber hecho lo imposible por evitarlo. Reconozco que nunca ha sido una tía con un par de ovarios, siempre le ha preocupado demasiado la opinión de los demás. Ese miedo a la confrontación no es algo que me guste de ella, pero se lo respeto porque es mi amiga. Ahora bien, de ser una mujer sin demasiada personalidad a lo que está haciendo ahora, hay una gran diferencia. Están en juego los sentimientos de otras personas, y ahí sí que tiene que posicionarse a un lado o al otro. En este caso las tibiezas no sirven. O decepciona a Roberto o a Marcos. Pero a ambos no puede tenerlos contentos.

El teléfono empieza a sonar mientras el agua se está calentando en el microondas. Lo cojo y contesto sin mirar quién llama.

—¿Diga?

—Hola.

Esa voz. Reconocería esa voz entre un millón. Me quedo muda.

—Sara, ¿estás ahí?

Trago con fuerza y con un hilo de voz le contesto.

—Hola, Josán.

—Perdona que te llame así, pero quería saber si tienes planes para esta tarde. Me gustaría que nos viéramos.

Uf. No puede ser. Y ¿ahora qué hago? ¿Qué le digo? Me muero de ganas por volverlo a ver, pero sé que no es buena idea.

—Lo siento, no puedo. Tengo planes —miento, sin demasiada convicción.

—Ah —contesta y puedo notar la decepción en su voz. Mi corazón se retuerce bajo mi pecho traicionando a mi buen juicio—. Y ¿mañana? Puedo pasar por el hospital, si aún trabajas ahí. De verdad que necesito hablar contigo, es importante.

Vaya, nunca había visto a Josán tan interesado por quedar conmigo, ni siquiera cuando éramos almas gemelas (o al menos eso decía él, aunque le costó poco separarse de mí). Sacudo la cabeza en respuesta, aunque él no puede verme. Hasta aquí ha llegado mi resistencia. Tú ganas.

—Está bien. Nos vemos mañana, a las cinco, en la puerta del hospital.

—Perfecto, gracias, Sara.

—Sí, ya, esto... adiós.

Y cuelgo. Noto un agujero en el estómago a punto de implosionarme hacia adentro. Me arrepiento al momento por haber cedido a su petición. Sé que mi traicionero corazón está dando saltos de alegría, y eso no es bueno, no si el causante es Josán. Tengo a Laura llorando en el sofá de casa, pero no puedo evitar que mi mente se olvide del drama ajeno y se pierda en el recuerdo de aquel día. El peor día de mi vida.

La imagen vuelve a mí como un torbellino.

—La semana que viene me voy a Argentina, con los de Green Peace.

—¿Argentina? —susurro, a la par que calculo la infinidad de kilómetros que van a distanciarnos, sin contar un océano enorme de por medio.

—Sí. Pensé en contártelo, pero no sabía cómo, así que decidí esperar. — Si añade una pizca más de emoción va a transformarse en fuegos

artificiales. Mi rostro debe evidenciar la tristeza que siento, porque con un hilo de voz me suelta:

—Si quieres que me quede, dímelo.

Embarcarse con los de Green Peace es la ilusión de su vida. Y yo no tengo ningún derecho a interponerme entre él y sus sueños. Es mi mejor amigo, y siempre estamos juntos, pero de una parte a este tiempo se comporta de un modo extraño. A menudo lo sorprendo mirándome fijamente y, en más de una ocasión, ha insinuado que somos algo así como almas gemelas. Yo me lo he tomado a risa, diciéndole que muy desesperada tengo que estar que sea mi media naranja. Y ahora, precisamente por eso, porque solo es un amigo, no tengo derecho a retenerlo a mi lado, a pesar del pellizco que me está retorciendo el corazón al imaginarme un futuro sin él.

—No. Tienes que ir, llevas no sé cuánto tiempo deseando salir de expedición con ellos. Estoy contenta por ti.

Pero las lágrimas me delatan y Josán se derrumba a mi lado como un castillo de naipes al colocar la última carta. Coge mi cara entre sus manos y me besa frugalmente en los labios. Quedo paralizada y no sé qué hacer, ni decir. Él lo dice todo por los dos.

—Sara, yo... Sé que nunca hemos hablado de nosotros, que nuestra amistad ha estado por encima de cualquier otro sentimiento. Siempre te he dicho que el amor lo complica todo, y no quiero hacerte daño, pero tampoco puedo seguir engañándome. Estoy enamorado de ti y por eso me voy, porque no soporto ser tan solo tu amigo. Pero si me pides que me quede, lo haré.

Como ya habréis averiguado, no se lo pedí. No le dije que yo también me moría de ganas de estar con él, y no como un simple amigo, sino como el amor de mi vida. Me faltó valor, decisión y que Josán luchase un poco más por mí y me diera el tiempo que necesitaba para reconocer mis sentimientos.

Nunca hablamos de amor hasta ese fatídico día. Jamás expresamos en voz alta lo que nos carcomía las entrañas. Y cuando él lo hizo fue para dejarlo atrás sin tan siquiera molestarse en pelear. Josán aceptó irse de expedición, dando por hecho que lo nuestro no tenía futuro, dejando la decisión final en mis manos. Y no tuve el coraje de retenerlo. Josán se fue con la decepción

reflejada en sus ojos. Y yo me quedé con el corazón lleno de sueños rotos. De lo que hubiera podido ser y nunca fue.

No volvimos a hablar desde ese día. No volví a saber nada de él. Desapareció por completo de mi vida, y supongo que yo de la suya.

Hasta ahora.

Nunca recuerdo esa etapa, la que viví con Josán, duele demasiado, pero con él han vuelto todos esos momentos, los buenos, los malos, los inevitables y los que evitamos por cobardes. Desde entonces, ninguna relación me ha salido bien, porque nadie ha logrado hacerme sentir igual. Y ahora él ha vuelto. Y yo he estado a punto de mandarlo todo a la mierda, otra vez. Maldita inseguridad.

El microondas suena y me trae de vuelta a la realidad. Lo abro y... ¡Joder! El agua ha hervido y mis dedos no son inmunes a la cerámica sobrecalentada. Las tazas estallan en pedazos al caer contra el suelo.

—¿Qué ha pasado? —dice Laura, asomando por la puerta.

—Que me he quemado las manos de tal manera que ni los del CSI serán capaces de encontrar huellas dactilares —contesto mientras meto los dedos en el fregadero y dejo caer un chorro de agua fría para aliviar la quemazón.

—Pues sí que estamos bien —afirma y vuelve a perderse en el llanto.

El timbre suena justo cuando empiezo a recoger los restos del desastre.

—Laura, ¿puedes abrir? —le grito desde la cocina.

Oigo la voz de Mayka mezclarse con el llanto desconsolado de mi amiga. Entre sollozos escucho que Laura le está contando su lío amoroso y, en vista de que mi hermana ni siquiera asoma a saludarme, deduzco que la historia de Laura y el Neuras le ha enganchado más que *Sexo en Nueva York*.

Dos horas más tarde, Laura se va para recomponerse un poco antes de la cena con sus futuros exsuegros, y yo me quedo a solas con mi hermana.

—¿Dónde están nuestros padres?

—Ni idea, han salido esta mañana y no les he preguntado. Últimamente, evito cruzarme con ellos. Desde que lo dejé con Pol mamá está insoportable, intentando encarrilarme y hacer de mí una mujer decente.

Mi hermana se ríe con ganas. Veo que está de buen humor, eso quiere decir que la bronca con su marido ha sido saldada con un polvo de reconciliación.

—Me da la impresión de que Carlos no solo volvió a casa anoche, sino que volvió a tu cama a por más guerra, ¿no?

Se vuelve a reír como una adolescente.

—No hay nada mejor que hacer el amor con tu marido después de una buena bronca. Es la mejor terapia de pareja.

—Estoy segura. ¿Sabes algo de Julia? No contesta mis mensajes.

Julia es mi otra hermana. Mayka es la mayor, Julia, la mediana, y yo, la pequeña.

—Está en las islas griegas, creo. La última vez que hablé con ella embarcaba en un crucero con destino a Atenas para hacer esa ruta.

—Ella sí que ha sabido buscarse un buen trabajo, si es que puedes llamar trabajo a lo que hace. De un viaje a otro a cuerpo de rey.

—Es lo que tiene ser dueña de una agencia de viajes. Las compañías están deseando que recomiende sus catálogos. Creo que la próxima vez deberíamos convencerla para que nos mande a nosotras de expedición.

Asiento con la cabeza, mientras me imagino tumbada en una hamaca en la cubierta de un barco enorme con un cóctel en la mano.

—Por cierto, hablando de trabajos. Me han cambiado de puesto.

—¿Qué dices? Pero si llevas un montón de años haciendo lo mismo.

—Ya, pero resulta que ahora seré algo así como la relaciones públicas de la empresa. Vaya que tendré que atender las quejas de los pacientes, exclusivamente. ¿Cómo lo ves?

Mayka me mira con los ojos desorbitados, sin parpadear. No esperaba menos de ella. Con una mirada me lo ha dicho todo, pero, por si acaso no me ha quedado claro, me lo explica.

—Y ¿no tenían a otra? En dos días habrás mandado a la mierda a medio hospital y te pondrán de patitas en la calle.

¿Qué puedo decir? Es mi hermana, me conoce bien.

—Ya me da igual. Llevo toda la semana rayándome y he llegado a la conclusión de que pase lo que tenga que pasar. Estoy harta de mi jefe y sus chorradas. Como yo no me meto en su cama, pues me jode de otra forma.

Mi hermana, que lo pilla todo al vuelo, relaciona rápidamente los temas.

—Qué fuerte lo de Laura, ¿no? Menudo putón.

Ya le ha salido la vena *Sálvame*, (programa de marujeo y linchamiento de famosillos que mi madre y mi hermana siguen con fervor casi religioso).

—No hables así de Laura. Yo no creo que sea ningún putón. El problema es que no tiene claro lo que quiere y se ha metido a jugar un juego del que ella no sabe nada y Marcos es un experto.

Esa es la pura verdad. A pesar de que no justifico lo que Laura le ha hecho a Roberto, puedo entender cómo se siente. Marcos tiene ese don (hace unos años era más peligroso que ahora) de hacerte sentir especial, deseada, sexy. No os voy a negar que cuando lo conocí yo también tuve la tentación de dejarme seducir, una no es de piedra, pero en cuanto empecé a tratarlo a diario me di cuenta de que había más fachada que realidad en su porte de galán. Al final acabamos siendo amigos, aunque debo confesaros que desde que lo hicieron jefe ya no tenemos la misma confianza, y no sé a ciencia cierta si seguirá embaucando a las mujeres como lo hacía antes, pero para mí sigue siendo el mismo, y no quiero que le haga daño a Laura. Por otro lado, mi jefe vive una vida de lujo y diversión, y Roberto... pues no. El novio de mi amiga es más de cenas en casa y chándal. Supongo que eso es lo que ha deslumbrado a Laura a puertas de su boda. Ha visto en Marcos lo que no ve en Roberto. Pero las comparaciones son odiosas, porque estoy convencida de que su novio tiene un montón de cualidades que mi jefe no tiene, pero ella ahora mismo no las ve, o no las quiere ver. Uno es la rutina, el otro es la aventura.

Una hora más tarde, y después de relatarme con pelos y señales lo estresante que ha sido esta semana para ella con las gemelas enfermas, y cómo mataría a mi cuñado a la misma vez que lo ama con locura, Mayka se despide y me quedo sola en casa. Menudo fin de semana, me da para un libro, pero va a ser que no. Estoy demasiado cansada. Últimamente, siempre encuentro una excusa (real o imaginaria) para evitar escribir. Con lo que disfrutaba haciéndolo y sin embargo me he venido abajo por culpa de cuatro mails.

Ahora mismo el cuerpo me pide una ducha, pizza y acurrucarme en el sofá con la manta y el último libro que ha caído en mis manos.

El timbre empieza a sonar cuando salgo del baño. Paso, ahora no estoy para nadie. Vuelve a sonar. ¿Y si les ha pasado algo a mis padres y yo estoy aquí ignorándolos por completo? O, peor aún, ¿y si es Laura que está a punto de hacer alguna locura viene a verme para que se lo impida?

No puedo pasar de quien quiera que esté ahí afuera tocando la puerta. Mi retorcida imaginación ya ha hallado demasiados argumentos para hacer que

me de media vuelta y vaya a abrir.

—Hola.

Es Hugo. ¡Es Hugo! ¡JODER, QUE ES HUGO Y YO ESTOY MEDIO DESNUDA!

Instintivamente me cierro aún más el albornoz.

—¿Qué haces tú aquí? ¿Cómo has sabido...?

—Marcos —contesta sin más, y aclara así mi pregunta inacabada.

Mi jefe ha vuelto a hablar más de la cuenta.

Me quedo mirándolo con cara de tonta. Madre del amor hermoso, si anoche estaba guapo, hoy está para comérselo y mojar pan. Tejanos gastados, camiseta de algodón, sudadera oscura y una sonrisa de infarto. Eso es lo mejor de Hugo, su sonrisa. No sé si es consciente (imagino que sí, sino no se presentaría en casa de una chica a la que apenas conoce sin haber sido invitado) del efecto que ese gesto tiene sobre mis piernas, y en otra parte de mi cuerpo que está un poco más arriba.

—¿Puedo? —pregunta, y sin esperar respuesta entra en casa mientras yo sigo inmóvil en el quicio de la puerta.

Su mirada se centra en la abertura del albornoz cuando pasa por mi lado, y noto un cosquilleo en respuesta que me tortura desde el ombligo hacia abajo.

—Claro —contesto por educación.

Hugo entra y yo me quedo con la puerta en la mano. Ahora, ¿qué hago? «Vestirte para empezar, ¿no?», le dice mi cerebro al cuerpo.

—Ponte cómodo —le suelto al inesperado invitado, mientras me escapo a la habitación para adecentarme.

Estoy subiéndome los pantalones cuando el pensamiento aparece en mi mente como un hachazo: como lleguen mis padres y vean a este tío aquí, me matan.

Si a mi madre le da por entrar, como cada noche, para explicarme sus peleas con mi padre, voy apañada. Meter hombres en esta casa es impensable. ¿Qué hago? Piensa, Sarita, piensa.

Salgo de la habitación, dando saltos por el pasillo mientras me ato las bambas en el aire.

—¿Has cenado? —pregunto, asomando por la puerta del comedor.

—No, ¿tienes hambre?

—¡Muchísima! —Lo agarro del brazo y tiro de él para levantarlo del sofá.

—Vámonos.

—Pero ¿a dónde vamos? —pregunta, extrañado por mis empujones para sacarlo de casa.

—A cenar por ahí. Tengo la nevera pelada y llevo todo el día encerrada. Te invito. Vamos. —Lo miro con una sonrisa que intenta hacerme parecer inocente y no una tarada (que es lo que soy).

—Vale, pero invito yo.

—Lo que tú digas —contesto, sin hacerle mucho caso, mirando por encima de su hombro con angustia.

Arranca a andar y le sigo. Uf, por fin. Cojo al vuelo el bolso y cierro la puerta detrás de nosotros. Cuando estamos en el portal echo un vistazo rápido a las ventanas. No hay luz dentro. Suspiro, aliviada. Mis padres aún no han llegado. Aligero el paso hasta dar alcance a Hugo.

—¿Dónde tienes el coche?

—Es este —dice, abriendo el que tenemos delante con el mando a distancia.

¡Bendita providencia! Así no corro el peligro de encontrarme con mis progenitores en el portal de casa. Cuanto antes nos larguemos de aquí, mejor. El corazón me late a mil por hora cuando cierro la puerta y el coche se aleja calle arriba.

—¿Cuántos años tienes?

Acabamos de sentarnos en un restaurante del centro comercial que hay a las afueras de Barcelona. La camarera ya ha tomado nota de nuestro pedido: ensalada y pollo cajún para mí, hamburguesa con patatas para él.

—¿Nadie te ha dicho que preguntar la edad es de mala educación?

No llevo bien haber dejado atrás los veintitantos para meterme en los treintaipico. Hugo me escruta con la mirada.

—Es que la última vez que vi a una chica actuar como tú esta noche tendría unos quince años.

Estallo en carcajadas. Es por culpa de la tensión. Su comentario no tiene tanta gracia, pero yo estoy atacada. Tiene razón, me he comportado como una adolescente y no como una mujer adulta. Pero Hugo no conoce a mis padres, y su forma de pensar rayana al medievo es difícil de explicar. Así que no pienso hacerlo.

—No sé por qué me comparas con una quinceañera. Reconozco que me conservo mejor que bien, pero aparento unos poquitos más —intento salirme por la tangente siendo irónica.

—No es por tu físico que aparentas quince años, es por tu actitud. Me ha dado la impresión de que te estabas escapando de tu propia casa. ¿De quién huyes? ¿Algún exnovio celoso que te vigila de forma enfermiza y del que deba tener conocimiento?

Sigue mirándome fijamente, pero parece más relajado. Se ha echado hacia atrás y ha apoyado el brazo en el respaldo del sofá donde está sentado.

—Exnovio sí, celoso lo dudo. —Mi cabeza reacciona con rapidez y utilizo sus suposiciones en mi beneficio—. ¿Y tú? ¿Alguna exnovia celosa de la que deba tener conocimiento?

—Lo sabrás cuando la veas esperándote en la puerta para darte una paliza por seducir a un pobre ingenuo como yo.

Ahora sí que me río con ganas. Siento que todo el estrés se ha esfumado y por fin puedo ser yo misma de nuevo.

—En serio, ¿estás con alguien? —pregunta mirándome tan fijamente que creo que es capaz de ver mis retorcidos pensamientos.

—No.

—Y con ese exnovio no celoso, ¿qué pasó?

—¿De verdad es necesario que hablemos de él?

No tengo ganas de pensar en Pol. No se lo merece. El muy cobarde no se merece ni uno solo de mis recuerdos.

—Si no quieres, no.

¿Quiero o no quiero? Pensaba que no quería, pero si lo sigo pensando un poco más me parece que sí que quiero... Si tú no lo sabes, guapa, cómo vamos a saberlo los demás. Ahí está mi raciocinio, dando por culo.

—Llevábamos dos años juntos y nos habíamos estancado. Ya no disfrutábamos como al principio, decidimos dar un paso más y comprometernos, pensando que formalizar lo nuestro sería el estímulo que faltaba. Pero, a los pocos meses, Pol empezó a agobiarse con nuestra futura boda y me dejó para seguir tirándose a su compañera de trabajo sin remordimientos.

Hala, ya está. Tampoco ha sido tan difícil sacarlo a relucir, ¿no? Y ¿sabéis qué? Que me siento mejor después de haberlo soltado.

—Vaya, lo siento. O no, para que mentirte. Me alegra que ya no estés con él.

Y me sonrío de medio lado, insinuante y sexy. «Yo sí que me alegro de no estar perdiendo el tiempo con Pol estando tú sobre la faz de la tierra», le contesto en mis fantasías mentales, pero en realidad me limito a sonreírle. Las palabras abundan en mi cabeza, pero escasean en mis labios.

Suspiro, agradecida, cuando veo venir a la camarera con nuestra comida. Después de un par de bocados, me recupero del mutismo y decido atacar de nuevo. Es una situación absurda hablar con tus ligues de sus ex. Nunca me ha gustado hacerlo, pero ahora quiero saber más cosas de él.

—Y a ti, ¿qué te pasó?

Su cara se transforma en un mohín de disgusto.

—Lo mío no fue tan sencillito, pero pasó hace tiempo y no tiene el más mínimo interés.

Asiento, pero me quedo mirándolo con curiosidad, mientras él vuelve a centrar toda su atención en el plato que tiene delante. No quiero indagar demasiado, no vaya a ser que me vea más interesada de lo estrictamente necesario. ¿O será al revés y se sentirá decepcionado si no insisto? A lo mejor está esperando que le insista. Pero ¿cómo va a querer que insista diciéndome que el tema de su ex no tiene el más mínimo interés? ¡Deja ya de rayarte, hostia! No quiere seguir con el tema de su ex y punto.

El restaurante está a punto de cerrar, pero nosotros seguimos hablando y riéndonos, sin intención alguna de movernos de aquí.

Hugo me ha contado que en realidad es ingeniero. Vivía en la campiña asturiana, pero se mudó a Madrid durante unos años, por temas familiares, y algún día le encantaría volver a perderse entre las montañas. Pero, de momento, necesita el dinero y la oferta de trabajo de Marcos le ha venido de perlas.

Y a mí ni os cuento cómo me ha venido que el Neuras lo haya sacado de los paisajes de Heidi para traerlo a mi vida.

—Y tú, ¿desde cuándo trabajas en el hospital?

—Desde que tengo uso de razón, prácticamente. Hice allí las prácticas de final de carrera y me quedé aprovechando una vacante.

Encojo los hombros, como si mi caso fuera lo más normal del mundo. Llevo más de quince años haciendo lo mismo desde que me gradué.

—Y lo de escribir ¿desde cuándo? —pregunta interesado.

—Supongo que... desde siempre, también. En primaria formaba parte de los redactores del diario escolar —comento con orgullo.

Hugo empieza a reírse con mi revelación.

—Ya te imagino, la típica empollona sabelotodo. Apuesto a que preferías leer que salir de fiesta.

Le tiro la servilleta para hacerle creer que estoy ofendida, pero mi risa da evidencia de que no es así.

—Eh, listillo, no te creas que mi adolescencia fue tan aburrida como la pintas. No sabes las fiestas salvajes que nos montábamos los cerebritos. —Hugo sigue riéndose de mí, o conmigo, no lo tengo muy claro—. ¿Y tú? Déjame adivinar, el típico chulo con gafas de sol, chupa de cuero y un cigarro en la boca.

—Gafas de sol sí, por la resaca perpetua que arrastraba. Para la chupa de cuero no tenía pasta, y si mi madre me hubiera visto con un cigarro en la boca, me lo habría hecho tragar de un guantazo.

Ahora soy yo la que rompe a reír. Estoy segura de que si hubiéramos coincidido en esa época habríamos sido como el agua y el aceite.

—Pero seguiste estudiando. No eras el típico chulo de playa —afirmo.

—Sí, que pareciera una bala perdida no quiere decir que lo fuera. Solo intentaba disfrutar al máximo. Seis meses de juerga y tres de encierro obligatorio, estudiando a última hora. Por suerte aprobar exámenes no se me daba mal.

Cosa que no me extraña. Estoy segura de que es uno de esos tíos que todo lo hace bien. Hum... ¿Todo? Ay, guarrilla, ya sé yo en lo que estás pensando...

Un camarero se acerca para decirnos que nos larguemos de una puñetera vez, bueno, en realidad, nos lo dice con un poco más de educación, pero el mensaje es el mismo.

Llegamos a casa y le pido que se detenga un par de calles más abajo. No quiero que pare en la puerta y mi madre, que tiene el vicio de asomarse a la ventana al menor ruido, me vea llegar y empiece con uno de sus interrogatorios.

—Gracias, lo he pasado genial.

Hugo me mira, pero no me contesta. Baja su mirada al colgante que llevo puesto, lo coge con cuidado y empieza a enrollarlo entre sus dedos. Tira de él y consigue acercarme hasta que su boca queda pegada a la mía.

Oh, qué gustazo. Cierro los ojos y lo dejo hacer. Besa tan bien que mi lengua lo sigue, acompaña sus movimientos y explora su boca, como hace él con la mía. Esto es de película, un solo beso y la excitación está subiendo como la espuma. Baja sus manos hasta mi culo y me alza sin problemas para acabar sentándome a horcajadas sobre él. Se cuela entre mis piernas y yo rodeo su cadera, apretando mi pelvis contra la suya. Está tan excitado como yo. Nos seguimos besando, pero ya no nos basta con eso y las manos empiezan a explorar el cuerpo ajeno. Dibuja el contorno de mi sujetador con sus dedos y se cuela dentro para acariciar los pezones, que esperan ansiosos, mientras mi mano desciende por su camiseta en busca de algo más. Mis dedos se deslizan curiosos por debajo de su ombligo. Empiezo a desabrocharle los botones mientras resigo el borde del cinturón con las uñas. Hugo deja salir un gemido ronco en mi cuello que me indica que voy por buen camino. Ambos queremos seguir. Queremos llegar hasta el final. Hasta el límite de nuestros cuerpos. Los dos necesitamos fundirnos, necesitamos sentir la piel del otro como propia.

—Vamos a tu casa —me susurra al oído, mientras mordisquee la oreja y casi atonta mi buen juicio.

Dejo de jugar con su entrepierna de inmediato. Parecía imposible, pero mi libido inicia un descenso en caída libre al oír su proposición.

—Lo siento, pero va a ser que no. —Cojo sus manos y las saco de debajo de mi ropa.

El cambio de actitud es demasiado brusco y Hugo, que de tonto no tiene un pelo, sabe que aquí hay gato encerrado.

—¿Me vas a contar por qué me rechazas cada vez que te propongo entrar a una casa, ya sea la tuya o la mía?

No me apetece nada en absoluto explicarle que el problema no es la casa, sino los que viven al lado de ella. Si al empezar la noche ya me ha tachado de adolescente a mis treintaitantos, no quiero saber lo que pensará de mí si le digo que no puedo meter en casa a compañía masculina por miedo a mis padres. A lo mejor con esa explicación soy capaz de descender mi edad mental a los ocho años. Vamos que, si no se parte el culo de risa, como mínimo, desaparecerá y no querrá volver a saber nada de mí y mi falta de carácter.

O sea que decido dar un rodeo, e inventarme algo, que eso se me da bastante bien hacerlo.

—El problema no son las casas, el problema es que no te conozco lo suficiente. ¿Y si eres un sicópata? O peor, ¿y si eres de esos a los que les gusta el sado? Yo con el cuero y los látigos me llevo fatal.

Mentirosa... Solo con decirlo ya estás imaginándote la escena y te gusta. Hugo empieza a reírse por la sarta de tonterías que acabo de soltar.

—No pienso atarte a la cama, ni azotarte, hasta la cuarta o quinta cita, puedes estar tranquila.

Me estremezco ante sus palabras. Han sonado demasiado sensuales a mis oídos y eso no debería haber pasado. Con este hombre me disloco por completo. Es curioso, cuando conocí a Pol no puse tantos remilgos a la hora de echar un polvo, pero con Hugo es distinto. Me pone tanto que en el fondo tengo miedo de llegar hasta el final. Lo deseo, pero me aterra esta atracción tan bestia que siento por él.

Lo sé, lo sé, no hay quién me entienda. Pero ¿acaso os he pedido comprensión? No, solo os cuento lo que siento, tal cual me está pasando, si os parece bien o mal no es mi problema. Yo bastante tengo con resistirme para no acabar en el asiento trasero pidiéndole a Hugo que me arranque las bragas.

—¿Estás segura de que no quieres que suba a tu casa? —dice el muy traidor mientras recorre mi cuello con su lengua.

Entre escalofrío y escalofrío farfullo algo como un segurísima y me aparto de él.

—Me tengo que ir —digo mientras recompongo la ropa y abro la puerta del coche, para que el aire del exterior baje mi temperatura corporal, que debe estar como para reventar el mercurio.

—Quiero volver a verte.

—Nos vamos a ver cada día en el hospital, no sufras —bromeo, sabiendo que no se está refiriendo a eso.

—No digo en el trabajo, quiero que quedemos en nuestro tiempo libre. Algo así como una cita. Ya está bien de dejar esto en manos del destino. Te invito a cenar en mi casa. ¿Qué dices?

—Vaya, eso suena serio —contesto más roja que una flor de Pascua.

—Tranquila, no voy a comerte. A no ser que quieras que lo haga —añade, mientras se acerca para besarme el cuello.

—Acepto tu invitación —susurro con voz trémula y sofocada. Al final va a conseguir que me quite las bragas aquí mismo.

—Genial —contesta, y se aleja de mi piel, con lo que consigue que recobre algo del cerebro y me acuerde de Josán.

—Ay, no, lo siento, mañana no puedo. ¿Qué tal el viernes? —aventuro, para no pillarme los dedos.

No quiero que vea que estoy desesperada por quedar con él, porque en realidad no estoy desesperada, estoy agonizante por verlo de nuevo, y eso que aún no me he ido de su lado. Pero una cosa es saberlo yo, y otra muy distinta que lo sepa él.

—Vale, pues el viernes —zanja, cogiendo mi cara entre sus manos para darme el último beso de la noche, con el que mis ganas de que llegue ese día crecen hasta límites insospechados.

—Una cosa más. En el trabajo no quiero líos. Vamos a dejar esto solo para nosotros, ¿te parece? Y a Marcos, por supuesto, ni una palabra o no habrá quién lo soporte.

—Lo intentaré, pero no te prometo nada. —Me mira fijamente y me hace arder por dentro y por fuera.

Va a ser complicado resistirme a estas miradas durante una semana completa y no caer bajo su hechizo. No sé cómo lo hago, pero salgo del coche y hasta soy capaz de que mis piernas, que parecen de gelatina, me mantengan en pie.

—Buenas noches, Hugo —me despido, lanzándole un beso al aire cuando arranca el motor y se aleja de mi lado.

Me abrazo a mí misma con una estúpida sonrisa de felicidad/satisfacción en la cara, que ni estampándome contra el muro del portal conseguiría borrarla. Tengo un avispero en el estómago y unas ganas de locas de que llegue mañana para verlo de nuevo.

VIAJE AL PASADO

Hoy ha sido un día memorable. Pero no porque me haya pasado algo increíble y maravilloso. No. Al contrario, hoy ha sido el primer día en mi nuevo puesto de trabajo y, en resumen, os diré que no ha ido mal, pero tampoco podía irme peor. Y el hecho de que hayan cambiado de turno a Hugo (algo que no pienso perdonarle al Neuras), y que no lo haya visto en toda la mañana, no ha influido. Ni el nuevo mensaje que acabo de recibir, mandándome a pastos más verdes (por no decir a la mierda), de la última editorial en la que tenía puesta la poca esperanza que me quedaba, tampoco tiene la culpa de mi estado de ánimo.

No, por lo que os digo que ha sido un día memorable es porque he tenido una epifanía, he visto con absoluta claridad algo que hasta el momento no era capaz de ver. Por fin he descubierto el motivo de mi mala suerte. No es culpa del cabrón de mi jefe, del rechazo editorial ni del imbécil de mi exnovio. La culpa es mía, solo mía. Y, ¿por qué?, os preguntareis. (Más vale que os lo hayáis preguntado.)

Pues muy sencillo, porque doy pena. Y como doy pena, me pasan cosas penosas. Esa es la cruda realidad.

Pero esa revelación no me ha sido dada de forma gratuita ni por obra y gracia del espíritu santo. Ha sido una frase que he leído en la habitación de un enfermo (sí, de acuerdo, chafardear lo que tenía un paciente encima de la mesa mientras esperaba a que saliera del lavabo no ha estado bien, pero me aburría y tengo muy buena vista), y ponía algo así: «Si quieres conocer a la persona que cambiará tu vida, mírate al espejo».

Profundo, ¿eh? Fijaos hasta qué punto me ha afectado la psicología de andar por casa que aquí me tenéis, delante del espejo, dándome pena por el reflejo que recibo a cambio. Con esto no vayáis a pensaros que es mi primera vez delante de un espejo, no nos equivoquemos, no soy un vampiro, veo este mismo reflejo cada día desde hace bastante tiempo, pero nunca me había visto como hoy. O debería decir, más bien, nunca me he mirado como lo he hecho hoy, después de mi intromisión en los papeles ajenos. Pelo castaño, rostro ovalado, uniforme bien planchado...

todo está medianamente bien a primera vista, pero los ojos... Ay, mis ojos destilan desgana y decepción a raudales. Tengo una mirada que da pena. No hay ni rastro del entusiasmo de antaño. Le falta chispa, ilusión, alegría... A estos ojos les faltan ganas, como al resto de mi persona, y eso no se arregla con una mano de maquillaje y un moño bien hecho.

Y ahora viene lo más jodido: descubrir en qué momento dejé atrás a la personita simpática e ilusionada, con un montón de sueños, que habitaba en mi interior, para reemplazarla por esta alma gris, amargada y asqueada de todo.

—¿Qué coño haces ahí parada?

Es Pili, la chica de la limpieza, con la que coincido cada día al finalizar el turno.

—Nada. Tenía algo en el ojo —suelto y me voy hacia la taquilla, meditabunda.

—Hija, pues parecía que estabas en trance o que te habías fumado un porro. Menudo susto me has dado.

La miro con cara de pocos amigos. Si me hubiera fumado algo, como ella dice, la imagen que me devolvía el espejo me hubiera provocado más risa que pena.

—No soy aficionada a fumar nada, y lo sabes, pero ¿a lo mejor debería probar? Últimamente, estoy bastante estresada y dicen que relaja —comento en voz alta, como si hablase del tiempo.

—¡Calla, insensata! ¿A la vejez viruela te vas a aficionar a la hierba? Anda, anda. Cuéntame de una vez qué te pasa para que hoy estés así de atontada.

—¿Tú alguna vez te has parado a pensar qué sucedería si lo dejases todo para seguir un sueño?

Pili me mira con el ceño fruncido, como si en vez de un simple porro me hubiera fumado un campo entero.

—Mira, corazón, es lunes, llevo doce horas currando, y te aseguro que el único sueño por el que lo dejaría todo debería tener una cuenta corriente llena de ceros —afirma tajante, mientras se mete en el lavabo.

No voy a darme por vencida tan fácilmente. Alguien tiene que decirme que no estoy loca, que volver a soñar y luchar por cumplir esos sueños no es una utopía imposible para alguien tan normal y de andar por casa, como yo.

—En serio, Pili, cuando tenías dieciocho años, ¿imaginabas que tu vida iba a ser como lo es ahora?

—Con dieciocho años lo único que me preocupaba a mí era liarme con el tío más buenorro del instituto sin quedarme preñada.

Sale del lavabo y se coloca bien la falda, que escasamente le tapa el culo y poco más. Supera los cincuenta, pero sigue manteniendo un tipo de infarto. Desde que su marido se largó con la vecina, Piluca encontró el sustituto perfecto en el gimnasio y desde entonces va a diario a machacarse, y eso se nota. No como yo, que soy alérgica al deporte. En serio, me sienta fatal hacer ejercicio, es empezar y sudo de una manera que no es normal y me ahogo como si de un *shock* anafiláctico se tratase, así que por el bien de mi salud lo único que me permito es subir escaleras, nada más y nada menos.

—Escúchame, reina, déjate de pamplinas y musarañas. Cuando alguien como mi Paco te ponga mirando a Cuenca verás cómo te cambia la cara.

Paco es el entrenador personal de Pili, que desde que la conoció se dedica a entrenar la totalidad de su cuerpo, sin excepción.

—Estás enferma, todo lo solucionas igual, con sexo —le recrimino intentando no reírme. Con lo profunda que estoy hoy y ella quiere llevarme al lado oscuro—. No te ofendas, pero eres muy simple.

—Y tú, bocachocho, no te ofendas, pero eres lo más tonto que me echado a la cara.

Dejo de contener las ganas y me río, porque tiene razón. Si pudiera ver la vida de un modo tan sencillo como la ve Pili, no me comería tanto la cabeza.

—¿Dónde está Laura? ¿Ya se ha cansado de soportarte y ha pedido cambio de turno o qué?

—Está fatal. Gastroenteritis. Se va a quedar un par de días en casa —explico, y me dejo de reír al acordarme de mi amiga.

La pobre me ha llamado esta mañana para decirme que estaba en el váter sin poder moverse, vaciando su cuerpo por arriba y por abajo. Descompuesta. Si no habla ya con Roberto acabará enferma de verdad. Ella no está hecha para la intriga palaciega en la que se ha convertido su vida. En el fondo me da pena, aunque sea una adúltera (esa sería la definición oficial de mi madre), Laura tiene buen corazón. La conozco bien, desde el día en que la contrataron para cubrir la jubilación de otra compañera,

congeniamos al instante y hemos hecho de nuestro encuentro laboral una bonita amistad. Por eso, y porque sé que Laura no le haría daño ni a una mosca de forma consciente, estoy segura de que está sufriendo lo indecible por su desliz con el Neuras. No estoy dentro de su cabeza, pero puedo asegurar, sin miedo equivocarme, que mi amiga no soporta la idea de destrozarle el corazón a Roberto y eso la está matando a ella. Ahora mismo me da más pena ella que el reflejo de mí misma, que hasta hace escasos minutos estaba psicoanalizando con ayuda del espejo.

—Bueno, chata, yo me voy, que mi clase de Pilates empieza en media hora. A ver si te animas y vienes conmigo un día. Ahí sí que te vas a olvidar de chuminadas y sueños raros.

—Estoy segura. Disfrútalo, Piluca.

—Lo haré. Hasta mañana.

Le digo adiós con la mano a mi terapeuta ocasional y el móvil se pone a sonar como loco. Empiezo a rebuscar con ansia dentro del bolso. Seguro que es Josán, que se lo ha pensado mejor y quiere anular nuestro encuentro. ¡Olé! Di que sí bonita, optimismo ante todo ¿eh?

Contesto sin resuello por culpa de los nervios. Es un número desconocido.

—¿Sí?

—Sara, ¿cómo estás?

—¿Julia? —Oigo risas al otro lado. Mi hermana por fin da señales de vida—. ¡Dichosos los oídos! ¿Dónde estás ahora? Te he mandado mil mensajes y no has contestado ninguno, debería darte vergüenza.

—Perdí el móvil en Mikonos y no he tenido tiempo de comprarme otro hasta que he vuelto. Había un griego por allí que me ha tenido muy ocupada. —Y vuelve a reír.

Sacudo la cabeza. Julia es mi ídolo. Ella sí que sabe disfrutar de la vida sin prejuicios. ¿Que conoce a un tío en un crucero?, pues se lo beneficia y aprovecha al máximo los días con él, sin pensar en futuros ni chorradas. Ojalá tuviera un poco de su despreocupación por el día de mañana. Con su actitud, Hugo ya no sería una tentación sino un pecado y, dicho sea de paso, dejaría de dar pena. Pero ese papel se lo habían asignado a ella cuando yo nací. A mí me quedó el de borde quejica.

—Qué envidia me das. Yo de mayor quiero ser como tú —digo sin poder contenerme.

—No exageres. Ya me ha contado Mayka que no has perdido el tiempo este fin de semana.

El día que mi hermana mayor me deje contar algo sin adelantarse será un milagro. Tan solo le expliqué por encima lo de Hugo y le ha faltado tiempo para pasarle el parte a Julia.

—Si te hubieras dignado a contestarme antes, te lo habría explicado yo. Estoy segura de que la versión de Mayka estará un pelín distorsionada.

—Solo me ha dicho que estás liada con un colega del trabajo y que te ve muy pillada.

—¡Anda ya! ¿Pillada? Pero si solo nos hemos visto un par de veces.

Con ese nuevo hábito que he adquirido recientemente, me ruborizo al recordar esas dos veces que he estado con Hugo. Cambio de tema, para ponerla al día de lo que aún no sabe.

—¿A que no adivinas con quién he quedado hoy?

—Ya sabes que yo de imaginación ando escasa.

—Con Josán.

—¡No me jodas! —suelta atónita.

—Eso ya lo ha hecho el griego, yo solo te informo.

No dice nada, está flipando, estoy segura.

—Esta noche voy a cenar a tu casa y me cuentas todos los detalles —sentencia—. Ten cuidado. No te dejes engañar otra vez, ¿vale?

—Claro, Josán es agua pasada. No te preocupes, no tengo ningún interés. Hasta luego.

¿Qué no tienes ningún interés? Eso no te lo crees ni harta de vino, bonita. Y mi hermana aún se lo cree menos. Ella me conoce, y vivió conmigo la mayor de mis decepciones cuando él se fue. Así que sabe que con Josán nada es pasado, al contrario, todo está ahí latente, en *stand by*, a la espera de un nuevo intro.

Salgo por la puerta principal del hospital y lo veo. Mi sueño de juventud, o amor platónico, se ha sentado en un banco y mira el móvil, sin demasiado interés. No se ha dado cuenta de que he salido y eso me concede un margen para observarlo sin ser vista. Parece el mismo de hace diez años atrás. Lleva el pelo igual, con mechones largos que le caen sobre los ojos ocultando esa cara de niño travieso que tanto he añorado. Cuántas veces a lo largo de estos años he creído verlo en otros cuerpos, en otros rostros, pero ninguno era él. La ropa sigue siendo igual de descuidada, con ese aire bohemio que tanto

me gustaba. Y para qué engañarnos, me sigue gustando. Alza la mirada, probablemente al sentirse observado, y me sonrío.

Un pellizco me retuerce el estómago cuando se levanta y empieza a acercarse.

—Hola.

—Hola —contestó, con la boca tan seca que no puedo decir nada más.

Pues bien, aquí estamos, las supuestas almas gemelas sin atrevernos, siquiera, a darnos un par de besos para saludarnos como sería habitual entre amigos. Parece que ambos estamos a la defensiva, expectantes por lo que hará el otro, decididos a no dar el primer paso.

—¿Te apetece tomar algo? —propone.

—Claro —contesto, agradecida por tener una excusa para moverme.

Mi corazón está bombeando sangre a tal velocidad, que podrían aprovechar la energía liberada en cada latido para mantener encendido el alumbrado eléctrico. Estoy hecha un flan. Por suerte, Josán parece tan nervioso como yo. Y eso es bueno. O no. ¡O yo qué sé! Ahora mismo la materia gris de mi cerebro no aparece por ningún lado. ¡Traidora!

—Estás muy guapa —dice, nada más sentarnos—. Te favorece ese corte de pelo.

—Gracias, tú estás igual.

Igual de atractivo y endemoniadamente guapo quería decir, pero he sabido callarme a tiempo. Gracias cerebro por salir de tu escondite.

—¿Capuchino corto de café?

Aún recuerda cómo me gusta el café. ¡Oh, Dios! Otro pellizco en el estómago. Yo también recuerdo el suyo.

—¿Café solo sin azúcar?

Rompemos a reír. Las barreras se derrumban, desaparecen estos diez años como por arte de magia y vuelvo a tener al Josán de siempre a mi lado.

Después de un rato, en el que nos hemos puesto al día de nuestras respectivas vidas, he llegado incluso a sentirme a gusto con él. Al final, decidió estudiar biología marina en Argentina y ahora debería estar cursando el último año, pero lo ha aplazado por su viaje de vuelta. Aunque a mi parte racional no le apetece lo más mínimo preguntar (está muy segura de que la respuesta no me va a gustar), la parte sentimental no puede evitarlo. En el fondo del corazón estoy deseando oírle decir que ha vuelto por mí. Lo llevo ansiando desde que se fue.

—Y, ¿por qué has vuelto? Es una pena que echas a perder tus estudios —añado, para aparentar que no me importa.

Le ha cambiado la cara y su expresión se ha tornado más seria.

—Ese es el asunto importante del que quería hablarte. Tiene mucho que ver con el motivo por el cual he querido quedar contigo, después de tantos años.

Joder, tanto misterio va a acabar conmigo. O me lo dice ya o tendrán que llamar a emergencias para atenderme por un posible ictus.

—Josán lo que sea, dilo ya.

No sirven las medias tintas. No pienso fingir que no me importa. Vamos a poner las cartas sobre la mesa y que sea lo que Dios quiera.

Agacha la mirada y empieza a jugar con el sobre de azúcar, que no ha utilizado. Estoy a un pelo de cogerlo por los hombros y zarandearlo para exigirle una respuesta, pero por el contrario me quedo estática, rígida, mirándolo fijamente mientras aprieto la mandíbula.

—Me caso dentro de dos meses.

No soy capaz de reaccionar. Tenía mil excusas en mente que él podía darme, pero esa no era una de ellas. Si va a casarse, si está enamorado de otra, ¿por qué demonios me lo dice? Podría haberme dejado en la ignorancia, viviendo feliz. Se lo habría agradecido con todo mi corazón, pero, en vez de eso, ha decidido asestarme esta puñalada tramera.

—Di algo por favor.

Estoy bloqueada.

—¿Qué quieres que te diga? Te fuiste hace diez años, no necesitas mi bendición.

—Para mí sigues siendo muy importante, a pesar del tiempo que ha pasado, te sigo considerando mi mejor amiga. Si tú no hubieras actuado como lo hiciste años atrás, cuando confundimos nuestros sentimientos, a día de hoy, no estaría a punto de casarme con Cristina. —Me coge la mano y yo estoy a punto de gritar como una posesa que me deje en paz de una puñetera vez, para largarme y llorar como es debido esta decepción—. Gracias a ti, y a que me dejaste marchar, pude conocer a la mujer de mi vida.

Si no fuera porque estamos en un lugar público, rodeados de gente que no entendería mi reacción, le lanzaría la taza a la cabeza. ¿Qué confundimos nuestros sentimientos? ¡Habla por ti pedazo de cretino! Yo llevo diez años sin lograr que las relaciones me funcionen por culpa tuya y por la

inseguridad que me provocó tu actitud. Después de insultarlo y abofetearlo mentalmente, me limito a contestar:

—Me alegro por ti.

¡Y un cuerno! ¡Por Dios, Sara! ¿Cómo puedes ser tan falsa y fingir tan bien? Si lo de escribir no funciona, tendré que plantearme hacer carrera como actriz. Actuar se me da de fábula.

—Siempre pensé que tú habías sido el amor de mi vida.

No Josán, ahora no, por favor. Suplico para mis adentros, sin atreverme a decirlo en voz alta, porque, aunque me duele oír eso de su boca, en realidad lo necesito.

—Tú fuiste el mío —contesto, sorprendiéndome.

—Lo sé. Y ya no puedo remediarlo, pero quiero que sepas que me he arrepentido durante todos y cada uno de los días que he estado lejos. Pensé que sería incapaz de volver a amar. Pero, entonces, apareció Cristina y me di cuenta de lo equivocado que estaba. A ti seguramente te habrá sucedido lo mismo con alguien, ¿a que sí?

Asiento sin abrir la boca. Las grietas de las heridas de mi corazón, que ataño supuraban dolorosamente, están reabriéndose, como una fina capa de hielo que se quiebra bajo una bota pesada, y me mata por dentro. Necesito largarme ya. Esta conversación no va a ningún sitio y, desgraciadamente, ya me he colgado de él. Ahora todo lo que diga, o haga, me va a doler horrores. Por eso, lo más sensato es desearle buena suerte y seguir cada uno por su lado.

—Quiero que la conozcas.

¡¿Qué?! Pero este tío está loco o qué. ¿Para qué coño tengo que conocerla, si lo único que yo quiero es que esa lagarta deje de existir? Estoy celosa, sí, ¿acaso os extraña? A estas alturas del cuento ya deberíais ir conociéndome, ¿no? Estoy celosa y sé, a ciencia cierta, que si me cruzase con ella ahora mismo le arrancaría los ojos, como mínimo.

—No creo que sea buena idea.

Josán me mira con cara de bobo. Pero qué simples son los hombres a veces. ¿Necesitará un Power Point para darse cuenta de que él ha pasado página en lo nuestro, pero yo no?

«Pero qué nuestro ni nuestro, si ni siquiera habéis echado un polvo», le dice el raciocinio a mis sentimientos. «Tú te callas, amargado, que nadie te

ha dado vela en este entierro», suelta el corazón, zanjando la discusión con mi sensatez.

—¡Claro que sí! Solo quiero que las dos mujeres más importantes de mi vida se conozcan.

Joder, está más ilusionado que un tonto con un caramelo.

—Ya lo hablaremos, ¿vale? Se me hace tarde y tengo que irme.

Bien, muy bien, Sarita. Estás reaccionando con mucha madurez. Lárgate de aquí antes de que la cagues. Que ya has aguantado lo indecible y tampoco hace falta tentar a la suerte, ¿no?.

—¿Te parece bien que te llame y quedamos los tres un día para cenar?

—Sí, sí, lo que quieras. Hasta pronto —apostillo, antes de salir escopeteada del local para evitar que Josán vea esas lágrimas, gordas como puños, que me nublan la visión y empapan el rostro.

Nada más entrar en casa, tiro el bolso y la chaqueta al suelo, y me dirijo sin dilación a la cocina, mientras limpio el resto de las lágrimas con el borde del jersey. El helado de chocolate me espera fielmente en el primer cajón del congelador, como siempre que lo necesito. Un remedio barato, delicioso e infalible contra las decepciones amorosas, pero desastroso para mis caderas. Seguro que la tal Cristina tiene un culo de infarto, y es de esas que come lo que le da la gana y no engorda. Uf, qué asco de tía, no la soporto.

Julia está apalancada en el sofá, mirándome, y bebiendo café mientras rumia su respuesta. Ayer llegó a las tantas, y se quedó a dormir en casa. Ahora, mientras desayunamos, le he puesto al día del encuentro con Josán. Aún no se ha pronunciado al respecto, y eso es malo. Julia no da tantas vueltas a las cosas. Ella es más de soltar lo que piensa, que de pensar lo que suelta. Le doy un bocado a la tostada con crema de cacao, para seguir cebándome por mi decepción. Anoche acabé con las existencias de helado de chocolate y esta mañana mi cuerpo, lejos de mostrar arrepentimiento, me ha pedido a gritos más chocolate.

—No deberías haber quedado con él.

¡A buenas horas mangas verdes!

—Si vas a limitarte a decirme lo que no debería haber hecho, llegas un poco tarde. Mejor dime qué hago. Le he dicho que quedaría con ellos y,

sinceramente, preferiría amputarme las piernas como excusa antes que conocer a la mujer de su vida —digo con marcado desprecio.

—Te estás equivocando. —Hala, pues ya está, mi hermana en su inmensa sabiduría ha dictado sentencia.

—Julia, por Dios. No pienso conocer a esa arpía ni que me maten.

—Yo no digo que tengas que conocerla. Lo que digo es que te equivocas desplegando tu frustración sobre la pobre chica. Aquí, el cabrón de turno es Josán.

Me jode admitirlo, pero tiene más razón que un santo. El problema es que me cuesta echarle la culpa y darle el papel de malo de la película. Por más que lo intento, solo puedo verlo como una pobre víctima de la seducción de esa mujerzuela.

Julia, que me conoce bien, sigue insistiendo.

—Pasa de él. Lo tenías más que superado. Cuando te llame para quedar, dile que no y punto. Tampoco es tan difícil —suelta, y sigue bebiendo café, tan tranquila.

Como si para mí semejante propuesta no fuera del todo imposible.

Sí, imposible, habéis leído bien y, aun a riesgo de que penséis que soy tonta de remate, os confesaré que nunca he sabido decirle que no a Josán. Es superior a mí. Él es mi debilidad. Si me dice ven, yo voy, y encima llego cinco minutos antes, por si acaso. Así de idiota puedo llegar a ser cuando me enamoro.

—Lo que tienes que hacer es buscarte a alguien que te haga olvidar los fantasmas del pasado. Necesitas encontrar a la horma de tu... ya sabes —concluye guiñándome un ojo.

—¿De mi zapato? —pregunto, acabando el refrán, sin saber a qué otra cosa puede referirse.

—No, hermanita, del zapato, no. Tú necesitas la horma de otra zona de tu cuerpo que debe tener telarañas y todo.

Le doy un manotazo.

—¡Serás guarra! —suelto y empezamos a reírnos.

El timbre de casa suena y me hace el gran favor de alejarme de mi hermana y sus demoledores consejos, que no pienso seguir, a pesar de que sé que hacerle caso a Julia sería lo más inteligente de mi parte. Abro la puerta, inmersa en mis contradicciones.

—Hola.

¿Otra vez? Acabo de sufrir un *déjà vu*. Hugo está en la puerta de casa y yo estoy en estado de *shock* por semejante visión, solo que hoy, por suerte, estoy vestida.

—Hola. —Trago saliva—. ¿Qué haces aquí?

—No podía esperar hasta el viernes. ¿Puedo pasar?

—Sí, digo, no. —Hugo me mira sin saber muy bien qué hacer, con un pie dentro y otro fuera—. Ahora no es buen momento, lo siento.

Empiezo a cerrar la puerta. Si Julia lo ve no tendré escapatoria, y la siguiente en saber de la existencia de este tío será mi madre, y ahí sí que me puedo morir. Pero, o yo he sido demasiado lenta, quizá porque verlo es lo único bueno que me ha pasado hoy, y mi subconsciente (y otra parte de mi cuerpo menos honrosa) no quiere echarlo de aquí, o mi hermana ha sido demasiado rápida. El caso es que no me da tiempo de evitar el desastre.

Por el rabillo del ojo veo que ella se abalanza por encima de mi hombro para presentarse.

—Hola, soy Julia, la hermana de Sara. ¿Y tú eres?

La mataría ahora mismo, con mis propias manos y sin remordimientos. ¿No puede quedarse en el sofá en vez de meterse dónde no la llaman? Es calcada a mi madre.

—Soy Hugo.

Mi hermana le da dos besos y después se gira hacia mí para despedirse.

—En fin, Sara, hablando de hormas, aprovecha esta que parece bastante buena.

Inclinándose en mi oído me susurra:

—Hazme caso y tírate a este tío, tu cuerpo te lo va a agradecer.

Me pongo roja como un tomate y no sé a dónde mirar. ¡Maldita, Julia! Ha conseguido avergonzarme hasta la punta de los pelos. Se gira hacia él, para pegarle un repaso visual, antes de salir por la puerta y despedirse.

—Encantada de conocerte, Hugo. No le hagas caso a mi hermana, llegas en muy buen momento para su «zapato» —añade con segundas.

No sé si él habrá captado la metáfora de la «horma» y el «zapato» (por su cara diría que no, afortunadamente), pero yo sí. Esto no me puede estar pasando a mí. Busco la cámara oculta mientras veo alejarse a Julia. Seguro que en breve aparecerá alguien con un micro, riéndose de la cara de idiota que debo tener, para decirme que todo era una broma.

Hugo me mira sin saber qué hacer. Creo que empieza a ser consciente del embrollo en el que se está metiendo al querer tener algo conmigo.

—Perdona, debería haber avisado antes de venir. No te preocupes, ya me voy. —Se inclina para darme un beso y yo lo aparto instintivamente con la mano. Si mi madre me ve besándome con él en la puerta de casa me muero.

La cara de estupefacción de Hugo no tiene desperdicio.

—Lo siento —digo para justificar el rechazo—. Mis padres viven ahí al lado.

Su cara no cambia. Por lo visto, saber que mis progenitores están a un paso, no influye en lo más mínimo en sus intenciones. Decido explicarme mejor, pero no aquí, no en la puerta de casa (y menos aún dentro de ella).

—¿Damos un paseo? —pregunto, mientras cierro la puerta, sin esperar respuesta a cambio.

Hugo me sigue y echamos a andar en dirección al parque que hay a un par de manzanas de aquí. Es un agradable paseo, que discurre por una avenida de aceras anchas, sembradas de árboles en flor, que haría las delicias de cualquier pareja. Pero no es nuestro caso. Estoy demasiado tensa para disfrutar del paisaje, no me atrevo a decir nada, y Hugo no parece interesado en romper el silencio que nos acompaña. Parezco un flan. Ha llegado el momento de decidir qué le cuento, ¿la verdad o una mentira piadosa?

La verdad, Sarita, que la mentira tiene las patas muy cortas. No la cagues, ¿vale? Y tiene razón, por una vez mi parte racional tiene más razón que un santo.

Él no sé qué estará pensando (es probable que su mente tenga un profundo debate sobre la conveniencia de seguirme o largarse), pero yo necesito organizar mis palabras y estructurar en la cabeza la conversación que quiero mantener con Hugo cuando lleguemos a nuestro destino. Las torneadas puertas de hierro que anuncian la entrada al parque están a escasos tres metros, y en cuestión de cinco minutos, como mucho, no tendré más remedio que contárselo todo. Las gotas de sudor dan evidencia de mis nervios y empiezo a transpirar por más sitios de los que debiera. La angustia se apodera de mi persona. Poco a poco, como una mancha de aceite que se expande en un mar embravecido, y me tiemblan hasta las manos.

—Me descolocas —suelta, descolocándose él a mí.

Acabamos de sentarnos en un banco, bajo un enorme sauce llorón, lejos del bullicio y de los jubilados. Unas cuantas palomas se acercan a nuestro lado, esperando los restos de un algo que no traemos. Me cruzo de piernas, incómoda, y meto las manos bajo los muslos para que Hugo no se percate del tembleque que me aqueja. O empiezo a explicarme ya o no lo haré nunca.

—No es mi intención, pero tengo una familia algo complicada.

—Fíjate que no lo había notado —añade con sarcasmo.

—¡Eh! Que todo el mundo tiene una familia de la que avergonzarse, incluso tú tendrás la tuya, así que no te metas con la mía.

Hugo se calla y decido iniciar mi monólogo.

—El piso en el que vivo es de mis padres y ellos viven en el que está justo al lado. Aunque, como has visto, es una vivienda independiente, no deja de ser de su propiedad y eso me obliga a cumplir sus normas. Como, por ejemplo, nada de hombres en casa.

—Me estás tomando el pelo. ¡Pero si tienes más de treinta años! Ni que estuviéramos en la edad media —concluye, entre asombrado y divertido.

Vale, lo admito, eso de «tienes más de treinta años» me ha dolido. Me he sentido vieja de golpe, y encima sin excusas creíbles para mi comportamiento, pero, aun así, intento ser razonable y seguir con mi verborrea en vez de esconder la cabeza bajo tierra (que es lo que me pide el cuerpo).

—Lo sé, pero a no ser que le pidas la mano formalmente a mi padre, tienes prohibida la entrada a mis aposentos —explico teatralmente, cual damisela de siglos atrás, intentando quitarle hierro al asunto.

—¿De verdad nunca has metido a un hombre en tu casa sin el consentimiento de tus padres?

Asiento, avergonzada. Hugo estalla en carcajadas y yo me quiero morir. Me levanto iracunda. Ya sé que no todo el mundo tiene mi vida, ni mis restricciones. Y también sé que es difícil de entender que en este siglo de libertad y libertinaje yo aún respete las normas de mis padres, por ilógicas o anticuadas que estas sean. Pero es lo que he hecho siempre y no me he planteado hacerlo de otro modo.

—Vete a la mierda —farfullo y echo a andar para poner pies en polvorosa.

Las palomas, que esperan ingenuas ese trozo de pan que no les va a llegar, alzan el vuelo asustadas por mi reacción.

Hugo sigue riéndose a caja batiente, pero ha empezado a seguirme.

—¡Sara! ¡Eh, Sara! ¡Espera! —grita entre carcajadas.

—¡Déjame en paz, idiota! —le suelto y acelero el paso.

Me da alcance antes de cruzar las puertas del parque y me sujeta del brazo tirando de mí hacia él. Me frena en seco mientras intento, sin resultado, deshacerme de su mano.

—Suéltame —le espeto con todo el odio que puedo robarle al demonio que llevo dentro.

—Perdona —dice, y me mira con restos de sonrisa en sus labios—. No quería ofenderte, pero entiende que tu situación es inusual. Si fueses menor de edad lo entendería, pero ya eres mayorcita para vivir tu vida al margen de tus padres, ¿no?

Durante toda su explicación ha mantenido su mano alrededor del brazo, haciendo oídos sordos a mis exigencias. Mi cabeza ha tenido que hacer un esfuerzo enorme por escucharlo, en vez de imaginarse esa mano recorriendo el resto de mi cuerpo. La verdad es que estoy fatal, al final Julia tendrá razón y lo que yo necesito es quitarme las telarañas de encima. O será por culpa de los nervios que, como ya os he contado, me dejan el cerebro al borde de un encefalograma plano. O será que Hugo tiene algo, que no sé cómo resistirme e ignorarlo. Pues solo con rozarme hace que mi cuerpo reaccione.

—¿Crees que a mí me gusta vivir así? Pero es lo que hay, el cabrón de mi ex se gastó todos mis ahorros y no puedo permitirme pagar un alquiler con la mierda de sueldo que cobro.

¡Hala! Ya está, lo he dicho y me he quedado en la gloria.

—Excusas.

—¿Cómo dices? —pregunto perpleja.

—Que solo pones excusas para no vivir tu vida. ¿Pero tú te has oído? Desde que has empezado a hablar solo le has echado la culpa a los demás de tu situación. No metes hombres en tu casa porque tus padres no te dejan, no te independizas porque tu ex te dejó sin un céntimo y porque te pagan un sueldo penoso... ¿Y tú? ¿Qué haces tú para cambiar eso y mejorar tu vida? Deja de lamentarte y empieza a vivir.

Si me pinchan os juro que no me sale sangre. Mi cara tiene que ser un poema porque Hugo no tarda en retractarse de sus palabras.

—Lo siento, no quería ser tan brusco.

Me cuesta recuperar la voz pero, cuando vuelve, hago uso de ella de un modo adulto, sensato y responsable.

—¿Sabes que te digo «don sabelotodo»? Que me importa un comino tu psicoanálisis sobre mis carencias de personalidad. Yo soy feliz con mi vida tal como está ¿me oyes? ¡Feliz!

Muy bien Sara, a mentirosa no te gana nadie. Hugo ha dado en el clavo, pero eso él no lo sabe, así que, ¡qué se joda! Después de haberse reído de mí no voy a darle el gusto de concederle la razón. Prefiero seguir interpretando el papel de ofendida, que reconocer que soy una cobarde conformista que no arriesga ni un pelo de su cabeza para cambiar su vida.

—Es una pena que estés tan ciega. Cuando dejes de jugar a Peter Pan, y decidas crecer, llámame —concluye, antes de darme un ligero beso en los labios a modo de despedida.

Me quedo mirando su culo como una tonta mientras se aleja y sale del parque. Me dejo caer sobre el primer banco que encuentro. Necesito digerir todo lo que me ha dicho. Apenas me conoce, pero me ha calado como si fuera transparente.

Excusas, dice...Y lo peor es que tiene razón. Todo se reduce a eso, a excusas. Excusas que he buscado con desesperación, en ocasiones para escapar, otras para quedarme, a veces para conformarme o callarme, incluso he logrado excusas para no amar.

Vivo atrapada en un círculo vicioso, presa de una rutina que más que felicidad lo único que me aporta es cierta seguridad, o de eso intento convencerme con mis frágiles excusas. Pero mi corazón no entiende de artimañas y está cansado de que utilice ese medio tan manido para huir de lo que siento por Hugo. Grita y se desespera cuando intento acallarlo. Mi corazón sabe que, si fuera capaz de abandonar ese vicio mío de buscar excusas para todo, podría lograr grandes cosas. Pero nunca lo he escuchado, nunca hasta hoy.

Sacudo la cabeza y pongo rumbo de vuelta a casa. La culpa la tiene este hombre por poner mi vida y mi corazón patas arriba. No vale la pena que le dé más vueltas al tema.

Y con qué facilidad vuelvo a encontrar excusas en mi cabeza para no reaccionar...

Esta semana va a ser para enmarcar en rojo en el calendario. Primero, la revelación sobre la pena que doy, después, la bofetada de Josán al decirme que se casa con otra y, ahora, la reacción de Hugo. A saber, qué me deparan los cinco días restantes.

Nada más llegar a casa del trabajo me meto en la cama. No quiero ver a nadie. No quiero saber nada de nadie. No quiero existir para nadie.

Pero ese «nadie» tiene otros planes para mí.

—Sara, Sara —susurra mi madre, mientras abre la puerta de la habitación, mete la cabeza dentro y enciende la luz.

Doy un bote y me llevo la mano al corazón, instintivamente, para ver si sigue en su sitio.

—¡Por Dios, mamá! ¿Puedes dejar de hacer eso? Vas a matarme del susto.

Venga, ya tenemos aquí la que faltaba para rizar el rizo.

—Cómo iba a pensar yo que estarías acostada tan temprano.

Ni piensa eso ni piensa nada. Decido descargar contra ella mi frustración. No sabe la pobre dónde se ha metido hoy.

—¿Y si hubiera estado acompañada?

Mi madre se queda blanca como la pared.

—No me hacen gracia tus bromas. Si tu padre te oye se pondrá hecho una furia.

Estoy segura de que mentalmente está intentando exorcizar al diablo que me ha poseído, para ser capaz de decir semejante ofensa.

—Pues tampoco sería tan raro. Tengo más de treinta años. Creo que puedo tener vida sexual, ¿no?

—¡Virgen santa! Que yo tenga que oír eso de una hija mía. ¿Has bebido? Últimamente estás muy rara. Seguro que tu amiga esa del trabajo está metiéndote tonterías de las tuyas en la cabeza. No creas que no sé lo que le ha hecho al novio, la muy marrana. No me mires así, tu hermana me lo ha contado. Se le debería caer la cara de vergüenza. No quiero imaginar lo que estará pasando su pobre madre.

Señor, dame paciencia...

—Mamá, déjame, ¿vale? Quiero dormir.

—¿Es que no fue bien tu cita con Josán? Mira que a mí ese chico sí que me gustaba para ti.

—¡Esto ya es el colmo! ¿Cómo demonios te has enterado de eso? ¿Te lo ha contado Julia?

Mi madre se acerca y se sienta en el borde de la cama. Me siento como si volviera a tener trece años.

—Me lo ha dicho Mayka. No te enfades con ella, estaba preocupada por ti, como no la has llamado... Julia le ha contado lo de Josán y ella me ha preguntado a mí, por si sabía algo. ¿Tanto te costaba pasar por casa y decírmelo? —me recrimina.

Sacudo la cabeza. Esto es lo último que necesito hoy.

—Precisamente por eso no os cuento nada. Pensaba que Julia se callaría la boca, pero, como de costumbre, aquí nadie puede guardarme un secreto. Necesito tener algo de intimidad, ¿vale? No quiero que todo lo que hago sea de dominio público en esta familia. Estoy harta.

—Ay, hija, cómo te pones por nada. Cualquiera querría tener una familia que se preocupe, como nosotros.

Y dale. ¿Pero es que no se da cuenta de que es agotador? Vivir siempre en el escaparate, siendo observada, juzgada y comentada. Es como estar en un gran hermano con mi propia familia. Si Hugo estuviera aquí ahora mismo tendría que tragarse sus palabras.

—Preocuparos el día que venga preñada y no sepa quién es el padre. Mientras tanto, dejadme en paz de una maldita vez —zanjo, me tumbo de nuevo y apago la luz para dar la conversación por concluida.

—Eres como tu padre, siempre dices lo que más duele.

Y así, con la coletilla que últimamente se ha vuelto habitual cada vez que hablo con ella, desaparece, y yo, por fin, puedo seguir dándome pena a mí misma. Pero con un cargo de conciencia añadido, que se ha unido a la fiesta, por haberle hablado así a mi madre.

QUÉ ASQUITO ME DA

Es viernes, y siento una atracción inhumana por mirar el reloj cada dos por tres. El puñetero parece haberse detenido a propósito en los últimos quince minutos de mi jornada laboral.

El teléfono suena y me trae de vuelta a la realidad.

¿Será Hugo?

Me estoy poniendo de los nervios al pensar que pueda ser él. Llevo toda la semana dándole esquinazo. Cada vez que lo he visto, aunque sea de lejos, he cogido el camino contrario para no encontrármelo. A excepción de ayer. Cuando se abrieron las puertas del ascensor que estaba esperando, después de visitar a los pacientes en planta, inmersa en mis cavilaciones, me encontré de frente con Hugo. Y me quedé bloqueada, ni siquiera avancé un paso para meterme dentro del cubículo ni para dar media vuelta y largarme, como una cobarde, escaleras abajo. La inesperada coincidencia y la profundidad de su mirada me anclaron al suelo sin poder evitarlo.

—¿Subes? —me preguntó, aunque por el tono pareció más una orden que una pregunta.

—Claro —contesté, sin tenerlo tan claro, realmente, y sin dar indicios de movimiento alguno.

Como en una partida de ajedrez, en la que el próximo movimiento podía ser mortal para mí. Jaque mate a la reina.

—Pues hazlo, tengo trabajo.

Entré en el ascensor, pegándome a la pared todo lo que pude, para huir de la cercanía de su cuerpo, de su irresistible aroma y de esas ganas locas por besarle que me carcomían las entrañas.

—Llevas toda la semana esquivándome.

—¿Yo? No, que va, es solo que he tenido mucho trabajo —mentí.

—Mira, Sara, ambos somos adultos y si algo de lo que te dije el otro día te ofendió, dímelo. No huyas, pelea conmigo, demuéstreme que estoy equivocado.

Las puertas del ascensor se abrieron y, antes de salir, me giré hacia él y le contesté.

—No puedes entenderme, y eso no va a cambiar por mucho que pelee contigo. Así que, no pienso intentarlo.

Y así, con una muestra de cobardía típica en mí, y de la que me estoy arrepintiendo cada minuto del día, lo dejé en el ascensor y me largué, destrozando toda posibilidad de volver a tener algo con él.

Soy consciente de que me comporto así por culpa del miedo. Es increíble que una palabra tan corta sea paralizante hasta ese extremo. He oído hablar del poder de las palabras, de cómo esa conexión entre letras y fonemas puede encadenar tu vida o hipotecar el destino a viles sentimientos. Pero nunca he pensado que ese fuera mi caso. Siempre he creído que estaba muy por encima de esas mundanas debilidades, hasta que ayer, después de ese encuentro casual con Hugo y la huida precipitada, me he dado cuenta de que el miedo controla de forma total y absoluta mis reacciones. Me incapacita para enfrentarme abiertamente a Hugo, a mis padres, a decir lo que pienso y atenerme a las consecuencias. Es enfermiza esta necesidad de ser aceptada por él, por todos en realidad. El miedo al rechazo no me deja ser espontánea con la gente que me importa. Con Hugo, todo lo que hago y digo está influenciado, contaminado y corrompido por el miedo. Y sé que llegar a este punto y ser consciente de ese sentimiento asfixiante es difícil, pero vencerlo y romper las ataduras enquistadas que desde hace tiempo arrastro en mis relaciones, de momento, es imposible. Soy consciente de que no avanzaré jamás en la buena dirección si sigo así, sin aceptar una crítica y sin hacer nada por contradecirla. Y lo más curioso es que la reacción que creo a mi alrededor cuando me comporto de ese modo es de rechazo. Más me valdría echarle coraje al tema y discutir, pero no. Algo dentro de mí me frena y soy incapaz de ponerme en mi sitio. Y ese algo se llama miedo.

El teléfono sigue sonando y me trae de vuelta a la realidad. Miro la pantalla. Ni rastro de Hugo. Es Laura. No sé si siento alivio o decepción. Decido contestar y dejarme de tonterías. Si Hugo no me busca es porque me lo he ganado a pulso, así que dejo de darle vueltas y contesto a la llamada de mi amiga que está esperando al otro lado de la línea.

—Hola, Laurita, ¿cómo estás?

Me la imagino de rodillas, abrazada al váter, con la cara descompuesta y oliendo horrorosamente mal. Lleva toda la semana sin trabajar y, aunque hemos hablado por teléfono, y ha fundido mi móvil con millones de

WhatsApp, no me he atrevido a ir a verla, por miedo a que me pegue ese virus que está acabando con su flora intestinal y con su aliento. Llamadme exagerada, pero trabajar en un hospital te vuelve un poco hipocondríaca.

—Fatal, pero no de los vómitos, sino del corazón. Ayer hablé con Roberto.

No me lo puedo creer. Por fin ha dado el paso. Después de insistirle una y mil veces se ha decidido a hacerlo. Es increíble. Al final Laura va a tener más cojones que yo para enfrentarse a los problemas. O puede ser que el virus le haya afectado a la cabeza y por eso se ha atrevido a dar la cara.

—¿Y qué te ha dicho? Joder, estará hecho polvo.

Oigo un suspiro de resignación al otro lado.

—En realidad, no se lo he contado tal como ha pasado. Lo he suavizado un poco.

—Laura, que nos conocemos, ¿qué demonios le has dicho?

Esto me huele muy mal.

—Solo le he contado que mi jefe me está acosando, y que no he sabido cómo frenarlo.

—¡¿QUÉ?!

—Ha sido una mentira piadosa, para no hacerle tanto daño —susurra avergonzada.

¡Será posible! Ahora sí que tengo claro que el virus le ha destrozado el cerebro. Pero ¿cómo se le ocurre decirle algo así?

—A ver, Laura, pero ¿tú te has oído? ¿Y si Roberto se presenta en el hospital para partirlle la cara a Marcos? Ya sabes que tu novio tiene muy mala leche cuando se enfada y es capaz de arrancarle la cabeza a nuestro jefe por tu mentira piadosa.

Oigo sollozos al otro lado. Ya está llorando otra vez. Madre del amor hermoso, al final tendré que ir a verla cuando salga de aquí y arriesgarme a pasarme el fin de semana enferma.

—Espero que no. Después de ponerse hecho una fiera me ha dicho que deje el trabajo y que lo denuncie —confiesa entre hipos— Yo... no quiero hacerle daño... Roberto no se lo merece...

Otro ataque de llanto.

—Eso deberías haberlo pensado antes de abrirte de piernas con el Neuras.

No me contesta, pero su llanto se ha vuelto más amargo. A lo mejor he sido demasiado dura, pero me revienta que no se dé cuenta de lo que está

haciendo.

—Solo una pregunta más, ¿la boda sigue en pie?

—Sí —musita.

—¡Hostia, Laura! No me lo puedo creer.

Ambas nos quedamos en silencio. ¡Me cago en la leche! Me parece fatal lo que Laura le ha hecho a Roberto. Ponerle los cuernos ha sido muy mala idea, y mentir luego para encubrirlo, aún peor. Está claro que los remordimientos de conciencia la están matando (señal de que tiene conciencia, aunque debió dejársela en casa el día que salimos de fiesta y se tiró a Marcos), pero es mi amiga y me necesita.

—Me paso por tu casa en cuanto salga de aquí y me lo cuentas todo, ¿vale? A lo mejor entre las dos encontramos una solución.

—Vale —añade con un suspiro de alivio.

Dos horas más tarde, y después de un par de cervezas para mí y la misma ración en infusiones para mi amiga, ambas nos sentimos mejor. Laura se ha calmado, y yo me he mordido la lengua, hasta hacerme sangre, para escucharla sin soltarle todo lo que me venía en mente.

—Y, con Marcos, ¿cómo está el tema?

—No sé nada de él.

—Pues menos mal que estaba enamorado de ti hasta las trancas ¿no? —añado irónica.

—Le echo de menos —confiesa y hace saltar mis alarmas.

—No le echas de menos. Solo estás obsesionada con él porque es la novedad, pero ni le quieres ni nada de todas esas pamplinas que hay en tu cabeza. Marcos, es un cabrón, egocéntrico y mujeriego, que te va a hacer mucho daño si le sigues el juego. Si de verdad sintiera algo por ti se habría pasado la semana buscándote, para ver cómo estabas. Olvídate de él. No vale la pena.

¡Por Dios! Qué a gusto me he quedado con el traje que acabo de hacerle al jefe. Y con qué facilidad afronto de los problemas ajenos, cuando ante los míos me quedo petrificada.

—Supongo que tienes razón.

Asiento, satisfecha, aunque me hace desconfiar el hecho de que Laura me dé la razón tan rápido. Eso se hace con los tontos.

—Pero hablemos de otro tema: la boda. Laura, no puedes casarte con Roberto. No, a menos que seas totalmente sincera con él y le des la

oportunidad de decidir si quiere seguir contigo después de saber la verdad.

Laura me mira horrorizada, como si acabase de ver al mismísimo Satanás.

—Si no lo hago, ¿vas a delatarme? —pregunta con temor.

—¿Yo? Ni loca. ¿Tú has oído eso de «mierda para el mensajero que va y viene»? Pues no seré yo ese mensajero, puedes tenerlo claro.

Doy un trago a la cerveza antes de añadir:

—Además, es tu novio, es tu boda y son tus cuernos. Yo solo estoy aquí para darte apoyo moral, del resto te encargas tú.

Mi amiga parece derrotada. La verdad es que da pena verla. Tiene una mala cara que ni en su versión zombi podría estar peor.

—Laura, escúchame, necesitas decir la verdad, no solo porque Roberto se lo merece, sino también por ti.

—Lo sé, pero no puedo, Sara. —Me da la impresión de que va a romper a llorar otra vez, pero no, traga saliva y sigue hablando—. Si hubieras visto cómo se puso con la mentira que le conté... Si le digo que en realidad he tenido una aventura con Marcos lo mato del disgusto.

—Creo que pones a Roberto de excusa, porque eres una cobarde y no te atreves a decir lo que hay.

Si Hugo me escuchase ahora estaría orgulloso de mi razonamiento. Qué pena que no piense aplicarlo en mi vida para tener la valentía de hablar con él.

—Si no tienes cojones para decirle la verdad, como mínimo, anula la boda y déjalo, al menos hasta que te aclares. Llevar una doble vida no va a ayudarte.

—Ya, quizás esa sería la mejor opción.

—Es la única opción, Laura.

Asiente y una lágrima se escapa de sus ojos, mejilla abajo. Se la limpio con el pulgar, la abrazo y se hace añicos llorando contra mi hombro. En ese instante, no estoy segura de que Laura vaya a hacerme caso. Es probable que siga su noviazgo con Roberto, o peor, que siga con sus planes de boda. Pero, ahora mismo, solo puedo abrazarla y dejarla llorar. Ella sabrá, si quiere ser una desgraciada el resto de su vida con una mentira así a sus espaldas, es cosa suya. Yo, aparte de aconsejarla y decirle lo que creo que es lo correcto, no puedo hacer más. No soy quién para juzgarla. Si me necesita aquí estaré, tanto si quiere hacerme caso como si no.

Es sábado. Hoy he tecleado dos páginas de la novela en la que estoy trabajando y al releerlas las he eliminado de nuevo. Últimamente, solo se me ocurren tonterías. Son las siete de la tarde y, después de abandonar mi tarea literaria, me he dedicado a escribir mensajes a Hugo que, de forma automática, borro sin llegar a enviarlos. Sigue sin dar señales de vida, y yo me muero por volver a verle. Escribo otro mensaje:

«Tenías razón, soy una cobarde que no afronta sus problemas...».

No. Ese tampoco me gusta. Eliminado. Dejo de nuevo la pantalla del móvil en blanco, mientras pienso en algo menos arrastrado. Quizás una simple invitación, así sin darle importancia a la conversación del otro día. Cómo si no me hubiera afectado.

«¿Tienes hambre? Te invito a cenar».

No. Me deshago de ese también. No me convence. A ver si se va a pensar que no tengo vida social y que lo necesito desesperadamente. (Aunque, en realidad, no tengo vida social y lo necesito desesperadamente).

El teléfono vibra, se escapa de mis manos y acaba rebotando contra el suelo. ¡Joder, menudo susto! Ni que me hubiera leído el pensamiento. Seguro que es él, para decirme que el otro día se pasó de listo y que no puede aguantar un día más sin verme. Sonríe como una boba mientras desbloqueo la pantalla.

«Hola, Sara. ¿Qué tal? Si no tienes planes para esta noche, me encantaría que cenásemos juntos».

Mi cara se desencaja. No es Hugo. Es Josán, y quiere cenar conmigo. Esto sí que no lo esperaba. Necesito un consejo urgente. Busco el grupo de mis hermanas y les escribo.

Yo: Josán acaba de invitarme a cenar, lo mando a la mierda, ¿no?

Pasan dos interminables segundos antes de que Julia se pronuncie.

Julia: Pues claro que sí. Lo mandas a la mierda y con un único billete de ida.

Yo: A lo mejor solo quiere hablar y decirme que ha dejado a su novia y que no puede vivir sin mí.

Julia: Seguro. Y te pedirá en matrimonio y te regalará un perro. ¡No te jode! Mira que eres pava.

Mayka: Julia tiene razón, además ¿te ha dicho si se trae a la novia a la cena?

Yo: ¡Ostras! No lo sé, ni siquiera lo había pensado.

Mayka: Seguro que es una encerrona para presentártela.

Julia: El muy cabrón. ¡A la mierda y punto!

Mayka: Eso. Mándalo a tomar por culo y vente a cenar a casa si estás aburrida.

Yo: Tenéis razón, voy a decirle que no. En media hora estoy en tu casa, Mayka.

Julia: Me apunto al plan. ¿Llevo pizzas?

Mayka: No hace falta. Cuando lleguéis mando a Carlos a por comida china, así tenemos un rato para hablar nosotras solas.

Julia: Ok.

Yo: Ok.

Mayka: Ok.

Salgo del grupo y vuelvo al chat de Josán. Escribo una respuesta con prisas, no vaya a ser que me arrepienta y eche a perder mi autoestima en cinco segundos diciéndole que sí.

Yo: No puedo, he quedado con mis hermanas. Nos vemos otro día.

Pongo el móvil en silencio, para no oír el mensaje con su respuesta y evitar la tentación de engancharme a hablar con él. Lo guardo en el bolso a buen recaudo. Por suerte, la invitación a una cena improvisada en casa de mi hermana ha conseguido que deje de pensar en los mensajes absurdos que iba a enviarle a Hugo. Las ganas que me carcomían hace cinco minutos por quedar con él siguen intactas, pero mi miedo, (disfrazado de orgullo), ha resurgido de las cenizas cual ave fénix, para crear un férreo muro alrededor de mi estupidez, esa que iba a humillarme con mensajitos desesperados para el psicólogo de pacotilla. Todavía tendré que agradecerle a Josán que haya interrumpido en mi momento de bajón.

Cuando llego, Julia ya está allí. Mayka se ha ido a acostar a las gemelas y Carlos ronda por la cocina preparando un par de bebidas.

—¿Quieres una copa de vino? —me pregunta solícito.

—Sí, por favor.

Mi cuñado aparece al cabo de dos segundos con tres copas de vino tinto y una botella.

—Si Mayka me hubiera avisado de que veníais habría comprado alcohol del duro —insinúa, mordaz.

—Te oye la suegra acusar a sus hijas de bebedoras de vodka y se te cae el pelo, chaval —dice Julia, siguiéndole la gracia.

Los tres nos reímos, y brindamos por mi madre y sus teorías sobre el alcohol y las mujeres. Carlos es buen tío, me cae bien, pero últimamente lo veo agotado. No tiene que ser fácil educar a dos diablillas como las gemelas y encima seguir siendo simpático, alegre y espontáneo. Hay cosas en esta vida que estresan a las personas, y tener hijos de menos de tres años, y de dos en dos, debe ser una de ellas.

Mayka asoma por la puerta del comedor veinte minutos más tarde y la cierra tras de sí, con tanto cuidado, que llego a pensar que tiene un explosivo enganchado a la maneta y este puede detonarse al menor impacto. O, lo que es lo mismo, que Cloe y Tania arranquen a llorar como bellacas al menor ruido.

—Carlos, ¿por qué no vas a buscar comida china?

—¿Y por qué no la pedimos y que nos la traigan?

Mi hermana se queda mirando a su marido con cara de pocos amigos. Él, que es más listo que el hambre, capta al vuelo la indirecta y recula en sus palabras.

—Pensándolo bien, ¿por qué no os vais a cenar por ahí? Yo estaré al cargo de las niñas, y así podéis chillar y cotorrear lo que os dé la gana.

—¿Estás seguro, cariño? ¿No te importa que me vaya y te deje solo? —pregunta mi hermana con zalamería mientras le abraza por el cuello.

—Claro que no. Largaros ya, antes de que las despertéis y me amarguen la noche loca de cerveza y películas de acción que me voy a pegar.

Julia y yo empezamos a reírnos, mientras su mujer le da un beso en la boca que consigue ruborizarnos a ambas.

—No me esperes despierto —le dice cuando salimos por la puerta.

—No pensaba hacerlo —contesta él con un sonoro bostezo.

Envidio a mi hermana. Va como una loca con las niñas y el trabajo, sí. Se pelea cada dos por tres con Carlos, también. Pero se quieren como el primer

día y luchan juntos por un proyecto común, su familia y, eso, es realmente bonito.

El restaurante está a reventar, pero hemos conseguido una mesita para tres en el rincón.

—Y lo tuyo con ese tal Hugo, ¿de qué va?

Me atraganto con la cerveza nada más oírla. Con lo a gusto que estaba escuchando las incoherencias de mi hermana mayor, que igual se queja de ser madre de dos monstruitos que da gracias al cielo por tenerlas, y va Julia, y decide arruinarme la noche, la muy cabrona.

—No va de nada —suelto tajante.

No me apetece hablar del tema. Entre otras cosas, porque no quiero pensar que si no hubiera sido tan imbécil ahora estaría pasando la noche con él y no con ellas. Y estoy segura de que la diferencia sería abismal... No me malinterpretéis, me lo paso genial con Mayka y Julia, pero ellas no despiertan mi lado oscuro y calenturiento, y Hugo... Ahí lo vamos a dejar que si no me pongo mala.

—Pues para que vaya a verte a casa tiene que haber algo, digo yo —me contradice.

—¿Cómo? ¿Qué has llevado un tío a casa? —Ahora es el turno de Mayka, que parece haber despertado de un sueño con las últimas palabras de Julia.

¡Me cago en la leche! Casi preferiría estar con Josán y su barbie ecologista. Por desgracia para mí sé de sobra lo que me espera a partir de ahora: la santa inquisición con sor Julia y TorqueMayka.

—Sí, como lo oyes, el otro día mientras estaba allí, Hugo vino a verla. Yo me fui porque no quería estar presente si mamá aparecía en escena.

—No me lo puedo creer. Llega a pillarla y se nos muere del disgusto.

Vale, estas dos parecen haber creado el club de hijas modélicas y están aquí, a su rollo, hablando de mi vida como si no estuviera presente. Esto ya es el colmo de los colmos.

—Vale ya, ¿no? —les espeto enfadada—. Las dos estáis meando fuera del tiesto con vuestras deducciones de mierda. Yo ni siquiera lo había invitado. Marcos le dio mi dirección y él decidió venir a verme.

Ambas me miran, con cara de «sí, sí, lo que tú digas, y también has visto un cerdo volando».

—Además, ¿a qué viene esto? —le pregunto a Julia, sin entender nada—. ¿Y todo el rollo de las hormas y los zapatos? ¡Si te faltó poco para empujarlo y metérmelo en la cama! En cuanto te fuiste tuve que buscar una excusa, por tu culpa, para irnos al parque y sacarlo de casa.

—Habértelo llevado al huerto, en vez de al parque, así al menos habrías hecho algo de provecho—. Y ambas estallan en carcajadas, con la sutil ironía de mi hermana.

—Me parto con vosotras, en serio —digo muy seria.

—Debes tener más cuidado, ya sabes que nuestros padres no permiten que metas a hombres en casa —me dice Mayka, conciliadora, pero como si no hubiera escuchado nada de lo que he dicho.

—¡Pero si fue ella la que me lo metió en casa! —repito con impotencia, señalando a Julia, que aún está riéndose de su propia gracia—. Yo tengo muy claras las normas. ¡Joder, si las tengo claras! Tanto que no volveré a ver a Hugo por culpa de las malditas normas. Pero ¿sabéis qué os digo? Que estoy harta. Que Hugo tiene razón. Que me comporte como una adolescente sin personalidad.

—Los adolescentes pasan más de sus padres que tú —apostilla Julia.

—¿Te has propuesto volverme loca hoy o qué? Primero me acusas de meter un tío en casa y luego insinúas que tengo menos independencia que una adolescente. Aclárate, ¿vale?

Uf. Ahora sí que estoy cabreada de verdad. Qué fácil es juzgar desde la barrera. Como ellas no tienen que soportar mi situación...

—Solo quiero hacerte ver que deberías largarte de esa casa. Búscate la vida, independízate y deja a nuestros padres con sus normas de la edad media. Vive tu vida de una vez, coño.

Creo que el espíritu de Hugo ha poseído a mi hermana y está aquí para torturarme.

—Con un sueldo como el tuyo claro que me independizaría, pero me gustaría saber qué harías tú con la mierda que yo cobro. A ver si podrías pagarte el piso que tienes.

Toma ya. No hay mejor defensa que un buen ataque. Y, además, no sé qué otra cosa decirle, porque en el fondo, muy en el fondo, sé que tiene razón. Pero no soy capaz de arriesgarme y lanzarme al vacío.

—No te enfades, Sara. Sabes que Julia tiene razón. Eres una mujer adulta, pero ya es hora de que lo demuestres.

Vale. Se acabó.

—O cambiamos de tema ya o me largo.

—Eso, esconde la cabeza y corre a las faldas de mamá como has hecho siempre.

Ahora sí que no lo aguanto más.

—Ahí os quedáis —suelto poniéndome en pie, dispuesta a abandonar el local muy dignamente.

Estoy a dos mesas de la salida cuando de reojo lo veo. ¡Mierda, mierda, mierda! Vuelvo sobre mis pasos y escondo el rostro.

Parece que no me ha visto, menos mal. Tomo asiento de nuevo en la silla que estaba ocupando escasos segundos antes bajo la mirada atónita de mis adorables hermanas.

—Madre mía, por un momento pensaba que ibas en serio, qué susto me has dado mala pécora —dice Julia, y me golpea el hombro con cariño—. No te habrás mosqueado conmigo, ¿no?

Ni siquiera puedo contestar. Tengo la mirada fija en la mesa que hay al lado de la puerta y no puedo prestar atención a nada ni nadie más.

Es tal y como me la imaginaba. Castaña, de pelo Pantene, largo y sedoso. Delgada y asquerosamente guapa.

—Sara, eh, Sara, ¿estás ahí?

—Sí, sí. —Me giro, veo a mi hermana Julia con una disculpa pintada en su cara y decido suavizar la tensión—. Ya no estoy enfadada contigo, pero podrías dejar de machacarme, ¿no? Hugo pasa de mí desde que le dije que no puedo meter tíos en casa. Y puedo entenderlo, pero él a mí no. Y os he dicho desde el principio que no quería hablar de él.

—Y, ¿de quién quieres hablar? ¿Del que está allí comiéndose a su novia con los ojos? —apostilla Mayka, con esa mirada de sabelotodo que Dios le ha dado.

—¿Los has visto?

—Desde que han entrado. No he querido decírtelo, por no arruinar la noche, y porque estabais enzarzadas en una discusión más interesante que esos dos. Pero, sí, me he quedado con la parejita nada más entrar.

Julia que no aguanta más la incertidumbre, estalla y se pone en pie.

—¿De quién habláis? ¿A quién habéis visto?

—Shhh, ¡calla y siéntate! Por lo que más quieras —suplico desesperada, tirando de su manga hacia abajo—, Josán va a verte y entonces estaré

perdida.

—¿Josán está aquí? ¿Con su novia? Pero ¿tú a qué gitana has mandado a la mierda para que te caiga este cenizo? A ti te han echado un mal de ojo, fijo. No te sale nada derecho últimamente —asegura Julia, y vuelve a sentarse, pero sin dejar de girar el cuello todo lo que puede y más, como la niña del exorcista.

—Ojalá fuese culpa de una gitana, al menos tendría una explicación a mi mala suerte —añado abatida—. Ahora, tendremos que estar aquí escondidas hasta que acaben de cenar y se larguen.

—Míralo de otro modo. Tal vez ha sido buena suerte. Estamos contigo, ¿no? Podemos acercarnos las tres a saludar y así te quitas de encima el compromiso para conocer a la afortunada. Pasas el trago ahora, en cinco minutos, y con nuestra ayuda.

Mayka tiene un don. Os juro que mi hermana es una persona fuera de lo común. Donde todos vemos desgracias, ella ve un rayo de luz. Y lo mejor, es que la jodida tiene razón. Al final, tendré buena suerte y todo.

—Yo me muero de ganas por ver la cara que pone Josán al encontrarnos a las tres juntas. —Julia arranca a reír de tan solo imaginarlo—. No puedo esperar. Vámonos ya, así tenemos una excusa para pasar por su lado, como el que no quiere la cosa.

Y dicho y hecho. Madre mía, me tiemblan tanto las piernas que no puedo andar con normalidad. La gente debe pensar que me ha dado una apoplejía o algo así. Estamos a una mesa escasa de la pareja feliz, cuando Josán y la otra se levantan para irse, y nos ven.

Él, parece sorprendido por semejante coincidencia, y ella, según nos dice: «encantada por conocer a las amigas de su futuro marido». Hipócrita de mierda, eso no te lo crees ni tú, pero has conseguido que Josán te miré con adoración por ser tan «guay».

No. Lo siento. No estoy preparada para aguantar esto. Me voy hacia la caja dispuesta a pagar y dejo a mis hermanas hablando con ellos. Noto sus ojos clavados en la nuca. Sé que él me está mirando, pero no puedo girarme. No puedo moverme. El corazón me palpita a doscientos por hora y no consigo respirar.

—Perdona, ¿puedes echarte a un lado? Estás haciendo cola —me dice el camarero, después de devolverme la tarjeta de crédito, impaciente por

seguir con su tarea y mosqueado por mi aturdimiento, que solo logra entorpecerlo.

—Sí, claro —balbuceo y, sin tener más opción, me acerco a Maika y Julia, que siguen hablando con mi amor platónico y la guarra que me lo ha robado.

—Tenía muchas ganas de conocerte, —dice «la barbie», posando una mano sobre mi brazo. Si no fuera porque me han enseñado buenos modales, le mordería ahora mismo para alejar sus zarpas de mi cuerpo. En vez de eso, respiro hondo y fuerzo una sonrisa— Josán me ha hablado mucho de ti. Me dijo que erais inseparables en la universidad.

—Nos llevábamos bien —contesto tajante.

Que, Josán la haya involucrado en nuestros recuerdos y los haya mancillado de ese modo me revuelve las tripas, tanto como el hecho de que la abraza, como si temiera que ella pudiera desaparecer de un momento a otro.

¡Ahh! ¿Por qué, Señor? ¿Por qué me castigas de este modo? ¿Era necesario ver semejante espectáculo?

—Voy al baño, cariño. Encantada de conocerte, Sara —me dice de nuevo la argentina antes de desaparecer de mi vista.

«Ojalá te cueles por el agujero de la taza del váter», pienso mientras le ofrezco mi mejor sonrisa.

Julia y Mayka se despiden de Josán, y salen, dejándonos un instante de intimidad. Estoy a punto de largarme cuando él me coge la mano para evitarlo.

Alzo la mirada y me encuentro con sus ojos suplicantes.

—¿Podemos vernos mañana?

Quiero fingir, demostrarle lo dura que soy, más de lo que parece. Pero el roce de sus dedos y esa mirada celeste penetra hasta el fondo de mí ser, hasta ese fondo que él conoce tan bien, echando abajo todas mis barreras. Y no puedo menos que ser sincera.

—No, Josán —contesto abatida—. Será mejor para los dos que no nos veamos más. Lo siento, pero esto es demasiado para mí.

Me suelta y agacha la mirada, disgustado. Doy media vuelta y salgo del restaurante, sin esperar nada más, mientras un escalofrío recorre mi espalda y me hace estremecer de frío, a pesar de la agradable temperatura del exterior. Mis hermanas están aguardando, con los nervios a flor de piel,

pero las ignoro, paso por su lado, y sigo andando sin esperarlas. Pienso ir a emborracharme para arrancar ese rostro, esa voz y ese pasado de mis entrañas, aunque sé que el alivio será temporal, lo necesito, y me da igual si ellas vienen conmigo o no.

—¿Estás bien? —dicen al unísono, cuando me dan alcance.

—De puta madre —contesto, y rompo a llorar cuando ambas me abrazan con fuerza.

NI CONTIGO NI SIN TI

Es lunes y, por fin, ha acabado el maldito fin de semana. Aunque os parezca mentira estaba deseando venir a trabajar y alejarme del sofá, de la caja de pañuelos de papel, del helado de chocolate, y de la imagen que me ha estado torturando durante la madrugada del sábado y todo el domingo: Josán abrazando a otra. Cuando ha sonado el despertador esta mañana, casi se me saltan las lágrimas de ilusión, por tener algo mejor que hacer que regodearme en mi desgracia.

—¡La hija pródiga ha vuelto! —exclamo al ver a Laura aparecer por la puerta del despacho.

—Deja de hacer el idiota. Pues claro que he vuelto, solo ha sido una gastroenteritis, a ver si pensabas que iba a palmarla —contesta molesta.

Uy, uy, uy. Mal empezamos. Como diría Piluca, Laura, «no tiene hoy el chichi pa farolillos».

—Laurita, cielo, a morderle a otra ¿vale? Corrígeme si me equivoco, pero ¿no fuiste tú la que entre mocos y llantos me dijo que Roberto no quería que volvieras al hospital?

Agacha la mirada y se dirige a su ordenador.

—No es tan sencillo. Él quiere que pida la cuenta y me vaya de aquí, pero yo no quiero irme.

—¿Y el hecho de que el Neuras trabaje aquí tiene algo que ver? —pregunto suspicaz.

—Ya te he dicho que lo de Marcos se ha acabado.

—Ah, entonces, ¿es por tu vocación profesional que reniegas a abandonar este increíble y apasionante puesto de trabajo?

Que le vaya con cuentos a otra, a mí ya no me engaña.

Laura se gira y vuelve a mirarme avergonzada.

—Vale, tienes razón. Necesito verlo, aunque solo sea eso, ¿contenta?

Aún no me puedo creer que hablemos del mismo hombre. ¿Pero qué le ha hecho Marcos, para que se haya colgado así de él? Aunque yo tendría que darme un puntito en la boca después de mi depresión pos-Josán, que a colgada no me gana nadie.

—Sí, al menos me has dicho la verdad, aunque haya tenido que torturarte verbalmente para ello.

—Cambiemos de tema, ¿vale? No quiero que llegue y me pille hablando de él.

—Solo una cosa más, ¿qué ha dicho Roberto al enterarse de que volvías aquí, al mismo lugar donde trabaja tu supuesto acosador?

—Le he dicho que lo han trasladado de centro —suelta, y se queda tan ancha.

—¡Anda ya! Ni siquiera tú puedes ser tan tonta.

—En serio. A lo mejor te llama para asegurarse de que es verdad.

—Pero ¿tú te das cuenta de la que estás liando con tanta mentira? Cada vez es más gorda la pelota que va rodando hacia ti y acabará reventándote en la cara.

Alucino con Laura, y lo que puede llegar a hacer.

—Ya. Lo sé, está mal. Pero no se me ha ocurrido nada más. Si se entera de que Marcos sigue trabajando aquí, viene y me saca a rastras.

—Lógico, lo has vendido como un rastrero acosador sexual. ¿Qué esperas? Joder, Laura, ¿por qué no le cuentas la verdad y dejas a Roberto seguir con su vida y tú haces lo que quieras con la tuya?

Mi amiga me mira mientras recoge las dietas de la impresora. Arrastra unas ojeras que parecen dos bolsas de basura.

—¿Y si después de contarle la verdad no quiere volver a verme?

—Como mínimo, será su decisión. No la tuya. Retenerlo a tu lado a base de mentiras no es buena idea, si es que aún quieres compartir tu vida con él.

Me da a mí que Laura no sabe ni lo que quiere ni cómo quererlo.

—Eso es lo que aún no sé —admite con un suspiro.

¿Lo veis? Lo que os decía.

—Pues date prisa en averiguarlo, o acabarás casándote con el error de tu vida.

Ninguna de las dos añade nada más. Durante la siguiente hora y media nos limitamos a trabajar, codo con codo, yo preparando la lista de enfermos por visitar y ella revisando las fichas en el despacho. Estoy a punto de largarme a las plantas del hospital, pero antes necesito suavizar el ambiente con Laura. Además, si no le explico mi encuentro con Josán y su barbie, reviento.

—¿A qué no sabes con quién coincidimos mis hermanas y yo el viernes mientras cenábamos?

—¿Con Josán? —contesta y me deja de piedra.

—Acabas de joderme el factor sorpresa.

Y así, inicio una extensa explicación sobre el maravilloso encuentro, y sobre la bruja que ha hechizado a Josán para hacerlo pasar por vicaría.

—Te juro que no entiendo qué ha visto en ella. Es mona, sí, pero de esas tías planas y estereotipadas, de belleza común, ¿sabes lo que quiero decir?

—Mi compañera me mira con cara de circunstancias—. Parece sacada de una fábrica al por mayor. Igual que otras. Dudo que Josán esté enamorado realmente, como mucho lo habrá encandilado, pero ¿enamorado de una mujer así? Bah...

Laura, que ha escuchado estoicamente todo el relato (cosa bastante extraña, pues ella es más de dar por culo cada dos segundos con preguntas estúpidas), por fin se decide a opinar.

—Acéptalo, Sara. Josán pasa de ti y está enamorado de ella, por más peros que quieras ponerle. ¡Se van a casar! ¿Eso no te dice nada?

Para lo que me ha dicho la muy traidora podría haber seguido callada.

—Perdona, pero yo sé de una que también va a casarse y no ha tenido escrúpulos en tirarse a otro. ¿Estás segura de que eso de tener fecha de boda es una señal de amor eterno? —suelto mordaz.

Mi amiga se queda mirándome con cara de pocos amigos (o de asesina sin escrúpulos, más bien). Le ha dolido, la acertada observación sobre las bodas y el amor que he hecho, le ha dolido y mucho.

—¡Qué te den! Eres una amargada, que ni siquiera sabe lo que es estar enamorada. Y ¿sabes qué te digo? Que me alegro de que Josán haya encontrado a alguien que lo quiera de verdad, porque tú no eres capaz de querer a nadie que no seas tú misma.

¡Dios santo! Y ¿desde cuándo piensa eso Laura de mí? Menudo «zasca en toda la boca» me ha metido. Sin palabras estoy, y eso no suele sucederme con facilidad. ¿Que yo no me he enamorado? ¿Que solo me quiero a mí misma? ¡Tendrá huevos la niña de decirme eso! ¡Ella, que está jugando al tres en raya con dos tíos!

—Mira, no te voy a contestar a lo que acabas de decirme, porque sé que desde que te has liado con el Neuras estás enajenada mentalmente. Pero

preferiría que no me dieras lecciones de amor cuando tú juegas a dos bandas por pensar solo en ti misma, en vez de pensar un poco en Roberto.

Laura está a punto de replicarme, con la cara roja y la vena aorta a punto de reventarle en el cuello, cuando la desgracia en forma de hombre se cierne sobre mí y me deja aplastada contra la silla.

—Hola, os dejo aquí el papel para la impresora. —Es Hugo y soy incapaz de contestar.

No sé cómo reaccionar y lo único que se me ocurre es agachar la cabeza y amorrarme sobre los papeles que tengo delante. Las palpitaciones son tan fuertes que me da la impresión de que Hugo puede oírlas, mientras se ocupa en colocar los paquetes de folios en el estante.

—Gracias, Hugo —dice Laura, sin dejar de mirarme, a la espera de que yo me una al agradecimiento.

Pero no lo hago, y me arrepiento de esta parálisis que me deja sin recursos, nada más oír la puerta cerrarse. Ni después de escuchar a espíritus del más allá, se me habría quedado esta cara. Y Laura debe opinar igual, porque, al retomar la discusión que teníamos entre manos, rebaja el tono y se disculpa.

—Perdona por lo que te he dicho antes. Tienes razón, me he pasado mucho y no es verdad. Claro que sabes lo que es el amor y estar enamorada. Pero, no es Josán el que ha logrado que aflore ese sentimiento en ti, sino Hugo. O ¿me equivoco?

—No tengo ni idea, Laura. Nuestro último encuentro acabó fatal y desde entonces no he vuelto a verlo, hasta ahora, y si te soy sincera, lo que sentí ayer con Josán era más parecido al despecho o a la humillación por compararme con su barbie perfecta, que al amor. Pero lo que me pasa con Hugo, a eso sí que no le encuentro explicación. Cada vez que lo veo o escucho su voz, eclosionan mil crisálidas en mi estómago y me lleno de mariposas aleteando en lo más hondo. Es una locura.

—A eso le llamo yo estar enamorada.

—Pero ¿cómo voy a enamorarme así de rápido? Estas cosas llevan su tiempo.

—Si eres capaz de encontrar una explicación razonable a un sentimiento irracional como el amor, estaré encantada de escucharte.

La miro y en ese instante lo entiendo todo. Laura siente por Marcos lo que yo siento por Hugo, y eso no puede frenarse tan fácilmente. Ni tampoco

explicarse, aunque a mi amiga le encante etiquetarlo todo con un corazón.

El día ha pasado con excesiva lentitud después del casual encuentro con Hugo. He tenido que escuchar la misma broma de los pacientes del hospital unas cincuenta veces: «A mí tráeme unas gambitas y un vinito del bueno». He sonreído estoicamente unas treinta veces en respuesta, y las veinte restantes he intentado controlar mi mala hostia y punto. Si ya decía yo que esto de levantarse con ganas de trabajar no podía ser bueno.

Pili entra en el vestuario mientras nos estamos quitando los uniformes, como alma que lleva el diablo. Siempre tiene ganas de salir del trabajo, pero hoy, por cómo ha entrado, parece que ha visto a un fantasma.

—¿Dónde está el fuego, Piluca? —le digo con una sonrisa.

—¿No lo habéis visto?

—¿A quién? —contesta Laura, desde el espejo en el que se está retocando el maquillaje.

—Al tío bueno que está ahí afuera.

Pili empieza a quitarse el uniforme (no, quitarse no, se lo está arrancando, literalmente) y se viste con la ropa de calle en un santiamén.

—Madre mía, ¿acaso ese bombón te espera a ti? —digo mordaz al ver sus ansias por salir del vestuario cuanto antes.

Se coloca las tetas en su sitio y deja un generoso escote a la vista, antes de soltarme:

—Sí, me está esperando a mí, solo que él aún no lo sabe.

Y con una carcajada se despide de nosotras.

Termino de vestirme y espero a que Laura esté lista para irnos juntas a su casa. Pero el destino, que es retorcido y muy cabrón, tiene otros planes para mí.

—¿Puedo hablar contigo un momento?

Hugo está frente a mí y el corazón me empieza a latir tan rápido que parece querer saltar del pecho y arrojarse en sus brazos, con o sin mi consentimiento. Por lo visto el tío bueno del que hablaba Pili, y que parecía esperar a alguien, era él. Tendré que acostumbrarme a estos encontronazos o me dará un síncope.

—Yo me voy, Sara. Llámame, ¿vale? —se despide Laura, y me limito a contestarle con un movimiento de cabeza.

Estamos solos. Uno delante del otro. Incapaces de hablar, o de movernos. Solo mi corazón sigue con su ritmo desenfrenado. Hugo me mira expectante y

no sé qué quiere de mí.

—¿Qué me dices? ¿Podemos hablar? —insiste.

Vale, eso es lo que quiere, que le conteste, y yo aquí mirándolo como una idiota.

—¿Tengo opción?

Joder, Sarita, si no te ha aborrecido ya, estará a punto de hacerlo. Cierto, cabeza mía, muy cierto.

—Hablemos, por favor —susurra, acercándose a mi oído.

¡Ay, alma de cántaro!... Favor el que yo te hacía...

Lo tengo tan cerca que puedo oler su perfume, y ya no es solo el corazón, sino cada una de mis terminaciones nerviosas las que están alteradas y fuera de control. Imagino ese olor impregnado en mi cuerpo y... ¡Así no ayudas, mente calenturienta! ¡Céntrate!

—Vale —susurro, recomponiendo los pensamientos para llevarlos por caminos más puros.

—Pues vamos. —Y extiende su brazo indicándome el camino.

Empiezo a andar sin mirarle. Cuando salimos a la calle me siento más despierta. El cielo azul nos recibe, como un mar suspendido sobre nuestras cabezas, enmarcando un sol de mediados de febrero que consigue relajarme durante unos segundos. Echaba de menos esta luz.

—¿Quieres ir a tomar algo?

—Como quieras.

Cualquier cosa es buena con tal de retrasar esa conversación que quiere tener conmigo. Nos sentamos en una mesa, en la cafetería de la esquina del hospital, que colinda con el parque donde veo los árboles que empiezan a despertar de su letargo invernal. Hugo se dirige a la camarera, que espera libreta en mano para tomar la comanda.

—Para mí, un café solo.

—Lo mismo —contesto sin pensar, tan solo por acabar cuanto antes.

—¿Café?

—Sí, ¿por qué?

—¿Estás segura de que con quince años ya puedes tomar café?

Increíble, ¿ha esperado a que saliera del trabajo solo para meterse conmigo? Pues no ha escogido el mejor momento que digamos, porque no me quedan ganas ni para discutir. Hago ademán de levantarme, pero Hugo se adelanta y me agarra del brazo, sin dejarme avanzar ni un paso más. Me

giro hacia él, dispuesta a iniciar una sórdida discusión, cuando me sonrío y desmonta el plan por completo.

No creáis que el hecho de ver su blanca dentadura me hace desfallecer. No, ni muchísimo menos. Lo que me ha dejado fuera de juego ha sido esa luz que brilla en sus ojos. Me está sonriendo con la mirada, y eso es lo más bonito que he visto en mi puñetera vida. Ni siquiera Josán me ha mirado así. Ha creado un vínculo, una conexión especial entre nosotros. Únicamente con la profundidad de sus ojos y todo lo que es capaz de transmitirme en esa mirada, sin una sola palabra. No quiero parpadear, presa de ese instante, consciente de que mi enfado ha sido borrado de un plumazo. Ha conseguido que me siente de nuevo con él. Veo que su expresión se endurece, y sus facciones parecen gestar algo difícil de expresar.

—Quería pedirte disculpas por lo que te dije el otro día en el parque. No soy quién para juzgar tu vida.

Vaya, pues eso sí que no me lo esperaba. Pensaba que iba a seguir con el run run de mi comportamiento preadolescente. Pero no, parece ser que se lo ha pensado mejor.

—No importa.

¡¿Qué no importa?! Pero si llevas todo el fin de semana reconcomiéndote por dentro con todas y cada una de las palabras que te dijo. Acusa mi parte sensible que, por suerte, dura dos segundos y medio llevando la voz cantante en el cerebro. Justo el mismo espacio de tiempo que tarda mi parte cabrona en tomar el control.

—Por cierto, gracias por avisarme de que se anulaba nuestra cita del viernes. ¿O te entendí mal y era un viernes de año bisiesto? —Mi cinismo está saliéndose de madre.

—Pensaba que no te acordabas. Yo también me quedé esperando.

—Sí claro, y los cerdos vuelan, no te jode.

Hugo me mira cabreado. La sonrisa que había visto en sus ojos se ha transformado en rabia. Estoy tan ensimismada en ese cambio que no me doy cuenta de que lo tengo cada vez más cerca, casi encima, hasta que agarra mi nuca y me besa. Abro los ojos de par en par y lo aparto en una demostración hercúlea de amor propio.

—Pero ¿tú qué te has creído? ¿Qué me puedes besar a tu antojo? —le suelto, con menos convicción de la que me gustaría.

Me calla la boca con otro beso, esta vez más intenso. Quiero apartarme, o no, pero como su mano sigue acariciando mi nuca, y no me deja espacio para otra cosa que no sea su boca y su lengua, cierro los ojos y me dejo llevar, devorándole con la misma avidez que él a mí.

¡A vivir, que son dos días! ¡A santo de qué tanto remilgo y tanta pose de ofendida! Todo mi cuerpo, cada milímetro de la piel, hasta el sexto sentido, estaban deseando que me comiera la boca, así que... ¡Relájate y disfruta, reina! Que después de un fin de semana de mierda, te lo has ganado.

—¿Sara?

Empujo a Hugo como si hubiera sido mi padre quien pronunciase mi nombre. Pero no, no es mi progenitor, es aún peor. Es Josán y la barbie ecologista. Mi amigo está más tieso que un palo y me mira con los ojos desorbitados, como si en vez de estar besando a Hugo estuviéramos follando encima de la mesa, delante de todos los clientes del bar.

Me paso los dedos por la comisura de los labios, avergonzada. ¡Maldita sea mi estampa! ¿Qué demonios hacen ellos aquí?

—Vaya, Sara, qué coincidencia —dice la pava argentina—. Hola, soy Cristina —dirige su atención a mi acompañante y se presenta así, espontánea y natural.

Ay... qué asquito me da verla.

—Encantado, soy Hugo.

Mientras ellos se dedican a sus presentaciones de rigor, Josán no me quita la vista de encima. Lo sé, no lo estoy mirando, pero lo sé. Siento que me está taladrando con los ojos por cómo se me eriza el vello en la nuca.

—En fin, nosotros ya nos íbamos, ¿verdad? —digo, cuando me decido a abrir la boca, intentando ignorar la cara de susto que se le ha quedado a Josán.

Miro a Hugo suplicante y él, sin necesidad de más indirectas por mi parte, decide respaldar mi afirmación.

—Sí, un placer conoceros —añade y me coge de la mano para mi sorpresa.

Y aún más sorprendida me quedo cuando no lo suelto, sino todo lo contrario, me cuelgo de su brazo y salimos del local como si esto lo hiciéramos todos los días (que te den Josán, para que veas que yo también puedo sustituirte sin problemas).

Ni Hugo ni yo hemos vuelto a hablar. Nos limitamos a caminar en dirección a no sé dónde, porque mi coche no está por ahí (creo), pero me da igual y lo sigo sin más. Llegamos a un edificio y entonces caigo en la cuenta de dónde estamos. Hemos llegado a la casa de Hugo.

—¿Te apetece subir?

Uff. ¿Que si me apetece subir? Me apetece subir, pero no solo a su casa, sino subirme sobre él para hacerle de todo y más... Ay, Sarita que te pierdes, límitate a contestar y punto.

—¿Estás seguro?

Hugo se inclina y pega su cara con la mía.

—Tú eres la que debe estar segura, porque si subes no te voy a dejar bajar, eso tenlo claro.

Noto toda la sangre del cuerpo (y a lo mejor hasta de cuerpos ajenos) agolpándose en mi cara. ¡Señor! Como siga mirándome así voy a tirármelo aquí mismo, en pleno portal.

Abre la puerta y se queda quieto, a la espera de que acepte su invitación o la rechace. Entro sin decir nada y me dirijo al ascensor.

Hugo pulsa el botón y las puertas se abren *ipso facto*. Nos metemos dentro. La tensión sexual entre nosotros es tan fuerte que en cuanto se cierran las puertas, Hugo se abalanza sobre mí y me empotra contra la pared. Me mira intensamente durante un segundo antes de que nuestras bocas se lancen a por su cáliz soñado. Ni en el mejor de mis sueños eróticos podría haber imaginado algo así. Me alza y rodeo su cintura con las piernas, mientras nuestros besos se hacen cada vez más intensos y sus manos se pierden por mis caderas. (Maldigo, mentalmente, los atracones de helado que he ingerido en los últimos meses y que, sin permiso alguno por mi parte, se han quedado atrincherados en mi culo). Le muerdo el labio inferior y Hugo suelta un quejido ronco que parece más de satisfacción que de dolor. Me arde su entrepierna entre mis muslos y creo que voy a llegar al orgasmo sin tan siquiera bajarme las bragas si sigue rozándose contra mi sexo de esa manera. Las puertas del ascensor se abren y nos dejan al descubierto delante de una familia, que atónita mira la escena que acaba de exponerse ante sus ojos. Los padres se apresuran a taparles los ojos a los hijos.

—Pero ¡qué poca vergüenza! ¡Que esto es una comunidad y hay niños! ¡Marranos! —nos suelta la madre, mientras Hugo y yo salimos huyendo de

ahí y nos metemos rápidamente en su casa entre risas y sofocos.

—Creo que después de esto tendré que mudarme —dice entre dientes, mientras vuelve al ataque y empieza a descender con su lengua por mi escote hasta atrapar un pezón entre sus labios. Gimo de placer y le agarro por el pelo obligándolo a continuar con su exploración.

—¿Tus vecinos tampoco te dejan traer chicas a casa? —le suelto entre suspiros y gemidos con los ojos entornados, pero sin perder mi sarcasmo. Ni en plena faena soy capaz de no replicar.

—Calla o tendré que amordazarte —me amenaza, entre risas, mientras me lleva a horcajadas hasta el sofá que hay detrás de nosotros.

Nuestras manos no dan abasto para arrancar ropa, hacer saltar botones por los aires y reventar cremalleras. Todo son prisas. Lo quiero dentro, y lo quiero ya. Hugo no cede a mis deseos y empieza a jugar con su mano entre mis piernas. Me arqueo extasiada, ansiando tenerlo dentro de mí. Con un movimiento diestro Hugo se coloca un condón, que no sé de dónde coño ha salido, y me penetra con fuerza. Soltamos un gemido al unísono al sentir el calor de nuestros sexos, por fin. Mi cuerpo no puede creerse lo que está pasando. Noto su erección llenando cada recoveco de mi ser y no puedo aguantar más bajo el roce de sus embestidas. Me muevo enloquecida por disfrutar de esta antigua sensación que tanto había echado de menos y siento cómo se dispara el centro del placer llevándome al límite del orgasmo más maravilloso que he tenido en mi santa vida. Hugo se excita aún más cuando me ve alcanzar el clímax y se deja llevar, culminando el más ansiado de los placeres dentro de mi cuerpo.

Estoy agotada, sudada y satisfecha, pero terriblemente avergonzada. ¿De verdad acabo de echar un polvo rápido y divino con este hombre? ¿Y cómo demonios voy a mirarle a la cara mañana en el trabajo? ¿Dónde nos deja esto? ¿Ahora estamos saliendo o algo así, o solo ha sido sexo? Uf... Cabeza endemoniada, ¿quieres hacer el favor de dejarme en paz para disfrutar de este momento, aunque sea único e irrepetible? Te odio maldita conciencia, te juro que te odio.

—¿Estás bien? Te has quedado muy callada.

Estoy tumbada boca abajo, mientras su dedo pasea por mi espalda, pero con la cara girada hacia él.

—Supongo que sí.

—¿Supones?

Deja de acariciar mi espalda y apoya la cabeza en su brazo.

—Ha estado genial y todo eso, pero no sé cómo sentirme. Todo es demasiado reciente. La última vez que practiqué sexo fue con mi novio. Exnovio quería decir. Pero esto es... diferente, es algo nuevo para mí.

Hugo me mira y arruga el entrecejo. Vaya, he sido demasiado sincera.

—¿A qué te refieres con algo nuevo?

Resoplo como un caballo derrotado. Creo que voy a tener que explicarme algo mejor. Es evidente que me cuesta más abrirle el corazón que las piernas.

—Pues que yo no soy así, de aquí te pillo aquí te mato.

—Pues lo has disimulado muy bien, créeme.

Debería ofenderme. Si fuera una persona decente (de esas con las que mi madre sería tremendamente feliz si tuviera por hija) quizá me ofendería, pero en el fondo soy una cachonda reprimida y soltar el demonio que llevo dentro (ese que mis padres han querido atar en corto durante toda la vida), me ha sentado a las mil maravillas.

Así que, rompo a reír con el último comentario de Hugo y le golpeo el brazo sobre el que apoya la cabeza. Cae contra la almohada.

—Esta me la pagas —dice risueño, y de un movimiento diestro me da la vuelta y se sienta sobre mí. Me agarra los brazos a ambos lados, dejándome inmóvil, y empieza a hacerme cosquillas con los dientes.

—¡No! ¡Por lo que más quieras, para! —grito, retorciéndome bajo mi captor como una serpiente escurridiza, pero Hugo me tiene bien pillada y mis intentos de escapar de su dulce tortura son totalmente infructíferos.

No puedo dejar de reír, pero cuando las lágrimas empiezan a resbalar por las mejillas, y el estómago lo tengo tan encogido que podría vomitarlo, Hugo decide parar e inclinarse sobre mí para dejar su rostro a un palmo escaso del mío.

—¿Quieres más? —susurra con sus ojos clavados en los míos.

Estamos tan cerca que puedo ver la sutil división entre el color negro azabache del iris y su pupila.

—No, por Dios, no más —suplico, con una sonrisa tonta en la boca y un reguero de lágrimas en las mejillas. Hacía mucho tiempo que no lloraba de la risa.

—¿Seguro? —insiste, deslizando su mano por debajo de mi ombligo, haciendo que me estremezca de tan solo pensar en lo que puede venir a

continuación.

Suspiro de placer y ni siquiera me digno a contestarle. Hugo me acaricia con destreza mientras sus labios recorren mis pechos y enloquecen mis sentidos. La conciencia desaparece, mi cabeza se da por vencida y le deja el control al corazón, y a esa loba en celo que ha resurgido en mí.

¿Esa es la melodía de mi móvil?

Estoy durmiendo plácidamente cuando empiezo a oír ese sonido tan familiar. Abro los ojos con pereza y lo primero que veo es el pecho desnudo de Hugo, donde hace escasos segundos estaba apoyada y roncando sin remordimientos. ¡Dios! Me he quedado dormida en su casa sin darme cuenta. ¡Esto es horrible! Miro el reloj que tiene en la pared frente al sofá y veo que son las tres de la madrugada. Mis padres a estas horas habrán llamado a todos los hospitales de la ciudad, o estarán esperando a que mis secuestradores pidan un rescate para liberarme. Normalmente les aviso cuando voy a salir para que no lleguen a ese extremo, pero hoy no tenía intención de llegar tarde a casa o, lo que es peor, de no llegar. Me arrastro por el sofá y acabo en el suelo intentando no despertar al bello durmiente. Me visto como puedo, mientras recojo mis prendas de sitios varios. Dejo un trozo de papel sobre la mesa, donde he escrito de mala manera mi número de teléfono con el lápiz de ojos, y me despido de Hugo con un beso suave en los labios. Madre mía, qué guapo es...

«¡Mueve el culo y deja de mirarlo con lascivia!», le dice mi cabeza al cuerpo, que no está de acuerdo con eso de irnos de aquí. Salgo de puntillas y al cerrar la puerta centro toda mi atención en el móvil.

Tengo cinco llamadas perdidas de mis hermanas y como mil de mi madre. La he liado buena. A ver qué invento ahora para salir del paso, sin contarle a mi santa madre que estaba disfrutando de los placeres carnales mientras ella sufría por mi desaparición.

Inspiro hondo y le doy a rellamada. La voz de mi hermana Julia contesta al momento.

—¿Dónde coño estás? ¿Cómo se te ocurre irte por ahí y no avisar a nadie? ¿Sabes lo preocupados que estamos? Pensábamos que te había secuestrado la mafia rusa para prostituirte.

—Lo siento, es que...

—Es que ¿qué? Más te vale que tengas un buen motivo para haber desaparecido, o no te perdonaré la noche que nos has hecho pasar.

—Estaba con Hugo, me fui con él a tomar algo después del trabajo y acabamos en su casa.

Silencio. Julia está sopesando cuánto puede haber de cierto en mi declaración de los hechos.

—Laura me dijo que saliste con él del trabajo, pero no pensaba que seguíais juntos a estas horas. O sea, que ¿ha habido tema?

El tono de voz de mi hermana ha cambiado. Ahora tiene más interés que preocupación o enfado.

—Haberlo lo ha habido. Tema y del bueno —contesto con una sonrisa tonta, mientras camino deprisa y corriendo hasta donde dejé el coche aparcado el día anterior.

—¡Alabado sea el Señor! Eso sí es un motivo de peso para desaparecer. Olé por ti hermanita. Pero a ver cómo le explicas esto a mamá, porque está hecha un basilisco.

—Ya lo imagino. Le voy a decir que estaba con Laura. No sabe que tú has hablado con ella ¿no?

—¿Estás loca? Si llego a decirle a mamá que Laura me ha dicho que te habías largado del trabajo con un tío, y luego desapareces, habría pensado que era un psicópata y tendrías hasta al ejército buscándote. Al revés, le comenté que seguramente estarías con ella.

Suspiro, aliviada, menos mal que Julia tiene experiencia en eso de inventar cuentos para cubrirse las espaldas.

—Perfecto, así mi trola colará mejor. Voy a llamarla para que se calme cuanto antes.

—Vale, yo aviso a Mayka de que estás sana, salva y bien follada —suelta con una risotada.

—Ok, adiós —digo con una risita nerviosa.

Menos mal que Julia me entiende, ella me ayudará a calmar a mi madre y a que la coartada sea creíble.

Inspiro aire profundamente y hago la llamada.

—¿Sara? —dice nada más contestar.

—Sí, mamá, ¿quién va a ser si no con mi número?

—¡Ay, cielo santo! ¡Gracias a Dios que estás bien! —me dice entre sollozos.

—Tranquila mamá, pues claro que estoy bien. No hace falta que te preocupes tanto. Estaba con Laura, me he quedado sin batería en el móvil y entre charla y charla no me he dado cuenta de la hora.

Por fin he llegado al coche. No me queda ni un poco de aire en los pulmones. Entre correr, reírme como una loca y hablar por teléfono, he llegado exhausta.

—¿Que no me preocupe? Pero ¿tú sabes lo que dices? ¿No podías al menos enviar un mensaje desde el teléfono de Laura para decirnos que llegarías tarde? ¿Tanto te cuesta?

Me aparto el móvil para que sus gritos al otro lado no destrocen mis tímpanos.

—Vale, vale, tienes razón mamá. Te cuelgo que voy a conducir. Mañana hablamos.

Cuando entro por la puerta de casa me abate un cansancio terrible. Son casi las cuatro de la madrugada y mañana me toca madrugar (a quién se le ocurre tener una noche loca en lunes, ¿eh?), pero a la vez estoy tan emocionada que no creo que pueda dormir. ¿Me llamará? ¿Qué pensará cuando vea que me he largado sin más? ¿Y si no quiere volver a verme? Eso es un poco difícil contando con que somos «compañeros» de trabajo. ¡Ay, Dios! Estoy atacada de los nervios. Solo ahora soy consciente de lo que he hecho. Me he acostado con un casi desconocido, y he disfrutado de ello como una bellaca. Tiene que haber algún pecado capital que le dé nombre a lo que acabo de hacer, o varios. Tirarme a un tío bueno sin compromisos de por medio ni promesas de futuro, simplemente por disfrutar del cuerpo ajeno, de cada rincón, de cada sensación y estar deseando repetir... Eso es gula, lujuria y no sé qué más... ¿Padeceré ninfomanía? Porque nunca me había interesado tanto el sexo como ahora, desde que conozco a Hugo. No sé por qué, pero despierta esa parte animal, irracional y sexual que tenía ahogada, o, directamente, no tenía. Y ahora que ha despertado, va a ser difícil volverla a callar. Miro el móvil antes de meterme en la cama con el propósito de descansar tres horas.

No me ha dicho nada. ¿Seguirá dormido? ¿Pasará de llamarme? ¿Debería haberle dicho que si lo que quiere es solo sexo yo acepto encantada? Ay, por favor, tengo que dejar de darle vueltas al tema o no dormiré ni cinco minutos.

El móvil vibra y pierdo el culo por cogerlo. Es él. ¡ES ÉL! Leo el mensaje con desesperación.

Hugo: La próxima vez cerraré la puerta con llave y la tiraré para que no puedas salir huyendo. Esta semana estaré fuera por un asunto familiar y no volveré hasta el domingo. Guárdame un hueco para esa noche en tu agenda. Buenas noches, preciosa.

Me quedo mirando la pantalla como una boba. Me ha escrito. Dice que habrá una próxima vez, que el domingo quiere verme, y... ¡le parezco preciosa! (y eso que ha visto los kilos de helado de chocolate que me he dedicado a distribuir por mi cuerpo estos últimos días). Estoy flotando en una nube, ¿o en un anuncio de compresas? ¿A qué huelen las nubes? Uf, vaya asociación de ideas que hace mi cabeza a estas horas locas.

Ahora ya puedo dormir tranquila. Lo de Hugo va a repetirse. Noto un cosquilleo conocido entre las piernas, y estoy deseando con todas mis fuerzas que el domingo llegue lo antes posible.

Y AHORA VOY DE ABOGADA DEL DIABLO

—Ayer no contestaste mis mensajes. ¿Qué pasó? ¡Me tienes en ascuas! —
Laura acaba de entrar por la puerta del despacho y esos han sido sus
«buenos días».

—Me olvidé de ti por completo —confieso.

—Vaya, gracias, al menos has sido sincera.

—No te hagas la ofendida, que tú últimamente te has olvidado de
contarme muchas cosas, o ¿no?

Laura tuerce el gesto al verse atacada. No quería hacerlo, pero mi vena
mala está al mando hoy. Esto de no poder ver a Hugo en seis largos días
(ahora que he descubierto que me transformo en una ninfómana cuando lo
tengo cerca), no ayuda.

—Mira, si no me lo quieres contar, no me lo cuentes —contesta mientras
deja el bolso de cualquier manera y se sienta para ponerse manos a la obra
con los desayunos de hoy.

Me levanto y le doy un abrazo. Me he pasado un poco con ella y no se lo
merece.

—Lo siento. Tú no tienes la culpa de mi mala leche. Ayer fue genial, más
que bien, ¡fue orgásmico!

Laura se gira y me mira con los ojos como platos.

—Orgásmico, ¿literalmente?

—Literalmente y varias veces —admito.

—¡No me lo puedo creer!

La entiendo, yo tampoco puedo creerme que Hugo y yo estemos
enrollados (y eso que mi cuerpo lo tiene muy presente).

—Pero eso no fue todo. Josán nos pilló besándonos en la cafetería de aquí
al lado.

—¡Qué fuerte! ¿Y qué dijo? ¿Qué hizo? ¿Qué hiciste tú? Madre mía a mí
me pasa eso y me muero.

—Yo me quise morir, te lo juro, y Josán parecía que también. Pero en
cuanto vi a la barbie detrás de él se me pasó el disgusto. ¡Que le den por
culo! Él se va a casar con otra y yo soy libre de hacer lo que me dé la gana.

Laura mueve la cabeza de modo afirmativo en vez de contestarme, y ya no me está mirando a mí, sino por encima de mi hombro.

Me giro y veo al Neuras en el pasillo con una tía de esas que son «quiero y no puedo». De esas que llevan más maquillaje, complementos y silicona, que ropa y cerebro. Sabéis a lo que me refiero, ¿no?

Estoy segura de que sí, y Laura también. Marcos está desplegando todas sus artes de seducción con ella (mi jefe no le hace ascos a nada, por Dios), y Laura tiene la cara desencajada.

—¿Estás bien? —le pregunto volviéndome a mirarla.

No me contesta, pero tiene los ojos vidriosos y le tiemblan las manos.

—¿Pero no lo habías dejado? —susurro.

—Sí, pero no soporto verlo así con otra cuando hace dos días me decía que era el amor de su vida.

Pongo los ojos en blanco. A ver si por fin se le cae esa venda que tiene y se da cuenta del tipo de espécimen que es este hombre.

—Pues no le des el gusto de que te vea llorar —le pido, mientras me levanto para cerrar la puerta de un portazo.

Su móvil empieza a sonar en el bolso y Laura se levanta como un autómatas para cogerlo, pero no contesta, solo suelta un bufido y guarda el teléfono de nuevo.

—¿Roberto? —pregunto, aunque sé la respuesta de antemano.

—Él mismo.

—¿Aún no le has dicho de daros un tiempo?

—No, y ahora está insoportable. Me llama constantemente y me controla cada minuto del día. ¿Sabes algo? Estoy descubriendo una faceta posesiva y controladora de Roberto que no me gusta.

—Pues otro motivo más para que hables con él y anuléis la boda. No puedes seguir con esto Laura. Te estás consumiendo.

Mi compañera agacha la cabeza y con eso me confirma que hemos llegado al punto de la conversación en el que nos quedamos estancadas. Como siempre que hablamos del tema cuernos-boda, Laura me dice que tengo razón, yo dejo de insistir, y ella se pasa mis palabras por el forro y sigue con su novio como si nada.

Esto va a acabar como el rosario de la aurora, y más aún si al imbécil de mi jefe le da por refregarle sus conquistas en toda la cara.

Acabo de tomar una decisión de la que estoy segura me voy a arrepentir. Voy a hacer de abogada del diablo y voy a hablar con él. No sé si Laura se merece o no pasar por esto, pero me da igual. Es mi amiga y no quiero verla sufrir así por culpa de este Casanova sin escrúpulos.

Me levanto y salgo del despacho, asegurándome de cerrar la puerta para que mi compañera no vea lo que voy a hacer.

—Perdona, Marcos, pero tengo un problema con una supervisora de planta y necesito urgentemente que vengas conmigo arriba.

Mi jefe me mira con el ceño fruncido. Me conoce y sabe que nunca le pediría algo así. Yo soy más de solucionarme los problemas solita, (o más bien de mandar a la mierda a quien tenga algún problema conmigo). Por eso, Marcos imagina que aquí hay gato encerrado. Pero yo también lo conozco, y sé que en el fondo es un cotilla y que he conseguido atraer su curiosidad.

Se gira hacia su nueva adquisición, mientras yo miro a ambos con fingida preocupación.

—¿Lo ves, princesa? No pueden arreglárselas sin mí. Si yo no estoy esto se hunde.

Le da un beso en la mejilla y añade:

—Espérame en el despacho y hablamos de los productos que venías a ofrecerme.

Así que la mujer de plástico se larga, sin mirarme siquiera, hacia el despacho del Neuras, mientras yo echo a andar en dirección a los ascensores del hospital con mi jefe a la zaga.

—Espero que me cuentes ahora mismo de qué va esta gilipollez de la supervisora, porque semejante tontería no te la crees ni tú.

Lo que suponía, el engaño no ha colado, pero Marcos no ha podido resistirse a saber qué me traigo entre manos. Qué simple es. A veces me pregunto si la única neurona que rige su cerebro habrá evolucionado desde la edad de piedra o estará estancada en la parte de «coger hembra por pelo y arrastrarla hasta cueva para ñaca-ñaca».

—¿Quieres que hablemos aquí o subimos a la cafetería?

—Aquí. Habla de una vez.

Parece ser que he conseguido captar toda su atención e impaciencia.

—No puedes hacerle esto a Laura —suelto sin dar más rodeos.

—¿Hacerle qué exactamente?

—Restregarle tus conquistas.

No me gusta el *fregao* en el que me estoy metiendo. No tengo que olvidar que es mi jefe (por muy amigos que fuéramos antes de su ascenso, cuando él era un compañero más) y si le toco mucho lo que no suena, puede ponerme de patitas en la calle.

—Yo no le estoy restregando nada. Laura tiene su vida y yo la mía. Ella se va a casar, ¿no? ¿Qué más le da entonces lo que yo haga o deje de hacer?

Marcos está saliéndose por la tangente. A lo mejor no se imagina que yo sé todo lo que hay que saber de esta historia. Decido aclarárselo, por si las moscas.

—Mira, Marcos, Laura me ha contado lo vuestro. No sé qué falsas promesas le habrás hecho para llevártela a la cama, eso te lo reconozco, pero no me vengas con que no sabes de qué te hablo. Has puesto su vida patas arriba a dos meses de su boda. ¿No te das cuenta del daño que le has hecho con tu juego?

Mi jefe se queda serio. No dice nada, pero tampoco es capaz de mirarme y eso me dice mucho. Marcos tiene una cualidad diferente al resto de mortales, y es que cuando miente es capaz de hacerlo mirándote a los ojos y sin pestañear, pero cuando se trata de decir la verdad, esconde la mirada y tartamudea un poco. No todo el mundo conoce esa faceta de él, pero yo sí. Ya son muchos los años que nos avalan.

—Yo no he jugado con Laura en ningún momento. Solo me he enamorado de ella como un idiota.

Ahora soy yo la descolocada. Esto sí que no me lo esperaba de él. ¿En serio? ¿Marcos acaba de decirme que está enamorado de Laura, de verdad? ¡Anda ya! Un tío enamorado no babea con otra como lo hacía él con la silicona andante.

—Tan enamorado que te ha faltado tiempo para traerte por aquí a la mujer de plástico —ironizo.

A mí no me va a camelar tan fácilmente como a Laura. «Hechos son amores y no buenas razones», decía mi abuela, que tenía más razón que un santo.

—Me da igual si me crees o no. Esto es algo entre Laura y yo, nadie te ha dado vela en este entierro. ¿Acaso Laura te utiliza como mensajera? ¿Ni siquiera se atreve a hablar conmigo y te manda a ti a pedirme unas explicaciones que no se merece?

—Laura no sabe que estoy hablando contigo. Si lo supiera me mataba. —Y eso es tan cierto como que el sol existe. Pero, con todo y eso, me estoy metiendo en semejante berenjenal y no sé cómo voy a salir—. Esto lo hago porque no soporto verla sufrir de ese modo. ¿No te das cuenta de que está destrozada? Todo esto la supera, y tu actitud no ayuda. Ya te la has llevado al huerto, que es lo que buscabas, ¿no? Pues, como mínimo no la tortures con tus nuevas conquistas.

—¿Torturarla yo? ¿Estás segura de saber lo que ha pasado entre nosotros, Sara? Porque me da la impresión de que no tienes ni idea de lo que tu amiga me ha hecho pasar estos últimos días —admite con pesar y rabia—. El lobo siempre es el malo si la historia la cuenta caperucita.

Lo miro con cara de no entender nada y Marcos se limita a sacudir la cabeza.

—Deberías ir y hablar con ella, pero supongo que seguirá sin contarte la verdad. En esta historia las cosas no son como piensas. No tendría que explicarte nada, ya que no es asusto tuyo, pero, porque te conozco desde hace mucho y te aprecio, voy a ser sincero contigo, y que conste que no es porque te lo merezcas, tú ni siquiera me has dado el beneficio de la duda.

Lo miro expectante y un poco avergonzada, sin saber qué decir, a la espera de que inicie su relato. Me da la impresión de que todo lo que añada a sus palabras está de más y, como creo que estos momentos calladita estoy más mona, decido no abrir la boca.

Marcos agacha la mirada y ahora tengo claro que va a contarme la verdad, no esa que cuenta para alardear delante de sus amigos, sino la verdad que lleva dentro. Parece retroceder en el tiempo y veo ante mí al compañero con el que tantas guardias he compartido, y no al jefe estirado en el que se ha convertido.

—Al principio, Laura y yo solo tonteábamos. Tú me conoces, sabes que me encanta jugar, pero no me atrevía a ir más allá. Sabía que tenía novio y por muy cabrón que sea, no me gusta meterme en medio de una pareja. Bastantes mujeres solteras hay como para complicarme la vida de esa manera. Y así pensaba, hasta que un día la encontré llorando. Me dijo que estaba harta de Roberto, de la boda, de su vida en general y eso abrió la brecha que difumina un sueño de una posible realidad. Empecé a mandarle mensajes, a llamarla. Ella me respondía con el mismo entusiasmo y desde entonces creamos un vínculo especial. Quedábamos fuera del trabajo

cuando a ella le iba bien. Ella se desahogaba conmigo y yo la hacía reír, porque no soportaba verla tan triste. Manteníamos las distancias, sin superar la barrera del contacto físico, pero no soy de piedra, ¿sabes? Laura me gustaba de antes, y esa cercanía que se creó entre ambos hizo que sugieran sentimientos nuevos. No le dije nada por respeto a su pareja, pero después de un tiempo ella me confesó, entre lágrimas, que ya no sentía lo mismo hacia Roberto, y que se había enamorado de mí. Iba a dejarlo, o eso me dijo. Y yo la creí, como un tonto. —Marcos alza la mirada y me pilló con la boca desencajada. Me está costando digerir el relato—. No te equivoques Sara, aquí la que ha jugado con los sentimientos ajenos ha sido tu amiga. Ha conseguido que me enamore perdidamente de ella para luego, de la noche a la mañana, desaparecer y no querer verme más. Supongo que he sido su «despedida de soltera» —ironiza.

Después de esta versión de los hechos, tan distinta a la que tenía, no sé qué hacer, decir o pensar. Esto empieza a parecerme irreal.

—Laura está destrozada. No creo que haya jugado, es solo que está confundida. Si las cosas con Roberto no le van bien, liarse contigo tampoco es la solución, o al menos eso opino yo. Ella cree que está enamorada de ti, pero no tiene valor para enfrentarse a su familia ni a su prometido.

—Mira, a mí ya me da igual. Y si me has hecho venir para que me compadezca de ella, no vas a conseguirlo. ¿Has oído eso de que del amor al odio solo hay un paso?

Asiento sin mediar palabra. Todo lo que pueda decir al respecto sobra.

—Pues yo estoy a punto de dar ese paso. De ella depende. Si se casa con Roberto no se lo perdonaré jamás, mi amor se pudrirá y todo lo que he sentido por ella va a convertirse en odio.

Lo miro, totalmente asombrada. Después de tantos años, nunca había sentido a Marcos tan sincero.

—No soy yo la que debería estar escuchando estas palabras, Marcos. Tienes que hablar con Laura. Tenéis que deciros todo lo que lleváis dentro o ella cometerá el mayor error de su vida con Roberto, y mira que hasta ahora pensaba que el mayor error eras tú. Si me dejas que sea aún más sincera, te diré que creo que los dos sois unos idiotas como la copa de un pino, por comportaros como lo estáis haciendo. Mis sobrinas de cuatro años tienen más sensatez que vosotros.

—En eso tengo que darte la razón, pero no he sido yo quién se ha negado a hablar. Pregúntale a tu amiga cuántas veces la he llamado, o la he buscado, las últimas semanas y por qué ella me rechaza sin dejarme siquiera abrir la boca.

Está destrozado. Como Laura. No me había fijado hasta hoy, pero, ahora que ha caído su máscara de gigoló ante mis narices, y veo al verdadero Marcos, me doy cuenta de que está sufriendo mucho, y yo no puedo soportar que estos dos sigan haciéndose daño gratuitamente.

—Eso mismo voy a hacer. Gracias por ser sincero conmigo, de verdad, pensaba que me mandarías a la mierda nada más oírme.

—Ganas no me han faltado —dice en un intento por bromear.

Se ríe sin ganas y me abraza. Me quedo inmóvil como un poste de la luz. Mi jefe es bastante más alto que yo y me siento perdida entre esos brazos tan grandes.

—Necesitaba desahogarme con alguien. No le he contado nada a nadie y este dolor me está matando. Eres una tía genial, Sara.

—Lo sé. Y espero que te acuerdes de esto la próxima vez que vayas a joderme en el trabajo —contesto, y ahora soy yo la que intenta bromear para salir de este abrazo que empieza a incomodarme.

Cuando Marcos se va, de vuelta al despacho donde *plastic woman* lo está esperando, decido iniciar mi rutina diaria con las visitas a los pacientes hospitalizados. Debería bajar a hablar con Laura y decirle lo que acabo de hacer y de escuchar. Que me he metido de lleno donde no me llaman y que tiene que sentarse con Marcos para hablar, largo y tendido, sobre lo que hay entre ambos. Pero va a ser que no. Porque también debería decirle cuánto me duele que no haya sido sincera conmigo.

Sí, lo sé, la que criticaba al Neuras constantemente era yo, y ella lo defendía, pero la versión que Laura me contó de los hechos, tenía muchas lagunas. Lagunas que Marcos ha rellenado, y ahora no me veo con ganas de hablar con ella. Me siento traicionada. La he apoyado. La he escuchado. La he consolado. He intentado aconsejarla (mal hecho por mi parte, tengo que aprender a no dar tantos consejos, sobre todo cuando no me los piden) y ella no ha sido capaz de contarme las cosas con la sinceridad que Marcos lo ha hecho.

¿Miente él? ¿Miente ella? ¿Mienten los dos? Ni idea, pero tampoco voy a averiguarlo, lo único que le voy a decir a Laura porque, si no, no me

quedaré tranquila y acabaré con las existencias de chocolate que hay en mi casa, es lo mismo que le he dicho a Marcos: que se sienten a hablar como dos adultos. Que aclaren las cosas. Al fin y al cabo, tres son multitud en cualquier situación, o sea que yo sobro. Que se espabilen ambos, que son grandecitos y del mismo modo que no me necesitaron en su día para liarse como animales en celo, tampoco me necesitan ahora para arreglar este embrollo. Bastante tengo yo con lo mío.

Entro a la primera visita de hoy mientras mi cabeza sigue dando vueltas y más vueltas al culebrón Marcos-Laura-Roberto.

—Buenos días, ¿el señor Guzmán? —pregunto con una sonrisa tan agradable como falsa.

Cualquiera diría, viendo mi cara, que esta mañana me he comido un donut y tengo un día redondo.

—Sí, soy yo —asevera un enfermo, con el vientre hinchado y los ojos más amarillos que el pelo teñido de la enfermera.

—Hola, encantada de conocerle, soy Sara y estoy aquí para atender la reclamación que usted hizo a enfermería por un problema con su comida.

—¿Comida? ¿A la mierda que nos traen llama usted comida? ¡En cuanto me den el alta voy a ponerles una denuncia en Sanidad!

El tal señor Guzmán se ha incorporado de la cama y ahora está medio sentado (todo lo que la ingente barriga le permite) y me mira con unos ojos terroríficos, como pollos inyectados en sangre. Percibo su aliento y me dan ganas de vomitar hasta la comida de ayer. Doy un sutil paso hacia atrás y me empotro contra la esquina de la mesita auxiliar. El gordo con ictericia sigue hablando y tirando por tierra el trabajo de mis compañeros de cocina (que no digo yo que la comida sea como para repetir, pero tampoco es tan mala), mientras maldigo mentalmente el pico de la mesa que se ha incrustado en mi cadera.

—El pescado es congelado y malísimo. Y las tortillas parecen de plástico podrido.

Decido intervenir en el monólogo del señor Guzmán, para que crea que lo estoy escuchando con el interés que estoy fingiendo sentir.

—Es que en los hospitales está prohibido el uso de pescado fresco y de huevos que no sean pasteurizados, por eso nota una textura diferente —argumento, más profesional de lo que soy.

—¿Y las albóndigas? A saber, de qué rata sacan la carne.

Vale. Hasta aquí.

Normalmente intento ser educada, formal y una biblia del protocolo y las buenas maneras. Bueno, tampoco tanto, tan solo intento no pelear con los pacientes e ignorar sus tonterías sin replicar demasiado. Pero con personajes como el que tengo delante no puedo contenerme. Si fuera Hulk ya me habría transformado en una masa violenta y verde y estaría a punto de lanzar a este individuo por la ventana, sin miramientos. Pero, aunque no soy Hulk, tengo mucha mala leche y está a punto de tomarle el mando a los buenos modales en tres, dos, uno...

—Mucha carne de rata tiene que haber comido usted para distinguir su sabor en nuestras albóndigas.

Sus ojos parecen dos bolas de billar amarillentas y por un instante temo que se vayan a caer rodando al suelo.

—¿Y encima tengo que aguantar que me falten al respeto de esta manera? Pero ¿qué clase de hospital es este?

—Cálmate, Antonio, que te va a subir la tensión —le dice la mujer que está sentada a su lado y que hasta el momento se limitaba a asentir con la cabeza sin inmiscuirse en la conversación.

Decido seguir, e ignorar la tensión arterial del señor Guzmán, para contestar a su pregunta.

—Un hospital que paga cincuenta céntimos al día por su comida. Y si con ese capital es usted capaz de ofrecer un servicio mejor que el que le da mi empresa, le agradecería enormemente que nos iluminase.

La mandíbula del señor Guzmán está a punto de desencajarse, y su vena aorta de reventar, pero yo no pienso aguantar ni un segundo más a semejante mamarracho.

Les digo adiós muy buenas a ambos, con la poca educación que me queda, y me doy media vuelta para largarme sin esperar una respuesta a cambio.

Una vez fuera de la planta, en el rellano de los ascensores, noto las pulsaciones del corazón a mil por hora en mi cuello. Me cuesta respirar y empiezo a boquear como un pececillo fuera del agua. Creo que, oficialmente, estoy sufriendo mi primer ataque de ansiedad. Me apoyo contra la pared, dejándome caer hasta el suelo, meto la cabeza entre las rodillas, y espero a que el ahogo disminuya y el aire vuelva a fluir por mis pulmones con la misma facilidad que antes.

De esta no salgo viva. O me mata la hiperventilación, o mi jefe en cuanto le llegue la queja que este paciente va a hacer sobre mi servicio. Menuda mierda. Ahora sí que necesito comerme un donut, pero no uno cualquiera. Necesito una berlina rellena de chocolate. Y la necesito ya.

Es miércoles. Llevo tres días sin ver a Hugo y zampando marranadas de todo tipo como si no hubiera un mañana. Desde que arranqué el martes no he podido parar. Y es que mi dieta antiestrés se basa principalmente en chocolate en cualquiera de sus variedades.

Humm. Qué delicia, por Dios. El esponjoso bizcocho se mezcla en la boca con la crema de chocolate, y en cada bocado siento como se eleva mi cuerpo hasta el borde del nirvana. Tan solo este pecado calórico consigue llevarme a ese nivel de placer. Bueno, últimamente, el sexo con Hugo supera a los donuts, tengo que reconocerlo.

Y, hablando de Hugo... ¿Le envío un mensajito? No pareceré desesperada, ¿verdad? Algo simple, un «Hola, ¿qué haces?». Aunque eso puede parecerle controlador ¿no? Mejor le digo: «Tengo ganas de verte». Uy no, eso es demasiado comprometedor. ¿Qué tal: «¿Hace frío por ahí?»? Sí, ese es perfecto. Hablar del tiempo siempre es un buen recurso y un tema neutral. Saco el móvil y empiezo a escribir. Cuando estoy en plena inspiración (hay muchas maneras de preguntarle a una persona si hace frío o no), me llega un mensaje.

Hugo: Esto es aburridísimo. Lo que daría por estar ahora mismo dentro de ti.

¡Joder! ¡Y yo a punto de preguntarle por el mapa del tiempo! ¿Y qué le contesto ahora a esto? No hay forma humana de responder sin comprometerme de algún modo.

Yo: ¡Exagerado! Seguro que estás disfrutando de lo lindo en comilonas familiares y salidas nocturnas.

Bueno creo que he reaccionado bastante bien.

Hugo: Ven. Quédate dos días aquí conmigo y el viernes vuelves.

Ahora sí que me ha dejado de piedra. ¿Quiere que coja un avión y me vaya allí con él? ¡Madre mía! Esto es lo más tentador que me han propuesto en la vida. Pero no puedo. Estoy pelada y no me da ni para el *ticket* del autobús.

Yo: ¿Pero tú estás loco? Tengo que trabajar.

Una excusa lamentable, cierto, pero no tengo intención de contarle mis penurias económicas.

Hugo: Ya he hablado con Marcos. Le caes tan bien a tu jefe que te adelanta dos días de vacaciones por si quieres venir.

Yo: Me tomas el pelo.

Hugo: Pásame tu mail.

¿Y para qué narices quiere mi mail? Si no me ha convencido por WhatsApp tampoco lo hará por mail. Pero él sabrá. Se lo paso y deja de escribirme.

Al cabo de cinco minutos, me entra un correo de un destinatario que no conozco y me llega un nuevo mensaje de Hugo al móvil.

Hugo: Abre el mail, es mío.

Lo abro, sin contestarle, y veo la reserva de un vuelo en el que solo faltan por rellenar los datos personales. Los de pago ya están introducidos.

Yo: ¿Qué significa esto?

Hugo: Pon lo que falta, invita la casa.

Me ha dejado sin palabras. Ni escritas ni habladas. Directamente, estoy muda en todos los sentidos.

Y ahora, ¿qué hago? ¿Acepto y me largo en avión a verlo, sin más? ¿Eso no es precipitarse demasiado? O, como diría Julia, «a vivir que son dos días y uno lo desperdiciamos trabajando». Exacto, Julia tiene la respuesta a mis dudas. Voy a llamarla.

—¿Qué pasa hermanita?

—Estoy que me va a dar algo —digo sin rodeos—. Hugo acaba de mandarme un billete de avión para que mañana vaya a verlo y pase la noche allí.

—¿Y?

—¿Cómo que «y»? ¿No has oído lo que te he dicho? ¡Qué quiere que vaya a verlo y pasar juntos un par de días! Y hasta lo ha arreglado todo con Marcos, para que me de fiesta.

Empiezo a mordirme las uñas, nerviosa. Ya sé que no es una buena costumbre, pero, o como uñas, o me doy cabezazos contra la pared.

—Le das demasiadas vueltas a todo. Si el griego que conocí en el último crucero me manda un billete para ir a Mikonos, ahora mismo meto las bragas más sexys que tengo en una bolsa y me largo sin pensarlo.

—Entonces, ¿me estás diciendo que acepte y vaya?

—¡Por Dios, Sara! Estás espesa, ¿eh? ¡Pues claro, alma de cántaro! Deja de hablar conmigo y vete a hacer la maleta. Y sobre todo nada de ropa cómoda, solo cosas sexys y guarronas. Desmelénate por una vez en tu santa vida.

Suelto una carcajada histérica y me despido de mi hermana. Con decisión, relleno lo que falta en la reserva de vuelo y le doy a comprar. Ya está. Lo he hecho. Cojo de nuevo el móvil y envío un mensaje a Hugo.

Yo: Estás fatal, y yo peor que tú. Nos vemos mañana.

Hugo: Te va a encantar la ruta turística que voy a hacerte por la habitación del hotel. Hasta mañana, preciosa.

Yo: Hasta mañana, loco.

Dejo el teléfono cargando y salgo disparada a mi habitación para prepararlo todo. Neceser, pasta de dientes, cepillo, algo de maquillaje y bragas sexys... ¿Bragas sexys? Julia, ¿estás de coña? Pero si a mí me sacas del algodón puro y duro y me salen sarpullidos. Igualmente decido revolver el cajón de la ropa interior. Y, tal como esperaba, no me gusta nada de lo que veo. Al final, al fondo encuentro un conjunto que seguramente compré en plena borrachera, porque no es mi estilo (aunque es divino de la muerte), ni recuerdo dicho suceso, o tal vez sea de mi hermana, que siempre que se queda a dormir deja aquí su ropa para que yo se la lave. Pues mira, esta vez voy a ser yo la gorróna y me voy a aprovechar de su despiste.

Hagamos recuento. Maleta, lista. Bragas sexys, listas. Neceser, listo. Móvil, cargado. ¿Ganas de dormir para dejarme las ojeras en casa? Cero. Esta noche promete ser larga.

—¿Qué haces?

Pego un bote y me llevo la mano al corazón, que no sé si sigue en su sitio o si ha salido disparado del susto y se ha reventado contra el armario.

—Ostras, mamá, no entres así ¿vale? ¿Tanto te cuesta decir hola?

—Mira que eres pesada, siempre con la misma tontería. ¿Acaso no oyes la puerta al abrirse y mis pasos por la casa?

—Vale, vale ¿qué quieres?

—Saber a dónde vas.

Mi madre tiene la vista fija en la maleta que acabo de cerrar, y no se irá de aquí hasta que le cuente mis planes o, como mínimo, me invente algo creíble que no ofenda su sensibilidad (si se entera que me voy de viaje, expresamente, para tirarme a un tío, le da un infarto).

—Hacen unas jornadas de dietética en la central de Madrid y por sorteo me ha tocado asistir. Mañana, temprano, cojo el avión y volveré el viernes —le cuento el rollo que me acabo de inventar sin mirarla.

Mi madre, que tiene algo de bruja (aunque ella no quiera reconocerlo) y solo con mirarme a la cara sabe cuándo le miento, busca la verdad en mis ojos, por eso la evito y hago ver como que estoy revisando el equipaje. Ojalá haya colado y se largue ya.

—¿Y ha sido así, deprisa y corriendo? ¿O ya lo sabías y no me lo has dicho?

Detalles, Sara, perfila los detalles o te va a pillar de marrón.

—No, no, ha sido a última hora. Iba a ir una de las coordinadoras, pero se ha puesto enferma y nos han ofrecido la plaza a nosotras. Y después de echarla a suertes con Laura me ha tocado a mí. —Aparto la maleta y empiezo a quitarme la ropa—. En fin, mamá, voy a acostarme que mañana me espera un día duro.

Mi madre capta la indirecta (más bien directa) que le acabo de mandar para que se vaya y después de darme un beso de despedida, recordarme que tenga mucho cuidado que hay mucho malo por ahí, y decirme tres o cuatro veces que la llame nada más llegar, por fin se va y yo suspiro aliviada. Ha colado.

El avión acaba de aterrizar. Han sido dos horas de vuelo bastante agradables en las que he leído, he escuchado música, he ignorado a mis compañeros de fila y he cometido la insensatez de pedirme una Coca-Cola, para pagarla a precio de Moët Chandon.

Salgo de la terminal sin saber muy bien a dónde dirigirme. Necesito un taxi que me lleve a la dirección del hotel que Hugo me ha enviado esta mañana. Él estará ocupado hasta las dos, pero a partir de esa hora será todo mío. Veo una fila a mi derecha y asomo la cabeza. ¡Ajá, ahí están los taxis! Me coloco al final y espero pacientemente mi turno.

Llego al hotel y me dedico a explorar las zonas comunes. No veas, qué pasada de sitio. Parece mentira que esté aquí. Me siento como Julia Roberts en *Pretty Woman*. Pero no he venido hasta Madrid para pensar en eso. El problema es que no sé en qué pensar. ¿Qué hago ahora? ¿Espero en la recepción? ¿Me voy al bar y pido algo? ¿Subo a la habitación y me meto en la cama?

No sé cuál debe ser el siguiente paso, pero lo de subir y meterme en la cama estaría bien, o aún mejor, podría despelotarme y ponerme una corbata de Hugo para seguir con el hilo de *Pretty Woman*. Pero ¿y si no usa corbatas? (que es lo más probable). Estar desnuda, sin más, no tiene gracia.

Piensa, Sara, piensa qué haría Julia en tu lugar.

Y, de pronto, me viene la luz. Se pondría las bragas sexys y lo esperaría en la cama... Pero yo no soy ella y me están sudando hasta las pestañas tan solo de imaginarme la escena.

—¿Estás sola, preciosa?

Me giro sobresaltada y le doy sin querer con la cabeza en el tabique nasal.

—Au —se queja Hugo, llevándose la mano a la cara.

—Perdona, que torpe soy. —Le toco la nariz y se vuelve a quejar—. Lo siento mucho, no quería darte, es que no te esperaba así.

Después de tanto imaginar nuestro reencuentro, entrarle con un cabezazo no era el plan. Hugo se sienta a mi lado con los ojos vidriosos. Tiene que dolerle un montón.

—Lo siento, de verdad.

—Tranquila. Casi ni lo noto.

—Voy a por hielo. Tú no te muevas.

Me levanto y Hugo me coge por la muñeca.

—No hace falta. Hay hielo en la habitación, y no es para mi nariz que quiero usarlo.

Lo miro a los ojos y en ellos veo tanto deseo como el que yo tengo reprimido dentro. Se pone de pie y sin soltarme de la mano nos dirigimos al ascensor.

Hugo, yo y un ascensor vacío es una ecuación peligrosa. Pero, por desgracia para mi calenturienta mente, que ya se imagina comiéndoselo a besos durante el trayecto, este ascensor tiene un botones que se dedica a marcar la planta a la que quieres ir y te acompaña durante el viaje. ¡Vaya pijada! Y yo que pensaba que eso solo pasaba en las películas.

Salimos del ascensor y Hugo pone su mano en mi cintura para dirigirme a lo largo del pasillo hasta la habitación. No me atrevo a mirarlo, porque sé que si me encuentro con su fuego arderé antes de llegar. Pero por lo visto Hugo ya está en llamas y con un movimiento diestro de muñeca me gira, sorprendiéndome con un beso cargado de pasión y deseo, y yo... yo dejo de pensar, dejo de imaginar y empiezo a disfrutar.

Me despierto cuando la alarma del móvil me avisa de que tengo que tomarme la pastilla anticonceptiva. Me cuesta dos segundos acordarme de dónde estoy y lo que ha pasado aquí. Busco con la mirada mi bolso por la habitación, que está revuelta como si los toros de San Fermín hubieran pasado por aquí. Oigo ruido en la ducha. Supongo que Hugo estará dentro. Veo asomar el asa del bolso por debajo de la cama (¿cómo demonios habrá acabado ahí?) y lo arrastro para coger la pastilla rosada y tragármela con los restos de «algo» que hay en un vaso. Me tapo la cabeza con las sábanas y empiezo a patalear como una niña, cargada de ilusión la mañana de Navidad. Esto es increíble. Cada vez mejor. Siento una euforia constante cuando estoy en sus brazos y eso no me había pasado jamás. Es una sensación indescriptible, entre ambos hay una carga importante de electricidad y solo con mirarnos saltan las chispas.

Quiero volver a sentirlo.

Me incorporo perezosa y veo la cubitera al pie de la cama. La botella de cava está vacía y los cubitos han desaparecido. Mi piel se eriza al recordar cómo se deslizaron por mi cuerpo anoche bajo las manos expertas de Hugo. Recuerdo cómo enfrió mis pezones para calentarlos después con su lengua y, con su boca llena de hielo, me arrancó suspiros de placer al descender hasta mi ombligo y más allá, derritiéndome en un éxtasis con sabor a más, a

todo lo demás que hicimos, jugamos y sentimos. Me estoy excitando y tengo al culpable a escasos metros. Así que, sin pensarlo más, me levanto y voy al baño. Quiero compartir esa ducha con él.

Levanto el puño para tocar la puerta justo cuando esta se abre. Hugo me recibe envuelto en vapor, con el pelo goteando y una simple toalla tapando sus partes nobles. No me sale la voz. Es tan jodidamente atractivo... Alzo un dedo y empiezo a recorrer los músculos de su abdomen. Necesito tocarlo, sentirlo.

—Buenos días —susurra, frenando la mano que está a punto de alcanzar el límite marcado por la toalla.

—Si son buenos, o no, depende de ti y lo que pienses hacer conmigo —contesto, provocadora.

Toma ya, Sarita, te estás convirtiendo en una perversa, ¿eh? Di que sí, que bastante reprimida he estado toda mi vida. Ahora que he probado las delicias del sexo desenfrenado, no hay quién me pare.

Hugo no necesita más. Me coge del culo y me aprieta contra él, mientras su boca se lanza a devorarme los labios sin miramientos. Suspiro de placer y empujo hacia adentro. Hugo capta la indirecta y sin parar de besarme me alza, dejando mis pies en el aire, y me lleva en brazos hasta la ducha. Se despoja de la toalla, tan rápido como yo de la sabana y abre el grifo.

¡OH! ¡Qué sensación! Hugo me coge de las caderas y me sube a horcajadas para entrar dentro de mí sin esperar. No quiero rodeos y por lo visto él tampoco. Anoche ya tuvimos tiempo para los juegos preliminares, hoy lo quiero así. Rápido, furioso, excitado y dentro de mí.

Estamos empapados. El agua chorrea por mi cara, por sus hombros. Le muerdo, me aferro a su piel y curvo aún más las caderas para sentir que me llena por completo. Pero las paredes también están mojadas y mi espalda resbala hacia abajo. Hugo me levanta antes de que pueda caerme contra la bañera y empezamos a reírnos sin dejar de movernos al son de nuestros cuerpos. Siento que estoy al borde del placer, mi sexo no aguanta otra embestida más y libero un gemido al sentir ese torbellino de satisfacción que sube por mi entrepierna, mientras Hugo acelera los movimientos y acaba dejándose ir dentro de mí.

Nos quedamos apoyados contra la pared, recuperando el ritmo normal de nuestra respiración sin movernos ni un ápice, cubiertos únicamente por el tibio chorro de agua que acaricia nuestra desnudez. Hugo me suelta con

cuidado y coge el jabón. Supongo que va a ducharse de nuevo, pero me sorprende cuando en vez de frotar su cuerpo, empieza a acariciar el mío.

—Nadie había vuelto a ducharme desde que cumplí los nueve años.

—Pues ya iba siendo hora —contesta poniendo especial atención a mis pechos—. Ahora sí puedes decirlo.

—Decir, ¿qué? —pregunto, con los ojos cerrados mientras sus manos espumosas descienden por mis piernas.

—Que es un buen día.

—¿Lo es? —pregunto con picardía.

—El mejor —ratifica mirándome a los ojos muy serio.

Se me hace un nudo en la boca del estómago que no sé cómo digerirlo. Tiene razón, es el mejor día de mi vida y empiezo a darme cuenta de que no es solo por el sexo.

¡Ay, no! No te lances, corazón loco, que te veo.

Pero no me hace caso, y salta sin red para aterrizar en esas manos que con dulzura recorren mi cuerpo.

Dos horas más tarde, abandonamos la habitación. Desde que le he dicho a Hugo que nunca había salido de Barcelona, está empeñado en enseñarme los sitios, según él, más bonitos de Madrid. Solo tenemos unas horas para hacer turismo, y os mentiría si os dijera que no me hace ilusión pasear con él de la mano. Es maravillosa esta mezcla de sensaciones. Me gusta que se apoye en mi cintura al caminar, que me toque sin reparos. Cualquier roce, por sutil o descarado que sea, con su piel, con sus dedos, con sus manos, o con su boca, me enloquece y saca a relucir una sonrisa boba en mi cara. No sé si esta es la tan ansiada felicidad de la que algunos afortunados hablan (o si es culpa de la oxitocina que estará por las nubes en mi cerebro), pero me siento bien y tengo el corazón pletórico por todas y cada una de las miradas que Hugo dedica a mi persona y, a pesar de que me da cierto reparo reconocerlo, creo que soy feliz.

Un cielo plomizo nos acompaña en nuestro paseo improvisado por las calles de la capital. Madrid posee la elegancia natural de los reyes que la han habitado. Los palacios, edificios y cada rincón, me parecen únicos y maravillosos. Mi prisma estos dos días está algo distorsionado por culpa de Hugo y el palpito constante que siento en el pecho. Hoy cualquier lugar me parecería el rincón más maravilloso del mundo (aunque de un vertedero se tratase) si él me lleva de la mano.

Nuestra primera parada es el famoso parque del Retiro. Estoy acostumbrada a verlo en la televisión, cada vez que llega el día de Reyes y los niños salen a jugar con sus regalos, pero estar aquí, a las puertas de este pulmón de la capital, en persona, no es lo mismo. Es inmenso. La calle central discurre al lado de un precioso estanque. Hay familias y parejas paseando en unas barcas que dan la impresión de que se van a hundir solo con mirarlas.

—¿Qué te parece? —me pregunta, mientras seguimos caminando.

—Es una pasada —contesto, absorbiendo cada imagen para el recuerdo en mi memoria.

—¿Sabes por qué se llama parque del Retiro? —me pregunta.

—Ni idea, como no tenga algo que ver con la edad media de los que pasean por aquí —bromeo, señalando a un grupo de jubilados que hacen turismo por la misma zona que nosotros.

Hugo se ríe, antes de contarme el motivo real por el que recibe ese nombre.

—El Retiro formaba parte del conjunto de palacios, parques y jardines donde se retiraban los reyes durante el siglo XVI, para la meditación espiritual y el esparcimiento.

Lo miro asombrada por la cara de Wikipedia que se le ha puesto. No deja de sorprenderme y eso está calando hondo en mí, tanto que me cuesta imaginarme sin él dentro de unas horas, cuando vuelva a casa y Hugo se quede aquí.

—No me mires así, soy de esos bichos raros a los que les gusta la historia. —¿Se ha ruborizado o solo me lo parece?

—Tú serás muchas cosas, pero bicho raro no es una de ellas.

Sin decir nada, Hugo se lanza a por mi cuello, directamente. Suelto un grito de sorpresa y placer cuando me besa debajo de la oreja y un cosquilleo, que empieza a ser como de la familia, me recorre desde la punta de los pelos de la cabeza hasta los dedos de los pies.

—Pues aún te queda por ver lo mejor —susurra con ese tono de voz con el que consigue que me sobren hasta las bragas.

—Pero ¿este no era el sitio especial?

—¿Esto? —pregunta alzando ambas manos, abarcando algo del parque entre ellas—. Por favor, Sara, esto solo es un parque. Estoy seguro de que los hay iguales en Barcelona. Lo realmente maravilloso aún no lo has visto.

—Y, ¿cómo conoces tan bien Madrid? Me dijiste que eras de Asturias.

—Cierto —confirma, tirando de mi mano para pegarme contra su costado y volver a rodearme la cintura con el brazo—. Pero he vivido aquí bastantes años. He tenido tiempo de conocerme cada palmo de esta ciudad.

—Y, ¿qué te trajo hasta aquí?

—Una mujer.

No os lo vais a creer, pero a punto estoy de empotrarme contra un árbol por mirarlo embobada. Suerte que Hugo me lleva bien agarrada y evita el desastre.

—Hemos llegado —dice, liberándome del hechizo de su mirada.

No me acostumbro a esa luz con la que sonríen sus ojos. A pesar de ser negros como la noche, resplandecen con toda la claridad de día.

Me giro, para ver lo que me está señalando con el brazo, y me encuentro con una impresionante construcción, de metal y cristal, que se yergue majestuosa ante mí, dejándome boquiabierta.

—¿Qué te parece? ¿Tenía razón o no?

—La tenías. Es un lugar maravilloso —confirmando, admirando la belleza del entorno y su singular delicadeza.

El palacio de Cristal descansa sobre un manto de césped, a los pies de un pequeño estanque que le sirve de espejo para reflejar una belleza exquisita. Las combinaciones son contrapuestas pero equilibradas. Cristal y metal. Luz y oscuridad. Fragilidad y firmeza. Hugo y yo.

—Pues si esto te ha gustado, espérate a ver el siguiente sitio donde te voy a llevar.

—Eres una caja de sorpresas, ¿eh? —bromeo y suelto su mano para esconderme entre las diversas variedades de plantas que hay aquí.

Hugo me sigue a cierta distancia. De vez en cuando me giro y lo descubro, mirándome con tanto deseo que enrojezco al instante. Sigo mi peculiar viaje en solitario, hasta que aparece delante de mí. Sonrío de oreja a oreja y me abalanzo sobre él. Hugo me alza un palmo del suelo para hacerme descender muy pegada a él, con demasiada lentitud, hasta que nuestras bocas se encuentran y hacen el resto.

Estamos sentados en la terraza del Gau&Café, otro de los lugares imperdibles es esta ciudad, según mi particular guía turístico. Un restaurante ubicado en la última planta de las Escuelas Pías. Contemplar desde esta altura las ruinas de la iglesia que aún se conservan junto al

edificio docente es uno de los paisajes más bellos de Madrid, y la comida está de escándalo. Berenjenas y calabacines en tempura con miel y romero para mí, tartar de salmón para él y humus con nachos para compartir. Después de semejante homenaje culinario ha llegado el momento de que Hugo suelte prenda y me cuente algo más sobre él.

—Y, ¿qué asuntos familiares son esos que te han hecho volver a esta ciudad?

—¿De verdad quieres perder el tiempo hablando de temas aburridos?

Ya está otra vez esquivando mis preguntas.

—Hablar de ti no me parece aburrido en absoluto.

Suspira y parece darse por vencido.

—Tenía un tema legal que firmar con mi abogado. Ahora ya no hay nada que me ate a este sitio.

No ha sido la transparencia en persona, pero algo es algo.

—Entonces ¿alguien de tu familia vive aquí?

Quiero saber más sobre esa mujer por la que se vino a vivir a Madrid, pero tampoco me atrevo a preguntárselo abiertamente, así que voy rodeando el tema y acercándome con sigilo.

—Ya no.

Está claro que no va a contarme mucho más, pero yo que soy mosca cojonera sigo insistiendo en mi empeño.

—Y, ¿de dónde es tu familia? Quiero decir, ¿dónde están tus raíces? ¿En Asturias o aquí?

Hugo se remueve incómodo. Cualquiera diría que le estoy preguntando información fiscal.

—No sé de dónde soy. Me crie entre un orfanato y diversas casas de acogida en Asturias, pero a los dieciocho años me vine aquí, a la capital, empecé a trabajar y desde entonces me he buscado la vida lo mejor que he podido. Así que raíces lo que se dice raíces, no tengo.

Me mira y sé que está sopesando cómo voy a digerir la revelación que acaba de hacerme. Ahora entiendo por qué le cuesta tanto hablar de su vida personal. Y yo que no hago más que quejarme de mi familia, desagradecida que soy, que al menos tengo unos padres que se desviven por mí y dos hermanas que me adoran.

—Si alguna vez necesitas una familia para discutir o algo, te presto la mía —y lo digo así, sin filtro, porque ya tengo el cerebro como pasta de boniato.

—Agradezco el ofrecimiento, pero teniendo en cuenta que me escondes de tus padres no sé qué pensar.

Intento darle un manotazo, pero me agarra la mano y besa el dorso con ternura, mientras sus ojos vuelven a sonreírme sin que yo merezca semejante sonrisa. Me siento más unida a él que a mucha gente que conozco desde hace años. Hugo se ha colado en lo más profundo de mi ser y ahí sí que está empezando a echar raíces.

La alarma del móvil empieza a sonar para avisarme de que en un par de horas tengo que coger el vuelo de vuelta.

—Debería irme.

—Te acompaño.

Nos levantamos y Hugo rodea mi cintura con naturalidad. Voy a acabar acostumbrándome a esto, os lo juro. Dos días más y empiezo a escribir en un diario su nombre y el mío entrelazados, como una adolescente.

Algo ha cambiado dentro de mí. Y no ha sido hoy, el problema es que no he sido consciente del cambio hasta este preciso instante, pero ya no puedo evadir más lo que siento. Me estoy enamorando de Hugo y eso ya no tiene remedio, así que me dejo llevar y le doy voz a mi corazón para que acalle a la razón, que no siempre es tan sabia como ella se cree.

¿FAMILIA? NO, GRACIAS

Es domingo y toca comida familiar, como todos los domingos desde que tengo uso de razón. Volví el viernes y ya estoy desesperada, con unas ganas locas de que Hugo venga y me empotre contra la pared (podría haber sido más sutil al expresarlo y decirlo algo así como que «estoy deseando que sus manos acaricien mi piel y hagan enloquecer mis sentidos mientras sus labios me devoran con avidez», pero ¿para qué?, si en resumen, lo que quiero decir es que estoy deseando que me empotre contra la pared).

Suspiro y me conformo pensando que esta noche, por fin, mis deseos se harán realidad. Mayka solloza y estoy segura de que está contando algo importante. Relego mis ansias por ver a Hugo para centrarme en mi hermana. Por lo visto se está quejando de su trabajo y de los abusos de su jefe. La tiene esclavizada y no le permite conciliar su vida laboral con la familiar. Está desesperada, porque apenas ve a las gemelas, y no sabe cómo afrontarlo sin acabar de patitas en la calle.

—A unas malas te lo puedes tirar, como Laura —suelta Julia y al oírla el arroz sale disparado de mi boca como un misil.

No puedo creer lo que acabo de escuchar. ¿En serio le ha dicho que haga favores sexuales a cambio de mejoras laborales?

—¡Sara, esos modales! —me regaña mi madre—. ¡Y tú, Julia! ¿Cómo le dices eso a tu hermana y con Carlos presente? ¡Ay, virgen santísima, qué bochorno!

Ella no ha escupido el arroz, pero está a punto de sacar el hígado por la boca.

—¿Así os he educado yo? ¿Cómo a unas *cualquieras*?

Julia se empieza a reír. Le encanta hacer esto. Le encanta ser el centro de atención y sacar a mi madre de sus casillas. Mi padre la mira con la boca llena sin atreverse ni a respirar.

—Mamá, no exageres tanto y deja de abanicarte que vas a enfriar la comida. Solo bromeaba —se justifica, sin dejar de reírse.

—Pues ese tipo de bromas no las quiero oír en boca de mis hijas y menos aún en mi casa. ¡Ay, Carlos! Hijo mío, tú ni caso a la insensata de Julia —

dice mi madre, girándose compungida hacia su único yerno.

—Por mí no se preocupe Encarna, que lo que diga Julia me trae sin cuidado. Ya sabemos todos cómo es —comenta Carlos conciliador, con una sonrisa divertida—. ¿Y tú qué, Sara? ¿Cuándo nos vas a presentar a tu nuevo novio?

Suerte que no he vuelto a probar el arroz porque si no estucaba las paredes definitivamente. Mi madre me mira como si me viera por primera vez desde que llegué.

—¿Qué es eso de un novio? No hace ni dos días que lo has dejado con uno y ¿ya estás detrás de otro? A mí me vais a matar a disgustos.

Atravieso a Mayka con la mirada por no saber mantener la boca cerrada. Se suponía que esa parte de mi vida no se la iba a contar a su marido. Tener hermanas para esto... Menuda ayuda.

—No tengo novio —mascullo entre dientes y vuelvo a comer para evitar dilatar más el tema.

—Pues me alegro hija, porque tú ahora no sabes lo que quieres. No estás centrada y menos aún para pensar en hombres.

Di que sí, ahora resulta que soy la desestabilizada de la familia.

—A mi cabeza no le pasa nada, mamá. Estoy perfectamente centrada.

—Sí, sí, claro, por eso has dejado escapar a Pol, con lo buen muchacho que era.

—¡Joder, mamá, deja ya de defenderlo! Estoy harta de oír las maravillas que tienes que decir de él. No tienes ni idea de cómo es Pol —le suelto mosqueada.

En su día no quise contarles que mi ex se estaba beneficiando a otra, y ahora ya no toca remover la mierda, porque huele. Lo ha conseguido, me ha amargado la comida.

—¡Esa boca! —dice mi padre, que por fin se digna a hablar y es para echarme bronca.

—A ver, cómo os lo explico para que me entendáis —empiezo a decir como si tuviera a un grupo de simios delante y no a mi familia. (Estoy total y absolutamente convencida de que los monos me entenderían sin problemas, mucho mejor que mis padres. Esto no es un tema de capacidad intelectual sino de moral medieval, más bien)—. ¡Que tengo más de treinta años y puedo hacer lo que me dé la gana! Y no, no tengo novio, pero ¿y qué si lo tuviera? ¡Es mi vida!

Todos se han quedado callados, ni siquiera mi madre encuentra argumentos para rebatirme, hasta que Julia la termina de cagar metiéndome en el fango hasta el cuello.

—Claro que no pasaría nada si tuvieras novio, pero a un tío con el que lo único que has hecho ha sido irte a la cama tampoco lo llamaría novio.

Mi madre palidece como un muerto. Mi padre ni siquiera me mira. No pueden creerse que una hija suya haya sido capaz de ser tan pendona (bajo su estricto y obsoleto punto de vista). Y mira que es extraño, porque Julia siempre ha hecho lo que le ha venido en gana, pero ella siempre ha sido así y yo no. Miro a mi hermana intentando clavarla en la silla con la mirada. He perdido el apetito de golpe y aparto el plato.

—¿Y qué tal con tu libro? —pregunta Carlos, en un intento por cambiar de tema e iniciar otra conversación, para cubrir este espeso y pesado silencio capaz de cortarse con un cuchillo, y del que seguro se siente más culpable que nadie.

—Igual, sigo a la espera —admito sin interés.

—Eso es lo que te tiene la cabeza trastocada. Esta tontería de escribir libros que te ha dado ahora.

Venga, ya tenemos aquí la guinda del pastel por gentileza de mi bendita madre.

—No es ninguna tontería, me gusta escribir y no le hago daño a nadie.

—Eso es verdad y a mí su libro me ha gustado mucho —contesta Mayka, saliendo en mi defensa.

¡A buenas horas, campeona! Después de traicionar mi confianza contándole a tu marido lo de Hugo, ahora te carcome la conciencia, ¿eh?

—Deberías autopublicarte —continúa diciendo mi cuñado.

Qué mono es, qué pena que esté casado con la traidora de mi hermana.

—Quizá lo haga. No sé, es una posibilidad.

Sé que Carlos tiene buena intención, pero por como mis padres me miran lo único que deseo hacer en estos momentos es fundirme con la pared y desaparecer de aquí. Estoy segura de que ellos siguen anclados en la última frase de Julia: «un tío con el que lo único que has hecho ha sido irte a la cama». Mi padre parece no reconocer a su hija en mi cuerpo y mi madre está a punto de ir a por el agua bendita para alejar a Satanás de esta casa.

Tengo que largarme ya. Pero ya. Miro el reloj. Ni siquiera son las tres de la tarde. No hemos comido el postre, ni hecho la sobremesa con café.

¡Gracias a Dios! Si en la comida ya han salido estos temas, no quiero saber yo cómo acabará la cosa en la charla final. Da igual. Me largo.

—En fin, me voy, que he quedado.

—Pero si no has comido nada. Últimamente casi no comes y estás cada día más flaca. Juan dile tú algo a la niña, que si sigue así va a pillar una enfermedad.

Pobre de mí, con un cajón entero de tallas 38 que no me entran ni de broma, y a mi madre solo le ha faltado llamarme anoréxica. Suspiro y no añado nada más. Para qué.

Salgo por la puerta y cierro tras de mí aliviada. Me meto en el coche y conduzco sin rumbo. En realidad, no tengo planes con nadie, pero eso me da igual. Cualquier lugar en el mundo, incluso una sucia y pestilente alcantarilla, es más acogedor que la casa de mis padres en estos momentos.

Sin darme cuenta, estoy sentada en la terraza de Starbucks. He aparcado dos manzanas más abajo y he acabado aquí. Mi cuerpo es sabio y sabe lo que necesito para reponerme a semejante maltrato familiar. Un caramel macchiato cargado de nata en tamaño ultra mega grande.

Le doy un sorbo a mi deliciosa bebida y cierro los ojos. Por fin un placer que irá a parar directo al culo, sin digestión ni nada, pero que mi corazón va a agradecer eternamente. La mierda de teléfono empieza a sonar. Ay, no... con lo bien que estaba, pero me da igual, no pienso contestar. Sea quien sea, este es mi momento sagrado y nada ni nadie tiene derecho a interrumpir una historia de amor entre un caramel macchiato y mis papilas gustativas.

—¿Te importa si te acompaño?

Abro los ojos de par en par y empiezo a toser. ¡Joder casi me ahogo del susto! No puedo contestar porque o respiro, o hablo, o toso, pero como comprenderéis todo a la vez aún no soy capaz de hacerlo. Josán está delante de mis narices con un vaso igual que el mío y con su cara de niño bueno suplicando que le dé la venia para sentarse.

—¿Estás bien? Perdona, no quería asustarte.

—¿No? Pues casi consigues que vuelva a llenar el vaso sacando el café por la nariz. Si acaso la próxima vez asústame.

Olé mi sarcasmo, qué arte tiene.

—Lo siento, es que no esperaba encontrarte aquí.

—Este es un país libre, puedo ir a dónde me dé la gana.

—¿Un mal día? —pregunta, y se sienta sin esperar a que le diga si puede hacerlo o no.

Me conoce. El muy cabrón me conoce tan bien como si me hubiera parido. Vuelvo a ver a Josán, a mi Josán, en el que tantas veces me he apoyado, y me desinflo como un globo entre las zarzas. Mi mala hostia, el karma negativo, el mal chi, o cualquier otra chorrada que haya estado envenenando mi estado de ánimo hasta este momento, empiezan a desaparecer y, automáticamente, solo con esa mirada que me dedica Josán, ya me siento mejor, mucho mejor.

—No lo sabes, pero yo también me prometí hace poco.

Josán me mira con cara de idiota. ¿Tan inverosímil le parece que pueda casarme con alguien?

—Me alegro —contesta cuando sale de su estupor—. ¿Con el chico del otro día?

—No. Ese es un amigo. —Y me sabe mal haberle puesto ese título a Hugo cuando es mucho más que un amigo—. Con mi prometido lo dejamos hace unos meses.

—Vaya, lo siento.

—No lo sientas, no tenía arreglo. Mi ex es un idiota egocéntrico y mimado al que deseo la mejor de las suertes fregando orinales.

Josán posa su mano sobre la mía y mi maldito corazón empieza a dar palmas.

¡Imbécil, deja de soñar que está comprometido!

—Si quieres desahogarte soy todo oídos, ya lo sabes.

Lo sé, y tanto que lo sé. Y me dejo llevar por esa sensación tan agradable y familiar que él me inspira, y empiezo el relato de mi fracaso amoroso, del acoso de mis padres, de todo lo que me carcome por dentro, sin omitir detalle alguno. Josán parece atento a todo lo que digo. Con él es muy fácil que las palabras fluyan, incluso sentimientos que no supe clasificar en su día, cuando decidí romper con Pol, salen ahora de mis labios expresados con una facilidad pasmosa.

—Has hecho lo correcto. Las personas no cambian —dice al final de la historia.

—Lo sé, pero no puedo evitar sentirme mal. Quería casarme y pensaba que lo nuestro sería para siempre. Y ahora, me siento perdida, no sé si me

entiendes, es como si con esta ruptura hubiera dejado atrás parte de mi identidad —confieso.

—No es tu identidad la que has perdido, sino al hombre que absorbía tu personalidad. Con Pol, desapareciste, te volviste transparente para ser igual que él, para mimetizarte con él. Pero esa no eras tú —razona Josán, y así, en cinco segundos, ordena mi caos.

—Gracias, necesitaba poder hablar con alguien sin sentirme juzgada, últimamente todo lo que hago, o digo, es sometido a examen en mi familia —comento, recordando la comida de la que he salido huyendo como una cobarde.

Le hablo de la incapacidad de mis padres para entender que puedo rehacer mi vida sin estar un año en duelo. Josán sonríe y se rasca la barbilla.

—A mí me pasa igual. No imaginas cómo he echado de menos estos momentos contigo Sara. —Y vuelve a cogerme la mano, pero ahora no se detiene ahí. Se la lleva a los labios y la besa con dulzura.

No... No... Josán no me hagas esto... La escurro entre sus dedos y la alejo de su boca.

—¿Y tu novia? —digo, congelando al instante el ambiente cálido que había entre ambos.

Con tres simples palabras acabo de destrozar nuestra complicidad. Se remueve incómodo en la silla antes de contestar.

—Hemos discutido.

—Vaya, bienvenido al club de los domingos de mierda.

Me mira muy serio, y no puedo evitar reírme por la cara que ha puesto. En cuestión de segundos, Josán se une a mis risas y ambos acabamos a carcajada limpia, hasta que las lágrimas se escapan de nuestros ojos sin saber muy bien de qué nos estamos riendo.

Ahora me siento mejor. Bastante mejor. Esto de echarse unas risas sin más con un amigo os puedo asegurar que es una terapia antiestrés genial.

—¿Quieres contármelo? —digo mientras me agarro la barriga.

¿Reírse cuenta cómo hacer abdominales? Porque si es así ya he quemado las calorías del caramel macchiato.

—Son los nervios por la dichosa boda. Cristina quiere una boda por todo lo alto y yo no. Tú me conoces, sabes que a mí esos despliegues no me van nada.

—Ya, pero un día es un día. Empiezas a recordarme a mi ex.

Odio a Pol. Por su culpa nunca más podré ser imparcial en lo que a asuntos de bodorrios se refiere.

—¿Tú también querías alquilar un barco y pagarle un *resort* a tu familia durante todo el fin de semana?

—¿Qué? ¡No! Yo solo quería una cena íntima con los más allegados en una calita perdida de la costa. El resto lo dejo para tu novia argentina. ¿En serio quiere alquilar un barco?

Josán suspira y da un sorbo a su café.

—Y tan en serio. Cristina es buena persona, pero a veces puede ser un poco superficial.

—Pues suerte que es la mujer de tu vida, ¿no? —bromeo, pero con cierto deje amargo.

—Sí, eso pensaba —afirma mirándome fijamente.

Agacho la mirada y centro mi total y absoluta atención en la pajita que sobresale del vaso de café. ¿Qué demonios está insinuando? ¿Por qué narices me mira así? ¿Y quién le ha dado permiso a tu corazón para hacerse semejantes preguntas, Sarita?

Su móvil empieza a sonar y consigue romper el incómodo silencio que acaba de instalarse entre ambos.

—¿Hola? Sí, claro, yo también lo siento.

Tapa el móvil y en un susurro me dice: «es ella», y se aleja para hablar con algo más de intimidad.

Lo veo de lejos y un peso enorme me aprisiona el pecho. ¿Estarán discutiendo otra vez? ¿Y si acaban rompiendo? Nunca se sabe, mira lo que me pasó a mí con Pol...

«Olvídate, Sara, ni siquiera te plantees volver a abrir esa puerta», me digo a mí misma mientras observo su espalda. Cojo el móvil y decido mandarle un mensaje a Hugo. Como dicen en mi pueblo un clavo saca a otro clavo, así que voy a ver qué hay de cierto en el refranero popular.

Yo: ¿Hay alguien?

Veo que le llega el mensaje, pero no lo lee. Maldita sea. Me quedo mirando las dos líneas grises, rogando al cielo que se vuelvan azules y lo tenga en línea. Pero no, el cielo debe estar ocupado con cosas más importantes.

—Me tengo que ir. —Oigo decir a Josán.

Ni siquiera me he dado cuenta de que ha vuelto, absorta como estoy en mi monólogo interno.

Está de pie. Apura el café de un sorbo y se inclina para darme un beso en la mejilla.

—Me ha encantado verte, Sara. Espero que volvamos a quedar pronto —concluye y se larga sin más.

Me quedo con cara de tonta mirando cómo se va. ¿Ya está? ¿Ella le llama y él sale escopeteado como un perro con el rabo entre las piernas?

El móvil vibra encima de la mesa y hace que baje la vista y la aleje de Josán, por fin.

Hugo: Acabo de llegar. Quiero verte. Dime dónde y cuándo.

A eso le llamo yo ir directo al grano. Me gusta. ¿Para qué marear la perdiz con zalamerías inútiles? Ambos sabemos lo que queremos y yo, después de esta conversación inesperada con Josán, necesito «eso» urgentemente.

Yo: Ahora. ¿En tu casa?

Hugo: Ya estás tardando.

Me río como una idiota y me voy de la cafetería más contenta que unas pascuas. El día empieza a mejorar notablemente. Mientras ando por la calle pensando en Hugo y sus dotes para volverme loca en la cama, suena el teléfono.

—Dime, Mayka.

—¿Vas a volver? Mamá está que trina por cómo te has ido y por lo que has dicho.

—Ah, ¿sí? Pues mira que bien. Yo llevo tiempo sintiéndome igual, por todo lo que ella hace y dice, y no me quejo —contesto a la defensiva.

Soy consciente de que mi hermana solo quiere rebajar el nivel de tensión familiar, pero no ha empezado bien. Atacar un animal herido no es el mejor modo de ganarse su confianza, ¿no creéis?

—Lo sé, sé que mamá puede llegar a ser insoportable, pero ahora está muy mal. Le ha subido la tensión y me da miedo que le dé algo.

—Anda ya. Me estás tomando el pelo para que me sienta culpable. Pues no te creo —zanjo y cuelgo.

No voy a permitir que después de arruinarme la comida, me arruinen también el «postre». Al instante me llega un mensaje. Ahora es Julia. Esto es una conspiración en toda regla.

Julia: Mayka no exagera (aunque sea difícil de creer). Mamá está fatal. Deberías volver y hacer las paces con ella.

Yo: No pienso volver ahora. Si se siente tan mal es porque sabe que se ha pasado tres pueblos conmigo.

Julia: Si no quieres que te agobie lárgate de su piso.

Yo: Vaya, gracias por el apoyo.

Julia: No te entiendo, en serio que no. Tú la conoces, sabes cómo es. No sé a santo de qué hoy has tenido que enfadarte tanto y largarte así.

Yo: Porque en algún momento tenía que ponerme en mi sitio y dejarle claro que no soy una niña pequeña.

Julia: Genial, pues demuéstalo y ven a hablar con ella.

Pongo el móvil en silencio y lo lanzo dentro del bolso con tanta mala pata que rebota contra la pelota de goma que llevo en el llavero y me golpea en la cara.

—¡Au!

Cojo el endemoniado aparato del suelo y sigo caminando. Estoy tan enfadada que acelero el paso como si hubiera un fuego que apagar. Y lo hay. Hay un fuego en mi interior. Una mezcla explosiva de rabia, frustración y deseo. Llego al apartamento de Hugo casi sin darme cuenta. Antes de que pueda tocar al timbre ya me ha abierto.

—Te he visto llegar desde el balcón —dice, cuando al abrir las puertas del ascensor me lo encuentro, esperándome, apoyado en el quicio de la puerta.

Con esa camiseta negra y esos tejanos gastados está más guapo de lo que recordaba. No he sido consciente hasta este mismo instante de lo diferente que es de Josán y lo mucho que me gusta esa diferencia. Y mi corazón opina exactamente igual, o eso parece por cómo galopa en mi pecho, entrecortándome la respiración.

No soy capaz de contestarle. Ni siquiera pierdo el tiempo en un saludo, tan solo me abalanzo sobre él con desesperación. Empiezo a besarle con furia, apretando mis labios con tanta fuerza contra los suyos que incluso me duele. Hugo responde a mi pasión y me arrastra hacia dentro, cerrando la puerta de una patada. Me muerde los labios y gimo de placer. Tira de mi camiseta hacia arriba y yo me separo de su boca el tiempo justo para que la prenda salga por la cabeza. Inmediatamente, Hugo desciende con avidez por mi escote mientras mis manos buscan su ansiado tesoro. Ahí está, firme, excitado, esperándome. Le desabrocho el pantalón y sin más rodeos me siento sobre él y dejo que me llene por completo. Desato mi rabia moviéndome con ferocidad mientras Hugo me muerde en el cuello. Noto cómo llega, siento el escalofrío en la base de mi estómago y me vuelvo enloquecida. Estoy viendo el cielo, lo tengo en la punta de mis dedos, y no puedo parar. Hugo me coge la cara y me obliga a mirarlo. Sus ojos desprenden un ardor que me devora hasta el alma y hace que alcance el éxtasis mientras él no deja de mirarme. Segundos después noto su calor vaciándose dentro de mí y ambos nos dejamos caer contra el respaldo del sofá, exhaustos y satisfechos.

—Te echaba de menos —dice mientras besa mi pelo.

—Y yo.

Y es cierto, llevaba tres días en un sin vivir y ser consciente de ello me provoca vértigo.

—¿En serio? No lo he notado —contesta irónico.

Me aparto de su pecho para mirarle a la cara. Está sonriendo. La verdad es que prácticamente lo he violado nada más llegar, pero no me he parado a pensar en eso hasta ahora.

—He sido un poco brusca, ¿no?

—Lo justo y necesario. Tranquila, me ha encantado —dice y me besa en los labios.

—A mí también.

Hugo se incorpora, pasa sus brazos por debajo de mis rodillas y se levanta conmigo a cuestras.

—Pues vamos a repetirlo, pero con más calma —susurra en mi oído y me lleva directo a su habitación.

El teléfono, que tiene planes maléficos reservados para mí, empieza a sonar de nuevo. No puedo evitar sentirme mal por mi madre. Las pavas de

mis hermanas han logrado su propósito y sus palabras han hecho que no pueda desconectar del tema como me gustaría.

—Perdona, pero tengo que contestar.

—¿Seguro? —pregunta mientras me besa el cuello.

Estoy a un pelo de mandar a la mierda esa llamada, pero mi conciencia es más fuerte que mi libido y gana la partida.

—Seguro.

Y, dicho esto, Hugo me suelta con delicadeza y yo salgo en busca del maldito aparato.

—Queréis dejarme en paz. Cuando pueda ya iré a hablar con mamá, ¿vale? —es mi respuesta nada más contestar la llamada.

—Nos vamos para urgencias, solo quería que lo supieras.

La sangre huye del rostro y mi corazón empieza a latir con fuerza. Me sudan las manos y noto la boca reseca y pastosa. Y todo eso pasa en cuestión de segundos.

—¿Que qué? ¿A urgencias?

—Sí, a mamá no le baja la tensión y está muy mareada. Nos vamos para allá. Sería un detalle que vinieras —Julia me habla cortante. Está enfadada conmigo.

—Voy —contesto y cuelgo.

Me giro hacia Hugo que está de pie, tras de mí, con la ropa en la mano.

—Tengo que irme —me excuso mientras empiezo a vestirme—. Hoy he discutido con mi madre y ahora van de camino a urgencias.

—¿Es grave? —inquieta preocupado.

—Una subida de tensión, nada que no le haya sucedido otras veces, pero si le pasase algo esta vez, no me lo perdonaría.

—Y tú, ¿estás bien?

—Estoy fatal, me siento como la persona más repugnante del mundo. Le he dicho cosas muy fuertes y ahora va de camino al hospital por mi culpa. Soy una hija horrible.

—No digas eso, no te flageles. Si está mal es por cómo ella se lo ha tomado. Estoy seguro de que tu intención no era hacerle daño.

Pobre Hugo, no sabe en el berenjenal que se está metiendo conmigo.

—Yo no lo tengo tan claro.

Acabo de vestirme y con un beso fugaz me despido de él.

—Te acompaño.

—¡No! —contesto demasiado alto.

—¿Por qué no? Quiero ir contigo y ver que tu madre está bien —añade, mientras se sube los tejanos y se pasa la camiseta por la cabeza, ocultando su esculpido torso.

—No hace falta, en serio. Además, si mi madre te ve se va a poner peor.

La cara de Hugo se transforma. Pasa de la preocupación a la decepción en un instante.

—O sea, que no saben aún que estás conmigo, ¿no?

—Precisamente por eso es por lo que hemos discutido hoy —contesto sin entrar en detalles.

—Pues no lo entiendo.

—Ahora mismo no necesito esto, ¿vale?

—¿No necesitas qué, Sara? —me suelta cruzándose de brazos frente a mí.

—No necesito complicarme más la vida.

—Eso podrías habérmelo dicho antes. Se suponía que el cabrón de una sola noche era yo —contesta y se da media vuelta, dejándome plantada en el portal.

¡Perfecto! Lo que me falta, una bronca con Hugo con el estado de nervios que tengo. ¿Acaso no lo entiende? ¿Tanto le cuesta disfrutar de lo que tenemos sin mezclar a mi familia de por medio? Salgo del edificio en dirección al coche, echa una furia. ¡Maldito seas, Hugo! Y maldita sea yo, por idiota. ¿Cómo iba a imaginarme que querría venir al hospital conmigo? ¡Si ni siquiera llevamos un mes saliendo! ¿Qué digo saliendo? ¡Ni siquiera llevamos un mes enrollados! Porque lo único que hacemos cuando estamos juntos es follar y, eso, no creo yo que sea la base de una relación seria como para presentárselo a la familia, ¿no? Y menos a mi familia. Si Hugo no es capaz de entenderlo, será mejor que no sigamos con esta historia.

Y... ¡Mierda! ¡Ha dolido! Ese pensamiento, el de no seguir viéndonos, me ha dolido como un espasmo en el pecho. Esto es peor de lo que pensaba. Ya me he colgado hasta las trancas de él y ahora, ¿cómo hago para olvidarlo?

Sin darme cuenta entre pitos y flautas he llegado al coche. Me subo, arranco y me pierdo como una loca entre el tráfico para llegar al hospital lo antes posible.

Mi madre está en un box. Tumbada en una camilla. Le han dado un relajante muscular y tiene el tensiómetro puesto en el brazo para medirle la presión arterial cada diez minutos. Nada más entrar he corrido a abrazarla y le he pedido perdón. Como siempre que nos peleamos, mi madre le ha quitado hierro al asunto y me ha dicho que no es culpa mía, que será del arroz que estaba muy salado.

A veces no logro entenderla. Nos vuelve a todos locos y cuando por fin logra lo que quiere, tenernos a su alrededor preocupados, le quita importancia y parecemos nosotros los desquiciados. Pero qué le voy a hacer, es mi madre y viéndola así de débil no me siento con corazón de echarle nada en cara.

—Vaya, la hija pródiga ha vuelto. —Es Julia, acompañada de su sarcasmo.

—Cállate, que todo esto también es culpa tuya, que siempre tienes que hablar más de la cuenta.

Ella ni me contesta. Se sienta al lado de mi madre y le pregunta cómo está.

¿Y cómo va a estar Encarna? Pues encantada. La tensión ya se ha normalizado, el peligro ha pasado y nos tiene a todos alrededor.

Miro el móvil en busca de un mensaje de Hugo. Nada. ¿Qué esperabas? Después de la forma en la que hemos terminado no va a volver a hablarme en la vida. Pues si se cree que yo voy a dar el primer paso, lo lleva claro. Busco el número de Laura para desahogarme y, afortunadamente, veo que está en línea.

Yo: ¿Qué haces, nena?

Laura: Perder el tiempo. ¿Y tú?

Yo: Estoy con mi madre en urgencias.

Laura: ¿Qué dices? ¿Es grave?

Yo: Nada del otro mundo, una subida de tensión.

Laura: Uf, menos mal. ¿Y Hugo? ¿Ya lo has visto?

Yo: Por eso te he escrito... la he cagado, pero bien... necesito un bote de helado de chocolate con sirope y brownies...

Laura: ¡Hostia! ¿Tan grave es?

Yo: Sí

Laura: Vente a casa, compra helado por el camino y me cuentas.

Yo: Ok.

Guardo el móvil y veo a mi madre mirándome como si formase parte del tribunal de la santa inquisición.

—¿Con quién hablas? ¿Es el muchacho ese del que me han hablado tus hermanas?

Suspiro y me acerco al borde de la camilla.

—Vamos a dejar el tema por hoy, ¿vale? Te lo contaré cuando tenga algo importante que contar, pero de momento déjame disfrutar de la vida un poquito. —Mi tono es muy suave y mi madre tampoco tiene ganas de discutir más conmigo.

—Yo solo quiero que estés segura de lo que haces y que no vuelvas a equivocarte otra vez. Quiero que seas feliz.

Lo sé, pero me equivocaré las veces que hagan falta, mamá. Estoy a punto de contestarle eso, pero en cambio me callo y le doy un beso en la mejilla. Tema cerrado.

—No te preocupes más, mamá.

El médico entra cuando estoy a punto de decirle que me voy a casa de Laura. Mira el tensiómetro, donde ha quedado grabado el último control de la presión arterial de mi madre.

—Bueno, señora Muñoz, no tiene de qué preocuparse. La tensión se ha normalizado y solo ha sido un pequeño susto. Por suerte, el electrocardiograma ha salido bien y eso quiere decir que su corazón está perfectamente. La enfermera le dará ahora los papeles y podrá irse a casa.

—¿Y me va a recetar algo para los nervios? —pregunta ella, que le gustan más las pastillas que a mí el chocolate.

—No hace falta. Esto ha sido puntual. Si vuelve a sentir mareos, dolor en el pecho o taquicardias, pásese por su médico de cabecera para que le haga una valoración respecto a un tratamiento. Pero, por el momento, yo no lo veo necesario. Con hacer dieta baja en sal y vida sana tiene el problema resuelto.

—Gracias, doctor.

La enfermera aparece minutos después con el informe para el médico de cabecera.

—Pues esto es todo, Encarna. Ya puede vestirse e irse a casa.

—Gracias, bonita —contesta mi madre mientras se sienta en la camilla y empieza a quitarse la bata.

Mi padre y Mayka aparecen cuando estamos a punto de salir.

—¿Por qué habéis tardado tanto? —exige mi madre.

Ya verás que no habremos puesto un pie en la calle y la tensión va a dispararse de nuevo.

—¡Pero si me has mandado a casa a por camisones y el neceser por si te quedabas ingresada! —se queja mi padre.

—¿En serio, mamá? —pregunto aguantándome la risa—. ¿Pensabas quedarte aquí?

—Quién sabe hija, tú no has visto lo malísima que me he puesto. ¿Y si hubiera tenido un infarto?

Sacudo la cabeza impotente. Como disfruta con el papel de víctima.

—Bueno, por suerte, todo ha quedado en un susto. Vámonos a casa y nada de peleas ¿estamos? —dice Julia cogiendo a mi madre del brazo y arrancando a andar.

—Yo me voy a casa de Laura. Paso a verte cuando vuelva —le digo antes de darle un beso en la mejilla.

La casa de mi compañera está muy cerca del hospital y ni siquiera tengo que coger el coche. Paso por un pequeño supermercado, a por nuestra dosis de chocolate, y en menos de media hora estoy tocando el timbre con la bolsa llena de provisiones.

—Entra —dice sin saludarme, abriendo la puerta de par en par.

—¿Pasa algo? ¿Molesto? —me da la impresión de que no le apetece nada escuchar mis penas ahora mismo.

Laura me mira y sacude la cabeza.

—Perdona, no es culpa tuya, es que acabo de discutir con Roberto, otra vez. Está insoportable.

—Ya sabes lo que opino al respecto —contesto sin más, mientras le paso la bolsa con los dos recipientes antidepresión.

No tengo intención de malgastar tiempo, ni helado de chocolate, en repetirle el mismo sermón.

—Lo sé, lo sé. No vamos a hablar de mí. Has venido para hablar de Hugo. ¿Qué ha pasado?

Me voy hacia la cocina, como si estuviera en mi propia casa, saco un par de cucharas y vuelvo al comedor. Laura ya está aposentada en el sofá. Ha

cogido uno de los helados y está chupando la tapa como si le fuera la vida en ello.

—¿Y la dieta? —le suelto sonriente a la vez que le alargo una cuchara.

—¡A la mierda la dieta! —concluye, metiéndose una generosa ración en la boca.

Me río con ella y empiezo a degustar mi porción del paraíso.

Ohh... Esto es lo mejor que hay... y no da disgustos ni quebraderos de cabeza. El chocolate es el amigo más fiel y placentero que existe. «Olvídate de los hombres, Sarita, que para tres cuartos de chorizo no hace falta cargar con todo el cerdo», le dice mi cabeza al corazón. Y, en estos momentos, la parte sensible no tiene más remedio que abdicar y darle la razón. ¿Para qué me como la cabeza como una idiota si lo único que tengo con Hugo es sexo?

Con cada nueva cucharada siento que me relajo y mi humor mejora de forma considerable. Después de ventilarnos casi medio bote cada una, llega el momento de las confesiones.

—Bueno, ¿vas a contarme ya lo que ha ocurrido o tendré que mandarte a por otro bote de helado?

—Lo que pasa es que soy tonta. Que después de lo de Pol no quiero que nadie vuelva a pisar mi vida, ni mi espacio personal, y Hugo parece empeñado en meterse en medio y revolverlo todo.

—Pero yo creía que lo vuestro solo era sexo y que ambos lo teníais claro.

Asiento, porque eso mismo pensaba yo. Aunque mi corazón no opina igual y ha desarrollado un lazo demasiado fuerte con Hugo que me oprime el pecho al imaginarme la vida sin él.

—Quería acompañarme a ver a mi madre al hospital.

—¿Qué dices? Si Encarna te ve con un novio nuevo, no sale viva de urgencias —confirma Laura.

—Eso mismo he pensado yo, y así se lo he intentado explicar a Hugo, pero el señorito se ha ofendido por no querer presentarlo a mi familia. En fin, creo que me he cargado lo que había entre nosotros.

Y cuando digo esto noto ese mismo dolor punzante en el pecho. ¿Qué demonios me ocurre? Tampoco llevábamos tanto tiempo viéndonos. Cuatro polvos bien hechos, un par de cenas y me siento como si estuviera a las puertas de un divorcio... Soy patética.

—No le des más vueltas. Ese tío no te conviene. Es un chulo playa que no ve más allá de su ombligo.

—Ya, pero es que me gusta... me gusta mucho. Y encima está lo de Josán, para terminar de empeorarlo todo.

—¿El qué? ¿Lo de la boda?

—Hoy he pasado la tarde con él —confieso.

—¿Pero no habías quedado con Hugo? Y luego soy yo la que juega a dos bandas —me acusa.

—¡Eh! Que yo solo me estoy tirando a Hugo, lo de Josán es meramente platónico. De ti no puede decirse lo mismo.

—Eres una cabrona. Pero tienes razón. En fin, sigamos hablando de ti. ¿Qué pasa con Josán?

Entonces paso a relatarle el encuentro casual que he tenido con él esa misma tarde, sus palabras, sus insinuaciones y el roce de esas manos despertando las mariposas que yacían dormidas desde que él se fue.

—¡Ay, no! Por ahí sí que no, Sara. Acuérdate del daño que te hizo y no creas que ha cambiado, ni muchísimo menos, las personas son como son, no cambian. Lo que ocurre es que Josán está a las puertas de su boda. Sencillamente, se siente confundido por el paso que va a dar y reencontrarse contigo le ha traído recuerdos agradables, pero no va a dejar a la argentina por ti. Así que no te metas ahí porque puedes salir escaldada.

—Tienes razón, debería estar escarmentada y no plantearme siquiera volver a pensar en Josán. Qué buenos consejos das cuando se trata de los demás ¿eh? —la pincho para desdramatizar un poco.

—Ojalá mis problemas fueran un amor platónico y un follamigo. Yo tengo un novio con celos enfermizos, con el que no sé si quiero casarme, y un amante despechado que encima es mi jefe.

Termino de chupetear la cuchara para mirar a Laura sorprendida. Nunca me había resumido su vida amorosa (ni la mía, dicho sea de paso) con semejante frialdad y exactitud. En una simple frase ha sacado todas sus miserias a la luz. A lo mejor aún podemos hacer algo con esa cabecita hueca.

—Si tienes un novio con celos enfermizos, déjalo. Eso no te va a llevar a buen puerto. Y si tu amante está despechado es porque no has escuchado a tu corazón, ni al suyo. Ni siquiera le has dejado hablar contigo después de todo lo que ha sucedido entre vosotros.

—No me puedo creer que ahora salgas en defensa de Marcos. ¡Si hasta hace dos días lo ponías a parir!

Es evidente que Laura tiene ganas de guerra. Y yo no puedo evitarlo, haga lo que haga hoy, acabo discutiendo con todo el que se me pone por delante.

—Una cosa es lo que opinaba de lo que tú me habías contado sobre lo vuestro y otra cosa, muy distinta, es la versión de Marcos sobre lo que pasó. No es que lo defienda, es que no has sido sincera conmigo y eso me jode mucho —le espeto sin filtros.

Su falta de sinceridad me ha carcomido desde que hablé con el Neuras y a pesar de que no quería decirle nada, al final se lo he soltado y de la peor manera.

—¿Marcos te ha contado lo nuestro? ¿Cuándo? —pregunta, más sorprendida que enfadada.

—La semana pasada.

—¿Y llevas toda la semana sin decirme nada? No me esperaba esto de ti —suelta ofendida.

—No soportaba verte sufrir tanto por él, así que decidí echarte un cable, a pesar de que tú no me lo habías pedido, y decirle cuatro cosas a la cara. — Sigue sin mirarme, aunque parece algo más dispuesta a escucharme—. Pero me quedé a cuadros cuando descubrí que Marcos está realmente enamorado de ti, y la verdad es que me contó vuestra historia desde una perspectiva muy diferente. Dice que ha estado llamándote y que tú lo evitas, que no quieres hablar con él, y no sabe qué hacer. —Laura me mira pasmada y decido continuar—. Creo que los dos os estáis comportando como unos críos. Si de verdad os habéis enamorado, no sé a qué demonios estáis jugando. Sobre todo tú, Laura, alargando esa farsa de relación que tienes con Roberto. Te estás haciendo daño tú, le estás haciendo daño a él y le estás haciendo daño a Marcos, y eso algún día te pasará factura, si no le pones remedio cuanto antes.

—Hago lo que puedo, ¿vale? No tengo valor para enfrentarme a él, y hasta que no tome una decisión con respecto a Roberto, no quiero hablar con Marcos.

Como mínimo ahora sí que está siendo sincera conmigo, de eso estoy segura.

—¿Y por qué no me contaste esa versión antes? ¿Qué ganabas dándole a Marcos el papel de malo en esta historia? Si de verdad me consideras tu amiga, esa no es la mejor manera de ganarte mi confianza.

—Estaba avergonzada, pero no puedes culparme, yo solo me guardé ciertos detalles de la historia, pero nunca he acusado a Marcos ni he hablado mal de él, eso lo has hecho tú todo el tiempo —me acusa y aunque no debería, me revuelvo de mala manera contra ella. No me pilla en mi mejor día para debatir.

—Tampoco me dijiste que me equivocaba cuando lo ponía a parir.

Laura me mira indignada y sé que esto va a acabar muy mal.

—Con razón ningún tío te soporta. Eres una quisquillosa engreída — sentencia.

—Y tú un putón verbenero —y me arrepiento de haberlo dicho en el mismo instante en que lo he pronunciado.

Pero ya no tiene sentido decir nada más. La he cagado y Laura no tiene el horno para bollos. Se levanta y, sin mediar palabra, me abre la puerta. Fin de la partida. Me levanto, cojo mi bolso y me voy. Menudo cierre de fiesta para el día de hoy.

Haciendo un resumen rápido: he perdido al mejor amante que he tenido hasta la fecha y aún no sé muy bien por qué, mi amor platónico ha vuelto a tomarme el pelo antes de salir corriendo tras las faldas de su chica, y me he quedado sin amiga y sin hermanas porque no tengo filtro a la hora de hablar y he acabado con ellas como el rosario de la aurora.

CAMPEÓN DE NATACIÓN, IDIOTIZADA

—Disculpa, si no vas a usarla, ¿podrías bajarte de la bici?

Miro a la chica de cola perfecta y culo prieto que tengo enfrente y caigo en la cuenta de que llevo un rato leyendo sin pedalear.

—Perdona, toda tuya —contesto, y me bajo de la bicicleta estática para acabar sentada en un banco de abdominales, como si tuviera la intención de usarlo.

Nunca tengo ganas de hacer deporte. Aunque eso no es nuevo en mí. Creo que ya os he comentado algo sobre mi alergia a dicha actividad. Pero, aun y así, hoy he venido al gimnasio (pago la cuota religiosamente, por si un día como hoy me despierto iluminada y decido hacer uso de la inversión), pero ni con la equipación oficial del anuncio de Nike soy capaz de durar más de 20 minutos haciendo algo de ejercicio. A lo mejor, es que en otra vida era un perezoso y en mi reencarnación a persona han quedado vestigios de su naturaleza, vete tú a saber.

Dudo mucho que la chavala que ha reclamado la bici, y está pedaleando como si un asesino en serie la persiguiera, tenga el mismo problema de vagancia crónica que tengo yo.

Me flexiono un par de veces, para que parezca que quiero hacer abdominales en serio y vuelvo a leer.

¿Por qué la lectura no quema tantas calorías como cualquier deporte aeróbico? Con la de glucosa que consumen las neuronas para funcionar, las mías podrían darse un festín si recurrieran a los almacenes que tengo instalados a buen recaudo en mis cartucheras.

Después de casi quince abdominales, que me han hecho sudar y jadear como si de quinientos se trataran, decido largarme a la piscina.

Oh sí, esto sí que es sano. En el agua, flotando, liviana y sin una gota de sudor. Me pongo a nadar dispuesta a cubrir los veinticinco metros de ancho que hace la piscina (los cincuenta de largo no soy capaz de nadarlos ni con un flotador). Brazada derecha, brazada izquierda, saco la cabeza, respiro y repito el ciclo, constantemente. Cuando estoy a punto de llegar, unos diez o quince metros antes, decido cambiar y nadar de espaldas,

impulsándome solo por el chapoteo de mis piernas, con los ojos cerrados y los brazos desplegándose lentamente hacia atrás, primero uno, luego el otro... Si no fuese porque corro el riesgo de ahogarme, me dormiría aquí mismo. Esto es tan relajante... Después de la semana que llevo, con mis hermanas a la defensiva, Laura que ni me habla, Hugo desaparecido y mi jefe como único amigo (eso es lo más triste de todo), por fin parece que logro algo de calma, metida en el agua cual sirena y... ¡Zas!

El agua hace que me ardan los pulmones dentro del pecho, no puedo respirar y boqueo como un pez. Agito los brazos como una posesa intentando aferrarme a la línea de corchos que separa los carriles de la piscina. Por fin logro asirme a uno. Empiezo a toser y, a pesar de tener la cabeza fuera, no puedo respirar. El agua me sale en igual cantidad por la boca que por la nariz. Me quema la garganta y tengo las gafas empañadas por las lágrimas. Cuando se calma un poco mi expectoración, me quito las gafas de un manotazo para fijarme en el idiota que se ha metido a compartir carril conmigo, y que casi me ahoga. A lo lejos veo una cabeza que aparece y desaparece debajo del agua mientras avanza inmutable hacia su objetivo, el borde de la piscina.

Miro a mi alrededor y parece que a nadie más le preocupa mi posible muerte por ahogamiento y/o asfixia. Ni siquiera el socorrista está por la labor de mirarme. Pues nada, tendré que ajustar cuentas yo sola con el animal que me ha arrollado sin miramientos.

La venganza es un plato que se sirve frío y así estoy yo, esperando con frialdad a que mi víctima siga avanzando. Ha dado la vuelta y parece dispuesto, o dispuesta, a hacer los 100 metros estilo mariposa. ¡Pues se va a cagar!

Está cerca, cada vez más cerca... ya veo sus brazos entrando y saliendo del agua cual alas desplegadas, y decido que es el momento de resarcirme. Me quedo estática, agarrada a la línea de salvación, tranquila, pero sin perder de vista su avance y preparada para entrar en acción. Es un hombre, veo sus hombros fornidos acompasando los movimientos de sus brazos como un experto nadador. Está a punto de llegar a mi lado, casi me va a rozar, cuando decido desplegar los brazos del mismo modo que él y ambos acabamos enredados en el agua. Solo que yo me lo esperaba y me agarro a los corchos con rapidez, y él da una voltereta y traga su dosis de venganza

antes de agarrarse a la misma línea donde estoy yo, disfrutando del espectáculo.

—¿Pero tú estás loca o...? ¿Sara?

Su cara ha pasado del rojo al blanco más rápido que un Ferrari de cero a cien. Loca no, muerta es como me he quedado al ver de quién se trata.

—¿Hugo? Pero... pero ¿qué demonios haces tú en mi piscina?

—¿Tu piscina? Pues poco la debes usar con lo mal que nadas —contesta iracundo.

—Has estado a punto de ahogarme cuando has pasado por mi lado, pedazo de imbécil, ¡y ni siquiera te has dado cuenta! —le suelto enervada.

Suelta un bufido y me deja atrás mientras reemprende sus brazadas para alejarse de mi lado.

Me quedo mirándolo como una boba. No sé si en mi vida anterior era un perezoso o el puñetero Hitler, porque no dejan de pasarme desgracias. Debo tener el karma más negro que el carbón.

Me pongo a nadar en el sentido contrario a él. Llego al borde de la piscina, más rápido de lo que me esperaba, y salgo de ella como si estuviera llena de pirañas. Toda mi relajación se ha ido al carajo. Me dirijo idiotizada a los vestuarios, sin tan siquiera girarme a ver qué hace el campeón en natación.

El aparcamiento se ha vaciado bastante, son casi las diez de la noche y somos pocos los que no tenemos nada mejor que hacer que venir al gimnasio. En cambio, el restaurante que hay al otro lado de la calle parece regalar la comida por la cola que hay en la puerta. Eso me recuerda que mi vida social es un asco y que necesito hacer las paces de una vez con mis hermanas y con Laura. No puede ser que un sábado por la noche mi único plan sea este.

Saco el móvil, decidida a cambiar esta penosa situación y a comportarme como una adulta de una vez por todas. Me siento fatal con Laura y ya va siendo hora de que tome cartas en el asunto.

—Hola —contesta secamente al descolgar.

—Hola, Laura, ¿cómo estás?

—Exactamente igual que durante toda esta semana en la que me has ignorado como a la peste.

—Lo sé, y lo siento, por eso te llamo. Si no tienes un plan mejor me gustaría invitarte a cenar y hablar contigo. Di que sí, por favor, Laurita. Te echo de menos, sé que he sido una bruja insensible, pero puedo enmendarlo.

Me muerdo el labio mientras al otro lado de la línea la respuesta se hace de rogar.

—Está bien, ¿dónde quedamos?

Me pongo a dar botes por el aparcamiento con el puño en alto. Por fin se arregla uno de mis problemas. Al final hasta puede ser que acabe bien el día y todo.

—Te recojo en tu casa en un cuarto de hora, ¿vale?

—Vale. Sé puntual —se despide y cuelga.

Menudo peso me he quitado de encima. Por fin he recuperado a mi amiga, después de una semana en la que ambas nos hemos comportado como unas imbéciles de cuidado. No nos hemos vuelto a dirigir la palabra desde nuestra pelea. Ni siquiera un hola y adiós. En el trabajo hemos sido dos completas desconocidas. Laura a lo suyo en el despacho y yo perdida en las plantas del hospital durante toda la jornada, con tal de no coincidir con ella. Lo que os decía, unas tontas de remate. Pero eso va a cambiar hoy mismo. Nunca más voy a permitir que por culpa de un hombre (sea el que sea) Laura y yo nos peleemos de nuevo. Pienso hacer todo lo que esté en mi mano por recuperar a mi amiga, aunque eso incluya invitarla a su restaurante favorito y dejarme el presupuesto que tenía para gasolina este mes.

—Te invito a cenar.

Doy un salto y le pego un codazo en el estómago. ¿A quién se le ocurre susurrarme en la oreja en plena noche?

Hugo se encorva por el dolor.

—Lo siento, ¿estás bien?

—Por lo visto te has propuesto matarme de un modo u otro —bromea protegiéndose de mí con los brazos.

—La culpa es tuya, por no mirar por dónde vas en la piscina y por asustarme de este modo —replico a la defensiva.

Toda la pena que he sentido al verlo dolorido se ha esfumado en cuanto ha abierto su boca.

—¿Solo por eso? —inquieta sabiendo que mi rabia hacia él tiene otros motivos.

Me siento eufórica por la casi reconciliación con Laura y eso me da ánimos para enfrentarme a él. Decido que ya va siendo hora de poner las cartas sobre la mesa con Hugo. De perdida al río, ¿no?

—Pues no, solo por eso no. Eres un egoísta que solo ve su propio ombligo. No sabes nada de mi vida y te atreves a juzgarme cada vez que no hago las cosas a tu manera. Me revienta que me trates como a una niña y que luego ni siquiera me des el beneficio de la duda. Reconozco que en nuestra última conversación quizá me pasé un poco, pero tu actitud no ayuda. Desapareces durante una semana sin contestar a ninguno de mis mensajes y ahora reapareces metido en el papel de chulo de piscina. —Me mantiene la mirada mientras se enciende un cigarro—. ¿Desde cuándo fumas?

—Lo había dejado, pero esta semana ha sido difícil sin ti —asegura y me descoloca por completo.

—¿No me digas? Pues disimulas muy bien —ironizo, como siempre que me pongo nerviosa.

Da una calada y después de soltar el humo lentamente, alza la vista clavando de nuevo sus ojos en los míos.

—Tienes razón, lo siento. Me he comportado como un auténtico gilipollas. No tengo ningún derecho a juzgarte, como bien dices. Y, a pesar de que un noventa por ciento de ti me saca de mis casillas, hay un diez por ciento que me vuelve loco, y si te digo la verdad, no quiero renunciar a ese pequeño porcentaje.

Alarga la mano, me acaricia la mejilla y... me fundo, lo siento en el alma, pero me fundo como la cera bajo la mecha que la ilumina. Ya sé que tendría que ser más fuerte y mandarlo a la mierda. Hacer que se arrastre un poco más para conseguir mi perdón, pero no puedo. Yo también quiero ese pequeño porcentaje que me vuelve igual de loca. Y, antes de darme cuenta, estamos abrazados, besándonos, devolviéndonos a la vida en la puerta del mismo gimnasio en el que hemos estado a punto de matarnos mutuamente.

—¿Aceptas mi invitación? —dice cuando se separan nuestros labios.

—¿Qué invitación? —En estos momentos no soy capaz de recordar ni mi nombre.

—Para cenar —contesta, señalando el restaurante con una inclinación de barbilla.

¡Laura! Ya me había olvidado de mi cita con ella.

—Lo siento, pero no puedo. He quedado con Laura —suena a excusa, pero vosotros sabéis que es verdad, y espero que Hugo también—.

¿Mañana? —tanteo para ver si su propuesta sigue en pie con carácter retroactivo.

—Perfecto. ¿A las ocho en tu casa te parece bien?

—A las ocho en la tuya me parece aún mejor —contesto.

Hugo sonríe y acepta mi propuesta.

—Me tengo que ir ya. Laura estará esperándome echa una furia por llegar tarde.

—Vale. Hasta mañana, preciosa.

Y me vuelve a besar en la boca, y me deja con unas ganas tremendas de mandar a tomar viento a mi amiga y tirármelo aquí mismo.

Laura tiene unos morros que llegan al suelo. He llegado diez minutos tarde por el despiste con Hugo y ahora tengo que empezar de cero con nuestra reconciliación. Si no fuera porque conozco a sus padres, diría que mi amiga tiene sangre suiza en las venas y de ahí esa obsesión enfermiza con la puntualidad.

El restaurante está relativamente cerca y en poco más de veinte minutos estamos sentadas en una mesa al lado de la ventana. No hemos abierto la boca en todo el camino. Bueno, mejor dicho, Laura no ha abierto la boca, yo le he pedido perdón por el retraso como cinco veces y al ver que no me contestaba he decidido callarme.

—¿Empiezo yo? —pregunto, sin esperar respuesta—. Laura, siento un montón haberte llamado putón verbenero. No tenía ningún derecho a insultarte. Solo quiero que sepas que reaccioné así porque estaba dolida por tu falta de confianza en mí. Sabes que estoy de tu lado, que hagas lo que hagas seguirás siendo mi amiga, pero que Marcos fuera más sincero al hablarme de vuestra relación que tú, eso me jodió. Y siento también no haberte dicho que había hablado con él. Me lo tragué inútilmente para hacerlo salir en el peor momento.

Veo cómo se relaja, parece que ha bajado la barrera y empieza a estar más receptiva al camino de la reconciliación.

—No quiero pasar otra semana como esta. Eres mi mejor amiga y no puedo seguir con este estúpido cabreo —concluyo, para rematar la faena y ver que Laura cede finalmente y me sonríe.

—Tienes razón, yo tampoco quiero seguir enfadada. Esta semana lo he pasado fatal y encima no te tenía a ti para desahogarme. No vuelvas a hacerme esto, ¿vale?

—Vale.

Me levanto de la silla y casi me tumbo sobre la mesa para darle un fuerte abrazo. Me alegro de corazón de que hayamos limado nuestras asperezas, no podría pasar un día más sin ella.

—Te he echado de menos, pendoncillo —le aseguro, más sentimental que de costumbre.

—¿Lo de no insultarme iba en serio? —bromea.

—Si insultas con diminutivos no cuenta, es una muestra de cariño. Está demostrado por la universidad de la vida.

Rompe a reír y nos sentamos de nuevo, más felices que unas niñas con zapatos nuevos.

—Yo también te he echado de menos —contesta con un ápice de tristeza.

Se siente culpable, la conozco tan bien que sé que este cambio de humor se debe a su sentimiento de culpa hacia mí.

—¿Por qué no fuiste sincera conmigo, Laura?

—Porque tenía miedo —confiesa dejándome a cuadros.

—¿Miedo? ¿De qué?

—Pues yo que sé. Miedo de lo que ibas a pensar de mí. Miedo de no ser la mujer perfecta. Miedo por estar enamorándome sin querer hacerlo. Yo que sé Sara, sencillamente no he sabido afrontar las cosas como debería haberlo hecho. —Empieza a jugar con el pan que acaban de traernos, arrancando miguitas que luego deja en el plato sin llegar a comérselas—. La relación con Roberto se estaba desgastando y pensaba que casándonos reavivaría la chispa. Pero, en vez de eso, todo empezó a empeorar. Los nervios, los preparativos, la presión por parte de las familias para que todo fuera perfecto... En definitiva, la situación me superó y Marcos estuvo ahí en el momento oportuno y en el lugar indicado. El problema llegó cuando él supo llenar el vacío que Roberto estaba dejando en mi corazón... El resto ya lo sabes.

La miro con los ojos como platos. ¿Solo ha pasado una semana desde nuestra pelea? ¿De verdad? Porque Laura parece haber madurado unos diez años desde nuestra última conversación.

—No te culpes, todos cometemos errores. Y aunque enamorarte de Marcos no es un error, hacer planes con Roberto cuando ya no sentías lo mismo por él, sí que lo es. Pero estás a tiempo de enmendarlo. Aún no has dicho el «sí quiero» definitivo.

—Ya, de eso es de lo que quería hablarte. Hace cinco días que Roberto y yo hemos roto.

¡Bummm! Como una bomba caída sobre mi cabeza, la noticia me deja K.O.

Después de superar los segundos posteriores al impacto, consigo articular una pregunta.

—¿Le has contado la verdad sobre Marcos?

—No, solo le he dicho que ya no sé lo que siento por él y que no podemos casarnos, que sería un gran error. Después de eso, como puedes imaginar, Roberto ha cogido la puerta y se ha largado diciéndome que no quiere saber nada más de mí.

Veo sus ojos, vidriosos por las lágrimas contenidas, y me doy cuenta de que la semana de Laura ha sido bastante peor que la mía.

—Has hecho bien, tampoco hacía falta hacer leña del árbol caído.

—Ya... pero se ha ido hecho polvo. Soy una mala persona, no tenía derecho a hacerle tanto daño.

Se muerde el labio para evitar que le siga temblando.

No me gustaría estar en su lugar. Os puedo asegurar que, aunque me quejo constantemente de mi vida, en estos momentos me siento tremendamente afortunada porque mis desgracias no sean las de Laura.

—Una mala persona habría seguido adelante con los planes de boda. Tú has sido valiente, Laura. Y, aunque Roberto ahora no puede verlo, con el tiempo, cuando encuentre una persona que de verdad le quiera, sabrá apreciar lo que has hecho.

—No sé... En fin, no podía seguir con esto, estaba a punto de tirarme por el balcón. Al menos estos días he sido capaz de dormir tranquila porque sé que no estoy engañando a nadie.

—Y tus padres, ¿cómo se lo han tomado?

—¡Uf! Fatal. Mi madre está llorando más que nunca y a mi padre le ha faltado un pelo para desheredarme. Para que te hagas una idea de cómo tengo el panorama en casa.

—Joder, Laura, ¿y por qué no me has llamado para desahogarte?

—Pero si ni siquiera me mirabas a la cara por las mañanas y luego te ibas más tarde para no coincidir conmigo.

Enrojezco avergonzada. Es cierto, así de infantil e idiota he sido durante esta semana.

—¿Cómo sabes que me iba más tarde?

—Me lo dijo Piluca, la pobre se ha tenido que tragar algún que otro drama mío estos días —confiesa con media sonrisa.

—No quiero ni pensar en los consejos que te habrá dado —contesto riéndome al imaginarla diciendo que lo que necesita es disfrutar de la vida y tirarse a cuantos más tíos mejor—. Siento mucho no haber estado a tu lado, he sido la persona más egoísta, rastrera y mala amiga del mundo.

—Bueno, tampoco hace falta exagerar. Te conozco y no es la primera bronca que tenemos, pero esta ha durado más de lo habitual. ¿Tiene algo que ver Hugo? ¿Has estado tan ocupada con él que te has olvidado de mí? —indaga curiosa.

—Ay, Hugo... —suspiro haciendo ademán de abanicarme con la mano.

—Entonces, ¿acierto? ¿Volvéis a estar enrollados?

—Sí, pero desde hoy. Llevaba toda la semana sin verlo y sin tener noticias tuyas. Me ha evitado en el trabajo y ha pasado de mis mensajes como de la mierda. Pero hoy me lo he encontrado en el gimnasio.

Laura me mira con cara de espanto.

—Espera, espera, ¿en el gimnasio?! ¿Tú en el gimnasio?! A punto habrás estado de morir por culpa de un *shock* anafiláctico —dice, burlándose de mí y de la alergia al deporte que padezco.

—Para que veas, que yo también he sufrido lo mío. —Hago un puchero y Laura se descojona en mi cara.

—Eres una arpía insensible. Reírte así de las desgracias ajenas —bromeo, y entre platos de pasta y palitos de queso, paso a relatarle detalladamente todas y cada una de las palabras, situaciones y hasta sensaciones, que he compartido con Hugo esta noche.

Para cuando concluyo mi exposición de los hechos, cual investigadora del CSI, hemos terminado de cenar.

—¡Guau! Este tío es raro de cojones —asegura dejándome patidifusa.

—¿Por qué lo dices? —salto a la defensiva. A mi Hugo no lo critica nadie, más que yo.

—A ver, lleváis ¿cuánto? ¿Dos o tres semanas enrollándoos, esporádicamente? Y por una chorrada de discusión, que parecía más propia de un novio que de un rollete, se ha pasado una semana ignorándote y, hoy, como por arte de magia, casi acabáis echando un polvo en el capó del coche. Si eso no es ser raro ya me dirás tú qué es.

—Eso es ser un cachondo chapado a la antigua. Estoy segura de que algún día pedirá mi mano en matrimonio a mi padre, como un caballero —confirmo, haciendo que Laura vuelva a reírse.

Al menos mi vida le está sirviendo como risoterapia. Los ojos le han vuelto a brillar, pero las culpables de esa luz ya no son las lágrimas de tristeza, sino de alegría.

—Sí, claro, un caballero al que te estás tirando como si fuera un gigoló.

Y la dos nos volvemos a reír, más por el exceso de vino espumoso que por la gracia de nuestros comentarios. Es lo que tiene el alcohol en su justa medida, que te suelta la lengua y te relaja los músculos. Y hablando de músculos, o voy al lavabo ya o me meo patas abajo.

—Ahora vuelvo, voy a empolvarme la nariz —suelto y Laura se tira hacia atrás en la silla, con los brazos en la barriga y sin poder contener la risa.

Me alejo de nuestra mesa oyendo de fondo sus carcajadas. Quizá hemos tomado algo más que «la justa medida de alcohol» porque parecemos dos locas borrachas. Llego al baño a trompicones, con la sonrisa aún en los labios. Cuánto tiempo hacía que no me lo pasaba así de bien con Laura.

Cuando me siento en la taza del váter, para vaciar todo el líquido que he metido en el cuerpo, me suena el teléfono. Un mensaje. Meto la mano en el bolsillo trasero del pantalón y lo cojo. Estoy a punto de mirarlo cuando se resbala de mis manos de borracha y cae directo en el inodoro.

¡Mierda! Lo rescato rápidamente de mis fluidos corporales. Tiro de la cadena y con una mano me subo los tejanos, mientras con la otra aguanto el móvil y abro la puerta, directa al lavamanos. Paso el teléfono por debajo del grifo (no pensaríais que iba a secarlo sin más, habiendo nadado segundos antes en el fondo del retrete, ni que me molase la orinoterapia. Puaj, ¡qué asco!). Por suerte, es de esos teléfonos que puedes mojar y salen ilesos de la hazaña. Lo seco rápidamente con papel de manos y con el máximo cuidado lo enciendo para leer el mensaje.

Hugo: Si has acabado de cenar ven a mi casa, estoy esperándote...

Segundo mensaje.

Hugo: ... con el postre preparado...

¡Joder! Lo siento por Laura, pero acabo de dar por finalizada nuestra velada para volar a casa de Hugo y aceptar su oferta. (No os hagáis las ofendidas por abandonar a mi amiga en pos de un tío bueno que me espera con el postre entre sus piernas. Vosotras también lo haríais, guarronas.)

Una hora más tarde estamos sentados en el sofá, comiendo helado. Como habréis imaginado, el helado no era lo que Hugo tenía preparado para mí. La pared de la entrada ha sido testigo de uno de los episodios más ardientes de su existencia. Imagino que la pobre no está acostumbrada a que la utilicen para tales menesteres. Nada más entrar, después de cerrar la puerta a mi espalda, Hugo me ha arrinconado contra ella y de ahí no me he despegado hasta que ambos hemos alcanzado el nirvana orgásmico. Como diría Julia: un polvo rápido pero convincente. Oigo su voz preguntándome algo y dejo de rememorar el sórdido episodio que acabo de experimentar (y que, dicho sea de paso, aún no puedo creer que yo haya protagonizado).

—¿Cómo va tu libro?

—En obras —contesto, sin ahondar en detalles.

—¿En obras? ¿Eso quiere decir que alguna editorial va a publicártelo?

—pregunta tan ilusionado como si fuera suyo.

Y es algo sorprendente, porque la mayoría de gente me mira como si hablase en chino cuando saco este tema, pero Hugo parece que sabe lo que siento.

—Qué va. Ojalá. Es que estoy planteándome la autopublicación, pero necesito realizar cambios, maquetarlo, una portada... Total que es como si estuviera en obras, sin terminar —contesto abreviando todo lo que puedo.

En el fondo reconozco que me da una vergüenza tremenda hablar de mi faceta de escritora con él. Es mi sueño más íntimo y personal y cada palabra que le cuento es como si le regalase un pedacito de mi alma.

—Entonces has seguido mi consejo y vas a coger al toro por los cuernos.

—Sí, he decidido que voy a coger las riendas de mi vida, en vez de esperar a que otros decidan por mí.

Alza una ceja, incrédulo.

—En serio. A partir de ahora nada ni nadie se interpone entre yo y mis decisiones —intento convencerlo de la certeza de esas palabras. Que no sé

si son tan ciertas como quiero demostrar, pero la intención la tengo, y eso ya es algo, ¿no?

—Me encanta oír eso —asegura—. Y ese cambio repentino de actitud ¿incluye que pueda hacerte visitas nocturnas en tu casa? —añade suspicaz.

Me muerdo el labio sabiendo que la respuesta no le va a gustar.

—No. Para tanto no da el cambio.

—Lo sospechaba —concluye con media sonrisa.

Me tiene calada este hombre. Con tan poco tiempo que llevamos... ¿juntos? (no quiero ponerle etiqueta a lo que hay entre nosotros, aún no) y que bien me conoce.

Decido pasar al ataque, para dejar de ser el centro de la conversación. Relamo una cucharada de helado antes de lanzarme en mi investigación particular.

—Sabes demasiadas cosas de mí y yo muy pocas de ti. ¿Cómo es tu familia adoptiva? ¿Tienes hermanastros? ¿Hermanastras? ¿Hijos ilegítimos sin reconocer?

Se atraganta con la cuchara que tiene en la boca al oír mi última pregunta.

—De verdad que imaginación no te falta, ni para escribir ni para preguntar.

Me río con ganas, porque curiosamente es lo mismo que dice mi madre. Quién lo iba a decir. Me encojo de hombros sin añadir nada más, a la espera de que suelte prenda.

—La última familia que me acogió no tenía hijos. Mi padre adoptivo murió al poco de llegar yo a esa casa. Cuando me independicé mi madre adoptiva se fue a vivir con su hermana a la montaña. Y, que yo sepa, no he dejado descendencia desperdigada por ahí. Siempre he sido muy cuidadoso con mi posible estirpe.

—Bueno es saberlo —contesto con burla—. Y a Marcos, ¿de qué lo conoces?

—Es amigo de un colega mío.

—Mentira. Marcos no se llevaría de fiesta a alguien con quién no tenga confianza, ni le contaría cosas de sus trabajadoras.

—Veo que lo conoces bien.

—Bastante. ¿Y tú?

Suspira derrotado. Sabe que no voy a parar de incordiarlo con el tema hasta que satisfaga mi curiosidad.

—Está bien. Marcos era mi cuñado.

—¿Qué? ¿Cuñado? Vale, esto ha superado mi imaginación. Ahora vas a tener que contármelo todo sí o sí.

—Si no tengo más remedio... —Lo miro fijamente, con desmesurado interés—. Estuve casado durante cinco años con la hermana de Marcos.

Mi cerebro se bloquea, necesita más azúcar y mi mano, obediente, mete otra cucharada de helado en la boca. Hugo no dice nada más y yo estoy a punto de reventar de la incertidumbre. Quiero conocer la historia, quiero detalles.

—Y ahora estás...

—Divorciado.

¿Y ya está? Joder a este hombre hay que sacarle la información con sacacorchos.

—¿Desde cuándo?

—Desde que fui a Madrid a firmar los papeles, la otra semana.

—¿Solo llevas separado dos semanas? —Estoy a punto de que los ojos se me salgan de las cuencas y caigan rodando por el suelo.

—Qué va. Llevamos separados casi un año, pero no nos poníamos de acuerdo con las cláusulas del divorcio y el papeleo se ha alargado hasta ahora.

Suspiro, aliviada. No soy el clavo que saca otro clavo para Hugo.

—¿Y qué pasó?

—No me apetece hablar más del tema, si no te importa.

Hugo me mira fijamente y su mirada se ensombrece. No lo ha superado, después de un año y le sigue doliendo la separación. El silencio solo consigue alimentar mi desatada imaginación. ¿Le dejo ella? ¿Había otro? ¿Por qué no me lo quiere contar? ¿Acaso aún la quiere? Y eso me deja a mí... ¿dónde? Entonces, ¿sí que soy el clavo que saca otro clavo?

Nos quedamos callados y cada uno se pierde en sus cavilaciones. No tengo derecho a enfadarme porque él no quiera hablar del tema. Ni a tener celos de alguien que ya no está en su vida. Pero me ha quedado un regusto extraño. Me siento como «la otra» y eso no me gusta.

—Estás muy callada —dice arrancándome de mis negros pensamientos—. ¿Te molesta que esté divorciado? ¿Pensabas que era virgen cuando te conocí y te has decepcionado al saber la verdad?

Qué razón tiene. Parezco idiota y además no tengo ningún derecho a reprocharle nada. Todos tenemos un pasado y lo que importa es el presente. Le sonrío y señalo el bote de helado.

—¿Quieres más?

—Depende dónde te lo ponga —contesta con malicia, devorándome con la mirada mientras coge una cucharada y deja resbalar el dulce mejunje por mi escote.

Se inclina, dispuesto a dar rienda suelta a nuestros deseos, cuando el móvil empieza a berrear como poseído por Satanás.

—Pasa del teléfono —me susurra mientras lame el helado de mi piel.

¡Por Dios y todos los santos! Si me lo pide así soy capaz de darle hasta mi alma. El móvil se calla, pero solo un instante, porque en el tiempo que dura un suspiro, la melodía vuelve a incordiarlos.

—Espera. —Me levanto del sofá, dispuesta a apagar el aparato del demonio, para seguir disfrutando de la reconciliación con Hugo como es debido.

Saco el teléfono del bolso y veo dos llamas perdidas de Josán. No puede ser, es ver su número en la pantalla y empiezo a sentirme sucia, mal, como si le estuviera traicionando, o algo así, por estar a punto de montármelo con Hugo mientras él me está llamando. «Déjalo ya, Sara, pasa de Josán y pon el puñetero teléfono en silencio», le grita mi cabeza al corazón, pero el jodido móvil vuelve a insistir y mi cerebro abandona la lucha porque sabe que no tiene nada que hacer.

—Perdona, tengo que contestar —le digo a Hugo, y sin esperar respuesta entro en el lavabo y entorno la puerta a mi espalda.

—Hola.

—Gracias a Dios, Sara. ¿Te pillo en un mal momento?

¿Y tú qué crees? Si no te he cogido el móvil a la primera será por algo, ¿no? Ni que viviera pendiente de ti, engreído de mierda.

Todo eso es lo que le digo a Josán, en una conversación paralela que mi cabeza mantiene con él.

—No —y esa es la respuesta real que le doy, mientras mi sentido común se da cabezazos contra la pared.

—¿Podemos vernos?

Y ahora, ¿qué hago? Se merece que pase de él y vuelva con Hugo para seguir con lo que teníamos entre manos. Pero, para ser sincera, ya no tengo

ganas.

—Por favor, Sara, si no fuera importante no te habría molestado. Te necesito, de verdad. Solo tú puedes ayudarme. Por favor.

Vale, ya lo ha conseguido, Josán se coloca en el número uno en mi lista de prioridades con esas palabras y ya no tengo voluntad para negarle nada.

—Está bien.

—Gracias, mil gracias. ¿Paso por tu casa en media hora?

—Vale.

Y cuelgo. Me apoyo contra la pared para tomar aire. Josán me necesita. Y Hugo está aquí, esperando. A ver cómo le explico que me largo a ver a un amigo en apuros del que llevo media vida enamorada. ¿Eso mismo le sucede a él con el tema de su ex? Bueno tampoco somos novios ni nada de eso como para tener que darle explicaciones, y él no me las ha dado a mí, ¿no? O al menos de eso quiero convencerme a mí misma. Tomo aire y abro la puerta con decisión.

—Lo siento Hugo, pero me tengo que ir.

—¿Tu madre otra vez? —inquire, sinceramente preocupado.

—Sí —miento, y la bilis sube a mi garganta por ser tan rastrera.

Cojo una servilleta y me limpio el helado que aún llevo encima. No soy capaz de mantenerle la mirada y noto que tengo las mejillas a punto de explotar. Pero ¿qué iba a hacer? Él me ha puesto a tiro la excusa para largarme sin dar más explicaciones.

Me acerco y él se levanta. De pronto tengo frío. Un muro invisible y gélido se ha colado entre ambos, porque soy consciente de mi engaño, aunque él no parece notarlo.

—No quieres que te acompañe, ¿verdad?

Asiento con la cabeza, porque no tengo corazón para seguir con esta chapuza de mentira, y si abro la boca sé que voy a cagarla, así que mejor me callo.

—Como quieras —concluye, antes de besarme con ternura en los labios.

Me aparto de él sin alargar demasiado ese sutil roce de nuestras bocas. Me duelen sus besos por culpa de mi cobardía.

—Te llamo mañana, ¿vale? —le digo, apoyada en la puerta, con el pomo entre los dedos sudorosos.

—Vale —contesta sin demasiado convencimiento. Creo que Hugo empieza a notarme rara. Tengo que irme ya.

Cierro la puerta y noto algo en la garganta que me impide tragar. ¿Por qué me siento tan mal? ¿Por haberle mentido o porque creo que sospecha que le he mentido? Joder, ya sabía yo que esta relación solo iba a complicarme la vida. O, ¿en realidad la complicada soy yo?

Salgo del edificio y cada vez me cuesta más contener las ganas de volver con él y mandar a tomar viento a Josán. Pero me falta valor, tanto para rendirme a lo que siento por Hugo, como para cerrar definitivamente la historia de Josán. Así que, sin darle más vueltas al asunto, me monto en el coche y pongo rumbo a casa, pidiéndole al cielo que Josán no llegue antes que yo.

—¿Estas son horas de volver? —Mi madre asoma por el quicio de su puerta cuando oye que abro la mía.

—¡Joder, mamá! Qué susto. ¿Qué haces despierta aún?

—Pues ¿qué voy a hacer? Esperarte. ¿Tú te piensas que yo puedo dormir a pierna suelta como hace tu padre sin saber dónde estás?

La veo abrir la puerta y cerrarse la bata con firmeza, señales inequívocas de que espera mantener una conversación más larga sobre el tema. Pero Josán está a punto de aparecer, y lo último que necesito es que mi madre lo pille aquí.

—Vete a la cama, mamá, que vas a coger frío. Mañana hablamos — contesto conciliadora, mientras me acerco para darle un beso en la mejilla.

—Sí, tienes razón, que esta humedad se me mete en los huesos y con lo mal que estoy de las rodillas mañana no podré moverme.

Le digo adiós con la mano y cierro la puerta sin darle opción a seguir con la conversación. Me quedo apoyada contra la madera, con los ojos cerrados y el regusto amargo en la boca. Aún no sé cómo ha quedado el tema con Hugo y eso me está carcomiendo las entrañas. Maldigo una y mil veces la decisión que he tomado. Si pudiera volver atrás, pasaría de Josán y me quedaría con él. De hecho, puedo volver atrás. Me giro con la intención de salir de casa, para volver con Hugo, cuando un par de golpes en la puerta hacen que me sobresalte. Abro mosqueada dispuesta a echar a mi madre.

—Hola.

Es Josán. Ha llegado antes de lo que esperaba. Lo agarro del brazo y le hago pasar, mirando por encima de su hombro para asegurarme de que Encarna no lo ha visto.

—¿Tu madre aún controla tus visitas? —comenta burlón cuando cierro la puerta.

—¿Para eso has venido? ¿Para burlarte de mi relación madre-hija? —le espeto con acidez.

—Perdona, solo bromeaba —dice arrepentido, acompañando su disculpa con esa cara de perro abandonado que me desmonta el alma.

—Ya, lo sé. En fin, ¿cuál es ese problema que nadie más en este mundo puede ayudarte a resolver?

Josán entra y se sienta en el sofá, mete las manos entre las rodillas y deja los hombros caídos. Vaya, la cosa es grave.

—No me quiero casar.

¡Hala! Y me lo suelta así, como quien dice que han subido el precio del pan. ¿Qué tendrán las bodas que es tomar la decisión de casarse y uno de los dos empieza a arrepentirse? No exagero, hablo desde la experiencia. En cuanto salió la palabra matrimonio de mi boca, Pol huyó como si tuviera la lepra. Y ¿qué me decís de Laura y su indecisión/infidelidad a dos meses escasos del gran día? Y ahora para colmo Josán me sale con la misma historia. Os lo digo en serio, algo tienen los planes de boda que, en vez de unir a las parejas en el santo sacramento, las separa definitivamente.

—¿Y no deberías decírselo a tu novia en vez de contármelo a mí? —contesto, recordando cómo me dejó tirada la otra tarde para correr tras ella.

—Tienes razón, debería decírselo a Cristina, pero es que cada vez que lo intento ella empieza a hablarme de lo emocionada que está con nuestra boda y... en fin, que soy un cobarde.

—Sí, ahí tengo que darte la razón, eres un cobarde.

—Gracias, hablar contigo es reconfortante —ironiza, echándome en cara mi sinceridad.

—Mira Josán, si has venido hasta aquí para que te diga lo que te gustaría oír, es que no me conoces. No esperes comprensión por mi parte. Si ya no quieres casarte, no es conmigo con quién tienes que hablar.

Y, dicho esto, me doy media vuelta para meterme en la cocina. Necesito algo que me distraiga o acabaré cargándome a Josán con mis propias manos. ¿Pero cómo he podido estar enamorada de un tío tan cobarde y egoísta? En estos momentos me recuerda mucho a Pol. ¿Por eso me encapriché de Pol? ¿Por qué se parecía a Josán? Es increíble hasta qué punto tenía idealizado a mi amigo, lo que hace la distancia. Y ahora me doy

cuenta de que ambos están hechos de la misma pasta. Y de que he perdido demasiados años suspirando por este tipo de hombres. Indecisos, cobardes, traicioneros...

—He venido a hablar contigo porque la razón por la que ya no me quiero casar eres tú.

Está hablando detrás de mí, apoyado en el marco de la puerta de la cocina.

Y ahí es cuando desconecto el cerebro y empiezo a pensar con el corazón. Con esa maldita parte de mi corazón que pierde el culo por él. ¿De verdad ha dicho lo que creo que ha dicho? ¿Ese momento que una y otra vez he imaginado en mi mente, en el que Josán abandona a su novia y se da cuenta de su amor por mí, se está haciendo realidad? Y si es así, ¿por qué me siento como una mierda?

—Explícate —le exijo mientras me doy media vuelta para volver al comedor, sentarme en el sofá y evitar caerme (mi cerebro ahora mismo no está por la labor de mantenerme en pie).

Josán da un par de zancadas y se sienta a mi lado. Coge mis manos antes de empezar a hablar y yo soy incapaz de apartarlas.

—Durante los años que hemos estado separados, siempre he sabido que tú habías sido el amor de mi vida. Pero cuando conocí a Cristina, sentí que podía enamorarme de nuevo, que había superado lo nuestro. De hecho, la quiero, la quiero muchísimo, pero desde el día que te vi de nuevo en la cafetería no he podido sacarte de mi cabeza. No sé si entenderás lo que estoy intentado explicarte, pero es que ni yo mismo me entiendo. El problema es que, a pesar de querer a Cristina, a ti no puedo sacarte de mi corazón y no dejo de pensar que la vida nos está dando otra oportunidad que no quiero rechazar.

No puedo contestar, creo que ni siquiera puedo respirar (estoy exagerando, respirar sí que puedo porque, gracias a Dios, es un acto inconsciente y mi cuerpo, a pesar de la parálisis, sigue centrado en la labor de mantenerme con vida).

Josán, que parece un muñeco al que han dado cuerda, sigue hablando, ajeno al estupor y al sudor que empieza a perlar mi frente.

—Lo que necesito saber es si tú te sientes como yo. Si al reencontrarnos has sentido que todo volvía a activarse de nuevo... si... —y su voz empieza a disminuir hasta ser un susurro incomprensible.

Dejo de escucharlo a la vez que dejo de verlo con claridad. Mi visión es borrosa y empieza a oscurecerse por los bordes.

De golpe todo está negro y noto que alguien me está zarandeando.

—Sara, Sara —la voz de Josán regresa a mis oídos de nuevo con fuerza y abro los ojos, asustada.

—¿Qué? ¿Qué ha pasado? —Veo su angustiado rostro a escasos centímetros del mío.

Josán me abraza y ahora sí que estoy a punto de que se me corte la respiración.

—Josán, ¿qué demonios ha pasado? ¿Qué hacemos en el suelo y por qué me abrazas así?

Rápidamente me libera de su yugo, pero busca mi mano para acariciarla con ternura.

—Me has dado un susto de muerte. Estaba hablando y he visto que me mirabas de un modo extraño, pero antes de darme cuenta, y poder hacer algo para evitarlo, te has caído desmayada del sofá golpeándote la cabeza con la mesita.

¡Me cago en la leche! Para una vez en la vida que me desmayo, ¿no puedo hacerlo como en las películas y caer decentemente sobre el sofá? ¿Tenía que caerme de lado y estamparme contra la mesita auxiliar del comedor? Me toco la frente, cerca de la sien, ahí está la señal inequívoca de mi desgracia. Hay un chichón como un puño debajo de una bolsa de guisantes congelados, que imagino Josán ha sacado del congelador.

—Qué poco glamour. Esto de desvanecerse no es como lo cuentan por ahí —bromeo e intento incorporarme.

Todo me da vueltas y apunto estoy de volver a besar el suelo.

—Quédate quieta hasta que se te pase un poco el mareo. ¿Has cenado? A lo mejor es un bajón de azúcar.

—A lo mejor —digo, para no recordar a Hugo, ni su postre, ni lo que íbamos a hacer cuando Josán nos interrumpió.

—He visto tiramisú en la nevera. Creo que deberías comer un poco —comenta mientras se dirige a la cocina.

Medio segundo después está sentado en el suelo a mi lado. Me he incorporado lo justo para apoyar la espalda en el sofá y Josán se ha colocado igual. El táper de tiramisú está entre ambos y las cucharadas van y vienen, cargadas de calorías y silencio.

—Me siento culpable. Creo que tu desmayo ha sido por culpa de mi declaración. Te he pillado a traición y lo siento.

—No ha sido culpa tuya, pero si te soy sincera, este no era el tipo de problema que me esperaba cuando me has llamado.

—Ya, ni yo era consciente de lo que me pasaba, hasta la otra tarde. Después del rato que compartimos en la cafetería, al volver con Cristina sentí que ya no era el mismo. Entonces todo ha encajado y necesitaba contártelo.

Asiento sin sacar a relucir lo que siento. Por más que me duela reconocerlo, y a pesar de tenerlo delante y saber que todo esto está pasando de verdad, mi confianza en Josán no es la que era. Y lo peor de todo es que cuanto más hablo con él más echo de menos a Hugo. Mi amigo me conoce y sabe que algo me preocupa. Mi reacción no es la que él estaba esperando, estoy segura de ello, pero tampoco se decide a indagar. Al contrario, interpreta este silencio como le da la realísima gana y me besa. Me besa como he soñado media vida que lo hiciera. Me besa con adoración, con cariño y con una ternura que debería erizarme el vello de todo el cuerpo. Pero lo que no esperaba cuando imaginaba ese beso en mi cabeza años atrás, es que lo compararía con otros besos. Con los de Hugo, para ser exacta. Con la pasión que destilan sus labios. Con el roce salvaje y desesperado de nuestras bocas cada vez que se encuentran.

Y como las comparaciones son odiosas, odio lo que me están mostrando. Odio que el mito de mi juventud pierda en esa lucha de lenguas y piel.

Separo mis labios de los suyos y pongo la mano en su pecho, con la intención de separarlo de la forma menos hiriente posible.

—Perdona. No quería incomodarte.

—Josán yo... esto no está bien. Tú estás prometido y...

Y yo no me puedo sacar a Hugo de la cabeza, añadido mentalmente.

Por suerte el timbre me echa un cable e interrumpe mi patética excusa.

—Ahora vuelvo —me disculpo aliviada y salgo disparada en dirección a la puerta.

Abro, sin tan siquiera mirar quién llama, idiotizada como estoy por la situación y el momento. Es Hugo, está delante de mí y yo me quiero morir.

—Hugo... —susurro como si verlo no fuera suficiente confirmación al hecho de que esté aquí.

¡Tengo a Hugo en la puerta y a Josán dentro de casa! Madre mía, ni yo habría sido capaz de imaginar una escena así, ni siquiera para escribirla en

mis libros.

—Ya sé que no debería haber venido, pero por el modo en que te has ido, me he quedado preocupado. Entiendo que no quieras que me mezcle en las cosas de tu familia, pero...

—¿Va todo bien? —pregunta Josán, interrumpiendo a Hugo y haciendo que su cara se transforme en una extraña mezcla de decepción y rabia.

Se queda callado, pero no me mira a mí, mira detrás de mí.

—Venir ha sido una estupidez. —Se da media vuelta y se va.

Me quedo paralizada, medio minuto antes de reaccionar y salir corriendo escaleras abajo detrás de él.

—¡Hugo! ¡Espera!

Oigo descorrerse el cerrojo de la puerta de mis padres, pero me da igual. En este momento solo tengo a Hugo en mente. Le doy alcance cuando estamos en el portal.

—Hugo, espera por favor, deja que te lo explique.

—No tienes que explicarme nada. Está muy claro lo que soy para ti y lo que quieres de esta historia. El problema es, que eso no es lo único que yo quiero de ti. No soy el cabrón que esperabas.

Y ahora sí que se va, y toda mi elocuencia y desparpajo para hablar y rebatir a cualquiera se ha esfumado, dejándome con cara de idiota mientras él desaparece.

Me quedo plantada en el portal sin inmutarme. Inconscientemente estoy esperando que Hugo vuelva, conscientemente no sé qué cojones hago aquí como un pasmarote mirando cómo pasan los vecinos en sus coches.

Después de no sé cuánto rato, me doy cuenta de que Hugo no va a volver, que lo nuestro ahora sí que se ha ido a la mierda y que Josán está arriba sin saber qué pasa. Maldito Josán. Después de tantos años, tenía que venir a declararme su amor precisamente hoy. Subo con desgana. Un agujero se ha abierto en mi pecho y amenaza con tragarme entera. ¿Por qué me afecta tanto lo que pase con Hugo? Al fin y al cabo, solo somos... Ni siquiera sé lo que somos, o lo que éramos, o lo que narices sea ¡joder! Pero me duele muchísimo su decepción y no haber sido sincera con él. Y, sobre todo, me duelen las viejas heridas del corazón que él había logrado sanar y que de nuevo se quiebran por culpa de mis mentiras. No era consciente, hasta este preciso instante, de la magnitud de mis sentimientos por Hugo. Le quiero. Sí, lo que habéis oído, le quiero y no he sido capaz

de admitirlo hasta ahora. He hecho de todo por disfrazar este amor, por frivolizarlo con una máscara sexual, pero es inútil seguir negando lo evidente. Me he enamorado de él, de su calor, de su risa, de cómo me toca, de sus dedos acariciando mis manos mientras le hablo, de ese modo tan especial que tiene de mirarme que me hace sentir la mujer más deseable del mundo... Y ahora ese mismo mundo se cae en pedazos sobre mí, porque sé que esta no es una bronca más. Lo de esta noche no ha sido un pique sin importancia. He visto la decepción en sus ojos, como dos pozos profundos. Le he fallado, y lo peor de todo, me he fallado a mí misma por no ser sincera con lo que sentía por él antes de echarlo todo a perder.

—Creo que acabo de fastidiarte algo —dice mi amor platónico (que ya no es ni amor, ni platónico) nada más verme aparecer.

—No tengo ganas de hablar de eso —aseguro y me dejo caer de nuevo en el suelo, al lado del tiramisú que me está llamando a gritos.

—Yo creo que precisamente de «eso» es de lo que tienes más ganas de hablar.

Y tiene razón el desgraciado. Y como para mí sigue siendo el mejor amigo que tengo a mano, empiezo a relatarle la historia con Hugo. Mi breve, maravillosa, disparatada y caliente historia con Hugo.

—Entiendo que se haya largado así. Le has dicho que no puedes meter tíos en esta casa y ver que te has saltado esa regla conmigo tiene que haberle dolido. Y luego está la mentira que le has soltado sobre tu madre.

—No es que le haya mentido abiertamente, tan solo me he limitado a no desmentir lo que él pensaba, que es distinto —me justifico torpemente.

—No le has dicho la verdad, ¿te gusta más así?

Bufo, derrotada. Josán tiene razón. Y la culpa de que haya mentido a Hugo también la tiene él. Bueno no, de eso soy yo la única culpable. De haberme comportado como una idiota, de haber antepuesto a este amigo egocéntrico a Hugo, de no dejarle entrar en casa cuando a Josán no le puesto peros... ni yo misma me explico por qué actúo así con Hugo.

—Bueno, si algo me ha quedado claro es que he perdido mi tren contigo. Hugo tiene suerte —dice y me aparta un mechón de la cara.

—Tú estás aquí, consolándome, y él está vete a saber dónde, cagándose en mí, a eso yo no lo llamaría suerte.

Empieza a reírse y yo a llorar. Si es que lo mío da para escribir un libro...

Hemos acabado con la existencia de dulces y alcohol que tenía en casa, y después de una noche de confesiones y recuerdos, nos hemos quedado dormidos en el sofá (castamente, no imaginéis tórridas escenas de sexo que no van por ahí los tiros).

Me despiertan un par de timbrazos insistentes y desquiciantes.

Me levanto dolorida, mientras Josán se tapa la cara con un cojín. Una descarga de adrenalina me espabila de golpe. ¿Y si es Hugo? ¿Y si ha vuelto porque no puede vivir sin mí? ¿Y si...?

Abro la puerta emocionada con mis «y si» cuando veo a mis hermanas al otro lado.

—¿Podemos pasar? —Son los buenos días que recibo.

—Ahora mismo no es un buen momento. Os llamo luego y quedamos, ¿vale?

Aún noto la boca pastosa y ni siquiera he podido lavarme la cara. Pero lo peor de todo es que Josán está aquí y no quiero que ellas lo vean. Pero las muy brujas tienen otros planes maléficos y no se dan por vencidas tan fácilmente.

—Esta esconde algo —le dice Julia a Mayka.

—O a alguien —apostilla mi hermana mayor mientras ambas pasan por mi lado en dirección al comedor, haciendo caso omiso al rechazo anterior.

—Maldita sea —farfullo y sigo tras ellas sabiendo que me espera un largo día de explicaciones.

Cuando asomo por el comedor, mis hermanas ya están interrogando a Josán, que se ha incorporado y entre tonalidades del rojo responde a sus preguntas.

—Josán, qué alegría volver a verte. ¿Qué haces por aquí? —Julia se adelanta en el primer saque.

—Ayer pasé a ver a Sara un momento y entre una cosa y otra se nos hizo tarde y...

Ahora es el turno de Mayka, que contraataca sin dejar que termine de responder.

—Y tu novia, ¿cómo se llamaba?

—Cristina —contesta él avergonzado.

—¡Eso, Cristina! ¿También ha pasado la noche aquí? ¿Está en el baño?

—No, ella no ha venido.

¡Evidentemente! Estoy a punto de gritar, pero Mayka sigue a lo suyo y me corta.

—Una lástima —añade mi hermana mayor con fingido pesar—, me cayó muy bien. ¿Y qué tal los preparativos? ¿Ya está todo listo para el gran día?

—Sí, claro —contesta Josán, con evidente malestar.

—Y lo de anoche aquí qué fue, ¿una despedida de soltero o qué? —dice Julia provocadora.

¡Malditas entrometidas! Llevan una semana sin hablarme y tenían que aparecer precisamente ahora. Cuando estoy a punto de matar a ambas con mis propias manos, Josán decide poner punto final a esta incómoda situación.

—Bueno Sara, creo que es hora de irme. Prométeme que vas a pensar en lo que hemos hablado —dice al pasar por mi lado, y seguidamente se detiene un instante para rozarme la mejilla como despedida.

Le aparto la mano, pero ya es demasiado tarde. Mayka y Julia están mirándonos con los ojos como platos y la mandíbula desencajada.

—No me lo puedo creer.

—Y parecía tonto el niño.

Mis hermanas se están despachando a gusto con Josán. Por suerte él ya no está para oír las. Pero yo sí.

—Será mejor que os sentéis si no queréis caer de culo con lo que os voy a contar.

Y vació todo lo que llevo dentro. Josán y su declaración. Hugo y su decepción. Que ya no siento nada por Josán, pero se ha quedado a dormir en mi casa, y que estoy enamorada hasta las trancas de Hugo, pero no le dejo pasar del portal. Lo que os he dicho, les cuento todo. Porque si me dejo algo sé que me lo sacaran bajo tortura, si es necesario.

—A lo mejor Josán es sincero y nuestro reencuentro le ha abierto los ojos —digo sin demasiada convicción como conclusión.

—¡Anda ya, Sara! ¿Pero tú te crees que si de verdad estuviera enamorado de ti seguirá adelante con sus planes de boda? —Julia lo tiene claro, tan claro como el agua.

Yo no tanto, mi opinión es más cercana al fango que al agua. Es decir que no soy capaz de ver nada con claridad desde anoche.

—Tampoco te vayas al extremo, Julia. El chaval no ha tenido tiempo de reflexionar y hablar con su novia con calma. Eso lo entiendo, estará hecho

un lío —asiento, dándole la razón a mi hermana mayor—, pero lo que no entiendo, y ahí estaréis de acuerdo conmigo, es que su decisión de anular o no la boda dependa de tu respuesta —Mayka ha dado en el clavo, como casi siempre.

—Tienes razón. Si piensa que está enamorado de mí, sea o no cierto, no puede querer a su novia tanto como dice, y menos aún seguir adelante con la boda.

—Pues ya sabes lo que tienes que hacer. —Julia me mira muy seria, como siempre que me da algún consejo—. Dale carpetazo de una vez a esta historia y olvídate de Josán. Llama a Hugo y aclara las cosas con él.

—No es tan fácil, lo de Hugo trae cola y ya no sé ni en qué punto estamos, o si es que estamos. Y eso me está matando.

Y empiezo a contarles la parte de la historia que desconocen. Desde su mosqueo el día que mi madre estuvo en urgencias, hasta la manera como me miró anoche al irse, después de pillar a Josán en casa. Sin obviar detalles y exponiendo los sentimientos como pocas veces he hecho, pero son mis hermanas y nadie mejor que ellas para ayudarme desde el corazón.

—Normal que te hayas colgado de él. Por fin encuentras a un semental que te hace sentir algo más que picores ahí abajo, pero resulta que es un macho dominante y acaparador, perfecto para echar unos polvos, pero horrible como pareja.

—Pues menuda perspectiva me das —confieso cabizbaja—. El problema es que no dejo de pensar en él. Incluso cuando Josán me ha besado, yo a quien tenía en la cabeza era a Hugo.

Mayka me pone una mano en el hombro y lo aprieta con suavidad, como si quisiera darme ánimos.

—Tú eres la que lo conoces, y tú tienes que decidir, pero opino igual que Julia. No le veo futuro a lo vuestro. Ni siquiera te ha dado opción a explicarle nada y se ha largado suponiendo que estabas liada con otro.

—Es que casi estaba liada con otro, Josán acababa de besarme.

—Ya, pero eso él no lo sabía y lo ha dado por hecho. No te conviene un hombre así.

Pues sí que estamos bien. Decido cambiar de tema porque no puedo soportar sus sermones ni un segundo más.

—Por cierto ¿para qué habéis venido? Porque dudo mucho que mis líos amorosos hayan sido el motivo, después de pasaros una semana sin

dirigirme la palabra.

—Porque queríamos hablar contigo.

Ahora es mi hermana mayor la que coge el mando de la situación, mientras yo me remuevo incómoda sin abrir la boca, sabiendo que lo que he oído hasta ahora me va a parecer agradable con lo que viene a continuación.

—Papá y mamá se hacen mayores, y lo último que necesitan es que les demos más preocupaciones de las que ya tienen.

—Lo sé, por eso intento evadir a mamá cada vez que viene a entrometerse en mis cosas —respondo a la defensiva.

—Sí, pero no basta con eso. Tienes que largarte de aquí y buscarte la vida como hemos hecho nosotras —añade Julia sin paños calientes.

—¿Otra vez con lo mismo? ¿Os pensáis que me gusta vivir así? Vigilada constantemente, sin independencia, sin poder traer a nadie a casa. Joder que estoy a punto de decirles que soy lesbiana para que me dejen meter a hombres en casa.

—Lo que faltaba, le dices a nuestros padres que eres lesbiana y los matas del disgusto. Mira cómo acabó mamá el día que se enteró de que te estabas beneficiando a Hugo.

—¿Entonces quién tiene el problema, ellos o yo? Porque que yo sepa estamos en el siglo XXI y a mí me tratan como si estuviéramos en la edad media. Por Dios, no me echéis en cara la mala salud de mamá, que vosotras no sois ningunas santas y también los traéis de cabeza.

Me están cabreando, de verdad. ¿Con qué derecho me acusan? ¿Acaso Mayka no sabe que mi madre sufre lo indecible cada vez que la ve peleando con Carlos o con las rabietas de las gemelas? Y Julia, ¿no es consciente de que mis padres están en un sin vivir con cada viaje suyo y que duermen pegados al móvil pendientes de sus escasos mensajes? Esto es injusto, tremendamente injusto.

—Sí, todas les amargamos la vida con nuestros problemas, pero en nuestro caso solo ven lo inevitable. En el tuyo lo ven todo porque te tienen aquí al lado, y para ellos es como si aún vivieras bajo su techo —contesta Mayka.

—Además, no solo es por ellos, también es por ti. ¡Lárgate de una vez de aquí y empieza a vivir, coño!

—Es lo que más me gustaría en el mundo. Pero sabes que no puedo. No gano lo suficiente para mantenerme yo sola.

Mayka se levanta y Julia la sigue.

—Mi casa está abierta para ti y lo sabes. Si decides independizarte de verdad, puedes venirte a vivir conmigo una temporada hasta que encuentres algo dentro de tus posibilidades.

Me quedo mirando a Julia, agradecida. Sé lo que le gusta su soledad y que no tiene el mejor carácter como compañera de piso, pero su oferta me conmueve. Quizá podría intentarlo...

—Bueno, solo queremos que tengas nuestra opinión. Y ahora que te ofrezco mi casa, ya no tienes la excusa de tu sueldo. Piénsalo.

—Gracias, a las dos, de verdad, al menos por una vez no hemos acabado peleadas con el tema, porque últimamente cada vez que hablamos siempre derivamos a la misma conclusión. Y empezaba a echaros de menos —confieso, abrazándolas a ambas.

Alguien dijo que quien tiene un amigo tiene un tesoro. ¿Y si tienes dos hermanas como las mías? Entonces tienes oro puro y de la mejor calidad.

—Harnos caso de una puñetera vez —concluye Julia dándome dos besos de despedida.

Abro la puerta con cuidado para que mi madre, que es de oído fino, no nos escuche y aparezca en el rellano.

Mis hermanas se van y yo me quedo sola, agotada física y mentalmente, y con ganas de una sola cosa: meter la cabeza debajo de la almohada y abandonarme al llanto. Ser consciente de que me he comportado como una idiota, cobarde e indecisa, oculta bajo un caparazón de cinismo para no afrontar mis problemas e incapacitándome para no vivir mi vida, me ha hundido en la miseria. No haber disfrutado de la relación con Hugo, sin importarme lo que los demás pudieran opinar y sin poner excusas baratas para evitar abrirle mi corazón de par en par, me tiene destrozada. Y eso no es capaz de arreglarlo ni el chocolate.

DEMASIADOS MIEDOS

Es lunes. Toca trabajar y probablemente veré a Hugo. No tengo ni idea de cómo voy a reaccionar, qué voy a decirle, como va a reaccionar él y si querrá que le diga algo. Cuantas más vueltas le doy al tema, peor me siento. Hugo está en todo su derecho a mandarme a la mierda, por desequilibrada mental y mentirosa. Y supongo que ya lo ha hecho. No me ha contestado a ninguno de los mensajes que le he mandado. Según Laura (la llamé anoche, después de una hora intentando dormir sin éxito), Hugo se ha sentido dolido en su ego y eso es muy de ellos, de los hombres quiero decir. Supongo que, si esto hubiera pasado dos siglos atrás, Hugo le habría abofeteado en la cara a Josán con su guante blanco para retarlo en duelo por mi honra y mi amor. Pero estamos en el siglo XXI y los hombres ya no hacen eso (gracias a Dios), y con ignorarte en el WhatsApp (no es solo que no me haya contestado, es que ni siquiera ha leído los mensajes, y eso que se ha conectado varias veces el muy cabrón), ya tienen bastante.

Esta mañana he estado ensayando, una y otra vez, frente al espejo, lo que pienso decirle, pero ahora nada de lo que había pensado me parece tan buena idea. ¿Acaso él me dio opción a explicarme? No. Salió huyendo. Y quizás eso debería hacerme reflexionar. ¿Y si se fue de esa manera porque le vino de perlas romper conmigo sin cargar con la culpa? A lo mejor no quería seguir con lo nuestro y ver a Josán en mi casa fue una salvación para él... O a lo mejor soy una cobarde y solo busco excusas para no enfrentarme con él cuando lo vea.

Entro al hospital y siento que el estómago se me pone del revés. Es una sensación muy extraña, una mezcla de nervios y ansiedad. En cualquier momento puedo cruzarme con él. Debo prepararme porque eso puede suceder en breve. Sigo avanzando en dirección a los vestuarios del personal y ni rastro de Hugo. A lo mejor Marcos le ha cambiado el turno en el último momento. Eso sería genial, porque aún no estoy preparada para verlo.

Me cuelo dentro del vestuario y cierro la puerta tras de mí mientras respiro hondo para serenarme. ¡Dios! No me sentía así desde que tenía seis

años y el profesor me pidió explicaciones por clavarle el lápiz en la mano a mi compañera de pupitre.

Oigo que la puerta contigua, la del vestuario masculino, se abre y el corazón empieza a latirme veloz a la vez que se acelera mi respiración. Me asomo por una rendija. ¿Y si es él? La puerta se ha cerrado y no he podido ver quién ha entrado. Ahora no lo sabré hasta que salga. No me atrevo a moverme.

Me doy cuenta de que sigo inmóvil detrás de la puerta cuando esta se empotra contra mi nariz y me tira hacia atrás.

—¡Au! —grito a la vez que me saltan las lágrimas de dolor. Me toco el tabique nasal con los dedos, pero duele demasiado para seguir palpando. Sigo teniendo la nariz en su sitio, con eso basta.

—¡Pero, niña! ¿Qué narices haces ahí detrás? —dice Piluca antes de romper a reír—. Narices, ¿lo pillas?

La asesino con la mirada y deja de reírse en el acto.

—Ay, mi alma, es que se te ocurren unas cosas más raras. ¿Para qué te pones a espiar detrás de una puerta metálica? Bueno metálica o de lo que sea, chiquilla, ¿cómo se te ocurre semejante tontería?

—Hoy no estoy para coñas, Piluca —le suelto tajante, porque es la verdad.

Y empiezo a desvestirme sin ganas, para ponerme el uniforme de trabajo.

—Ricura, no sé lo que te pasa, pero arrastras una cara que no me gusta, ¿eh?

—Me gustaría ver la tuya si te la reventase con una puerta. —La nariz aún me duele a rabiar y mi cinismo está por las nubes.

Pili ignora mi mala hostia y sigue a lo suyo. Preguntando y preguntando.

—¿Qué dieta rara estáis haciendo Laurita y tú que cada vez estáis más revenías?

Termino de abrocharme los zapatos antes de contestarle.

—La de la gilipollez. Es una dieta muy eficaz.

—¡Ay, Jesús! Qué malafollá traes hoy. En fin, yo me voy a limpiar que no me pagan por empotrar puertas en las narices de la gente.

Y se va riendo, la muy asquerosa. Con Piluca siempre es así. Y si os digo la verdad, me encantaría ser como ella, despreocupada, sincera y feliz.

En fin, ha llegado el momento de abandonar mi búnker para salir. Abro la puerta despacio. No hay nadie en el pasillo. Salgo y empiezo a andar en

dirección al despacho. Las pulsaciones en el cuello son tan fuertes que están a punto de ahogarme. Nunca en mi vida me había sentido igual. No quiero cruzarme con Hugo, pero a la vez estoy deseando verlo. Abro la puerta del despacho y a punto estoy de caerme de culo por la impresión.

—Hola —me saluda nada más verme.

Está sentado en mi silla, con cara de pocos amigos. Me mira fijamente y no soy capaz de articular ni un simple saludo. Está guapísimo, como siempre, pero sus ojos no sonríen al verme y eso me traspasa el alma con más desgarró que mil cuchillas de afeitar.

—Te dejaste esto en mi casa.

Señala la bolsa de papel que hay encima de la mesa con la barbilla. No tengo ni idea de que habrá dentro, pero yo sé lo que me dejé en su casa. Me deje el corazón, mi maldito corazón se quedó con él, aunque dudo que lo haya traído en esa bolsa.

Hugo me mira, pero no dice nada más. Está esperando a que yo diga algo. Veo la expectación en sus ojos. Necesita que dé el primer paso, lo merece. Pero ¿un paso hacia dónde? Me pregunto, o más bien se lo pregunta el señor miedo, que es un experto en tomar el control de mi vida y acallar mis sentimientos.

—Gracias —es lo único que soy capaz de decir.

¡Pero serás gilipollas! ¿Quieres hablar de una puñetera vez? Dile que no pasó nada con Josán. Dile que no querías mentirle, que te asustaste al darte cuenta de lo que sientes por él. Dile que te mueres por estar con él. Dile que.... Y mientras mi cabeza me da mil y una ideas de lo que debo decir, Hugo decide largarse sin esperar a que le gane la batalla al miedo.

Me quedo estática, mirando la bolsa de papel, consciente de lo que acaba de suceder. Echo un vistazo para ver qué hay en el interior, el pañuelo que llevaba en nuestra escapada a Madrid y que utilizamos para algo más que abrigar mi cuello durante esos dos días, está ahí. Esta es la confirmación definitiva de que lo nuestro se acabó. Puedo sentir cómo se me parte el corazón, cómo caen de nuevo los pedazos que Hugo había logrado unir, para romperse ahora en añicos irrecuperables. Rompo a llorar como una imbécil por lo que podría haber sido y ya no es.

Acabo de salir del trabajo y no puedo evitar mandarle un mensaje.

Yo: Lo siento, necesito hablar contigo, me he comportado como una tonta.

Hugo ni siquiera lo lee.

Una hora más tarde decido intentarlo de nuevo.

Yo: Con Josán no pasó nada. Pero me pudo el miedo. Entiendo que estés enfadado, pero me gustaría explicártelo todo.

Una hora antes de irme a la cama veo que ha leído los dos mensajes anteriores, pero se desconecta sin darme una respuesta. Decido arrastrarme un poco más y le mando otro mensaje.

Yo: No quiero agobiarte, pero ¿por qué no me contestas?

Estoy en un estado de locura transitoria (o crónica, no lo tengo claro), y sigo escribiéndole.

Yo: Tú tampoco eres perfecto, ¿sabes qué te digo? ¡Qué te vayas a la mierda!

Cuarto mensaje enviado después de intentar dormir y no lograrlo. Creo que ni los perros tienen tanta rabia como yo en estos momentos. Hugo sigue sin dar señales de vida. Ha recibido los mensajes y los ha leído todos, pero no me dice nada.

Yo: Por favor, no me ignores. Tu silencio me está matando.

Son las tres de la madrugada y estoy hecha un mar de lágrimas. Por suerte el llanto me agota y acabo rendida, para dormir de mala manera las cuatro horas de sueño que me quedan.

Esto es un sin vivir. Hace dos meses que no sé nada de él. En un arranque de rabia eliminé su teléfono de la lista de contactos y por su ausencia de mensajes supongo que él hizo lo mismo con el mío. O simplemente no quiere saber nada de mí.

No he vuelto a verlo en el trabajo. Hay otro chico ocupando su puesto, pero nadie sabe si la ausencia de Hugo es temporal o definitiva. «Estará enfermo», dicen unos. «Le habrán cambiado de centro», dicen otros. Y en ese mar de incertidumbres navego, dejándome arrastrar por oleadas de dudas y dolor. No he sido consciente, hasta que lo he perdido, de cómo ha calado este hombre en mí. Pero podría haberlo supuesto por cómo me llenaba de vida al verlo y por las volteretas de felicidad que daba mi estómago con sus besos.

Qué tonta he sido y qué ciega he estado por mis miedos. Por no dejarme llevar por lo que sentía. Por ser una estúpida cobarde.

Pero, aunque me esté muriendo por dentro, lo que no voy a hacer (así que ni se os ocurra proponérmelo), es preguntarle a Marcos por él. Conociéndolo, como lo conozco, empezará a hacer chistes sin gracia sobre nosotros y yo tendré que contener las ganas de partirle la cara.

Y últimamente no tengo el cuerpo para eso. Si me hace una sola burla, le sacaré los ojos y mearé en sus cuencas. (Para que os hagáis una idea del humor que gasto estos días).

—Aún no me puedo creer que vayas a mudarte a vivir aquí —dice Laura, mientras suelta una caja en el suelo y se sienta encima para descansar. Ella, mis hermanas y mi cuñado están ayudándome con el traslado.

Por fin, me mudo. Todo el tema de Hugo me ha hecho reflexionar mucho sobre mi vida, en cómo la estaba encarrilando y en cómo la había vivido hasta la fecha, y he llegado a una conclusión, y es que no me ha gustado casi nada de lo que he visto en mis recuerdos. Era yo, pero sin carácter suficiente, tomando decisiones erróneas cimentadas en miedos pueriles, como una membrana permeable que se pega a cualquiera y desaparece para ser un reflejo o una copia de mala calidad de esa persona.

El último día, después de dejar marchar a Hugo sin ser capaz de decirle nada para retenerlo a mi lado, algo se removió en mi interior. Tenía que cambiar. Necesitaba cambiar. Necesitaba empezar a echar fuera esas cosas de mí vida de las que tanto me quejaba y que tan poco hacía por mejorar. Quejarse es el camino fácil pero el más desafortunado e infeliz. No necesito seguir buscando culpables. Tan solo necesito coger las riendas, saber lo que quiero e ir a por ello.

Mis padres aún no se han hecho a la idea de tenerme tan lejos, y tan poco vigilada, pero yo estoy emocionada con esta nueva etapa. Quiero demostrarme a mí misma que de verdad soy capaz de manejar mi vida sin

culpar a los demás de mis desgracias (cuando en realidad ha sido la cobardía la que se ha encargado a lo largo del tiempo de joderme todos los planes), aceptando los logros y las derrotas como propios. No sé qué pensaría Hugo si supiera el paso que voy a dar, pero, si os soy sincera, no lo hago por él, aunque gracias a él he aclarado muchas cosas. He empezado a conocerme, a tratarme con más respeto y cariño. A partir de ahora quiero ser valiente, leal, honrada conmigo misma y con los demás. Descubrir a la persona que habita en mí, a ese ser maravilloso que mantenía arrinconado a base de prejuicios y miedos, ha sido gratificante y muy liberador. Sonrío más y hasta me gusto al mirarme al espejo. El chocolate ya no es una necesidad, sino un placer. Me he dado cuenta de que yo soy la vida que vivo, los sueños que persigo y las cosas que amo. Pero aún me queda un largo camino por recorrer. Mi estado de ánimo deja mucho que desear y tengo que recordarme constantemente que el cambio es necesario para no caer de nuevo en el pozo que me engullía días atrás y que amenazaba con ahogarme y hacerme desaparecer.

Josán, dará el «sí quiero» (aunque en realidad no quiere) dentro de dos días, evento al cual no pienso asistir, porque no quiero ver a semejante cobarde arruinándole la vida a la pobre argentina. Sí, habéis leído bien «pobre argentina», porque después de la declaración que me hizo su prometido, y de saber la pieza que se lleva a casa, solo me da pena, la pobre.

—Yo tampoco me creo que vaya a tenerte como vecina —confirma Julia mientras arrastra una maleta llena de ropa y me devuelve a la realidad—. Pero ojo con lo que haces, si traes a tu casa a tíos más buenos que los míos, tendremos un problema.

—No vas a ver ni buenos ni malos durante una larga temporada. De momento, el chiringuito está cerrado por vacaciones.

—No te doy ni dos días de celibato ahora que has descubierto las mieles de la lujuria.

La empuja y ella me agarra del jersey, provocando que ambas caigamos sobre el sofá entre risas y manotazos.

—Últimamente no comes nada y ya va siendo hora de arreglar ese asunto también —dice Maika al pasar detrás de nosotras con un par de cajas de pizza y tres botes de helados.

—¿Desde cuándo te has convertido en mamá? —le suelto divertida.

—Exagerada —dice dándome unas palmaditas en la cabeza.

Carlos se une a nosotras en la improvisada comida. Después de tres generosos trozos de pizza y medio helado de chocolate y menta, Laura me coge de las manos, como si fuera a pedirme en matrimonio, y suelta la bomba.

—Tenemos algo que contarte y aunque no te va a gustar, queremos que sepas que lo hemos hecho por tu bien, porque no soportábamos verte así. — Y las tres últimas palabras las dice señalándome de arriba abajo, como si mi aspecto físico lo aclarase todo.

—Me estás asustando.

Y no es broma. Conozco a Laura y a mis hermanas, y estoy segura de que lo que han hecho no es tan malo como parece, es mucho peor y ya no podré hacer nada por enmendarlo. Le suelto las manos y me las llevo a la cabeza con resignación.

—Sea lo que sea, dilo ya.

—Hemos enviado tu libro a un concurso literario.

—¿Que habéis hecho QUÉ?! —Y me levanto de la silla con tanto ímpetu que la vuelco hacia atrás.

—Siéntate y deja que te lo explique. —Julia me empuja contra la silla que Carlos ha enderezado muy amablemente—. Estoy segura de que nos lo vas a agradecer.

—¿Agradecer? Te confundes de verbo, no os voy a agradecer nada, os voy a matar, ni siquiera tenía una corrección decente, ni un buen final, ni....

Estoy al borde de un infarto (sí, ya lo sé, llevo toda la historia al borde del infarto y nunca me pasa nada. Pero yo soy así, me gusta vivir al límite, o al borde del infarto para que me entendáis).

—Siéntate y escucha a Laura —insiste mi hermana.

Lo hago, pero solo por dejar de ser el centro de atención. Laura carraspea antes de iniciar su discurso.

—No soportaba verte así, hundida en la miseria, arrastrándote como un alma en pena. No puedo ayudarte a recuperar a Hugo, pero puedo ayudarte a recuperar la ilusión por algo que te encanta hacer y que has abandonado: escribir.

—Hace meses que no me siento delante del ordenador. Ya ni siquiera sé por qué me gustaba tanto hacerlo —confieso abatida.

He estado tan inmersa en aprender de mis errores y no pensar en Hugo que ni siquiera tengo cabeza para escribir.

—Porque es tu pasión, y por eso me he tomado la libertad de enviar tu libro, con la ayuda de los aquí presentes. —Mi amiga coge el móvil y empieza a buscar algo—. Mira. —Y me muestra las bases del concurso y un mail que han enviado en mi nombre.

Me cuesta reconocerlo, pero ahí está mi pequeño; luchando por ser visto, leído y valorado. No me lo puedo creer.

—Esto no puede ser verdad —susurro.

—Pues lo es. Y creo que vas a tener suerte. Tu libro es de los que gustan. A mí no me ha entusiasmado, pero parece que hay gente que se flipa con este tipo de historias.

Le tiro un trozo de la pizza a Laura y, por primera vez en muchos días, me río de verdad. Me río con ganas, desde dentro. No es una sonrisa plastificada de las que he usado para salir del paso estas últimas semanas. Es una carcajada profunda, que brota de mi pecho y arranca buena parte de la melancolía. Mi vida empieza a cambiar en todos los sentidos y es a raíz de que he empezado a tomar las decisiones correctas, desde que he caído en la cuenta de que mi vida es mía y solo yo decido lo bueno y lo malo que quiero en ella. Por fin empiezo a verlo todo con una paleta infinita de colores que antes ni siquiera era capaz de percibir.

—La verdad, es que nunca había pensado en presentarlo a un concurso, solo lo enviaba a editoriales, pero creo que es muy buena idea. ¿De quién ha sido?

—La idea fue mía —confirma Laura—, pero como yo no tenía el libro, y tú no me lo habrías dejado leer ni borracha. Llamé a tus hermanas, quedé con ellas y les conté lo que quería hacer. No necesité más de cinco minutos para convencerlas. Son muy majas.

Mayka y Julia me sonrían con cara de no haber roto un plato. Si no las conociera yo también pensaría que son muy majas. Porque lo son.

—Ni que lo jures —añado, intentando sonar mordaz, pero no lo consigo. No hay ni un ápice de ironía en mis palabras. Estoy demasiado feliz para dejar salir el lado cínico.

—Y tu cuñado, un cielo. —Laura aprieta la mano de Carlos en agradecimiento y este me guiña un ojo divertido—. Él se ha encargado de buscar un corrector en condiciones y de pagarlo, dicho sea de paso.

—Vaya, me dejáis sin palabras.

—Pues ya era hora, porque eso de que siempre tengas respuesta para todo cansa un poco, ¿sabes? —añade Mayka, visiblemente ilusionada.

—Gracias —digo con sincera emoción mientras aprieto la mano de Laura—. De verdad, muchas gracias a todos. Necesitaba algo así, necesitaba una inyección de felicidad y vosotros me la habéis dado.

—De nada. Era lo menos que podía hacer por ti, con lo que me has ayudado con el tema de Roberto y Marcos —contesta mi amiga con los ojos vidriosos.

Mis hermanas asienten y nos abrazamos llorando a moco tendido. Dicen que los abrazos son vitales para el ser humano, porque recargan el corazón con los latidos del otro, y es verdad, porque aquí, ahora, apretada en un abrazo a cuatro bandas con mis hermanas y mi mejor amiga, noto que el corazón empieza a sanar, que se llena de la energía que ellas me transmiten. Ay... pero qué tiernas somos cuando queremos. Si seguimos así acabaremos transformadas en unicornios rosas.

Dos horas más tarde, estamos a solas Laura y yo. Mayka y Carlos se han ido a recoger a las gemelas, y Julia ha salido con su última conquista.

—Ayer me crucé con Roberto —me comenta durante los anuncios de la película que estamos viendo.

—¿Y qué tal?

—Fue raro, nos saludamos con educación, pero con esa distancia que incomoda, ¿sabes lo que quiero decir?

¿Que si lo sé? Así me he sentido mil veces con Josán. Pero Laura no está por la labor de esperar a que yo vuelva de mis divagaciones y sigue hablando.

—Por suerte, Marcos estaba aparcando y no coincidimos los tres.

Esa frase me trae de vuelta a la conversación.

—¿Marcos? ¿Volvéis a estar juntos? Anda que me lo has contado.

—No es lo que piensas. Esta vez vamos a hacerlo bien, poco a poco y sin mentiras ni traiciones de por medio. Y no te lo he contado porque quería estar segura de los pasos que daba antes de decírtelo.

Alzo una ceja y la miro suspicaz. Se va a librar de mi mala leche porque ha conseguido hacer volar mi libro en pos de un premio literario, que si no la iba a poner fina. Aun así, no puedo evitar hacerle un pequeño reproche. (¿Esperabais menos de mí a estas alturas de la historia? La duda ofende.)

—Mentirosa, no me lo has contado porque en el fondo te avergüenzas de estar con Marcos cuando no hace ni tres meses que has roto con Roberto, y te preocupa en exceso lo que los demás puedan pensar de ti. Pero te olvidas de que yo no puedo tener un peor concepto de tu persona, así que nada de lo que hagas podrá empeorarlo.

Y rompemos a reír como dos gallinas cacareando.

—Cuéntamelo todo.

Laura se hace la interesante, coge unas palomitas, las mastica con calma, se limpia la boca y se dispone a hablar cuando yo estoy a un pelo de lanzarme sobre ella y arrancarle la confesión a guantazos.

—¿Empiezo por el principio?

—¿Por dónde si no?

—Está bien. Hace cuatro días coincidí con Marcos en el ascensor. Al principio creí que me iba a morir. Estaba a mi lado y olía tan bien... pero ni siquiera me miraba. He olvidado decirte que en ese momento Marcos aún no sabía que yo había roto con Roberto. Pues eso, que estábamos ahí, los dos, en ese reducido espacio y yo me moría de ganas de besarlo y abrazarlo. Pero ¿cómo iba a hacerlo si él no se dignaba a mirarme? Cuando el ascensor paró, Marcos salió sin despedirse. Pensé que ya no quería saber nada de mí y que lo nuestro se había acabado para siempre. Pero entonces, me di cuenta de lo tonta que estaba siendo y salí corriendo detrás de él. Le pedí que me escuchase, que me diera la oportunidad de explicarme, y quedamos para vernos al salir del trabajo. A las tres, Marcos me esperaba puntual en la puerta y yo salí a su encuentro con más miedo que otra cosa. No quería volver a cagarla y necesitaba explicarme muy bien para que me entendiera, para que perdonase el calvario por el que le había hecho pasar. Estuvimos hablando más de cuatro horas. Y después de eso, hicimos las paces y nos fuimos a su casa a reconciliarnos como es debido.

—Y, ¿ya está? ¿Esta es tu versión extendida de los hechos? Porque a mí me parece un resumen muy cutre —me quejo, ávida de detalles sórdidos.

—A ver, Sara, que aquí la narradora de historias románticas eres tú. A mí no se me da bien contar intimidades, ya lo sabes.

—Hombre, Laura, una cosa es que me digas que no puedes contarle detalles a Piluca, pero ¿a mí, que sé hasta la talla de bragas que usas?

Se ríe a la vez que su rostro empieza a enrojecer.

—Lo sé, se me da mejor contar las penas que las alegrías, pero confórmate con saber que todo está bien. Que Marcos y yo nos vamos a dar una oportunidad y que, por ahora, estoy feliz, tranquila y en paz conmigo misma.

—Me alegro un montón, os lo merecéis. Bueno tú más que él —confirmo entre risas, y Laura responde tirándome un cojín a la cara.

Nos levantamos del sofá en dirección a la cocina. Necesitamos un aporte extra de calorías en forma de chocolate caliente con nubes.

—Marcos me ha dicho que Hugo está fatal —suelta mientras coloca un par de golosinas para cada una.

Las tazas con el chocolate caliente se quedan a medio camino entre la encimera y la mesa, colgando de mis manos, que se han quedado paralizadas como el resto de mi cuerpo.

—¿Le has contado a Marcos lo mío con Hugo? —pregunto estupefacta.

—Solo por encima. Además, ya se lo imaginaba, sobre todo cuando Hugo le pidió el finiquito.

Ahora sí, el chocolate se ha caído al suelo, y yo ni siquiera me he dado cuenta del momento en que mis manos han dejado de sujetar las tazas. El estruendo de la vajilla rota me hace reaccionar.

—O sea, que te cuesta contar tus cosas, pero no tienes reparos a la hora de contar las mías —farfullo sin importarme nada.

Esta vez sí. Ahora lo del infarto va en serio. Lo noto, primero el calambre por el brazo izquierdo, después el agudo pinchazo en el pecho y... «Déjalo ya, Sarita, que te lo estás imaginando todo y no hay ni pinchazo, ni calambres, ni hostias. Lo que tienes es un rebote de cojones».

—No pagues tu frustración conmigo. Solo quería ayudar. Tú bien que hablaste con Marcos sin decirme nada, ¿no?

—No es lo mismo —mascullo entre dientes, pero con menos convicción.

Porque nunca es lo mismo en la piel de los demás que en la propia. La tuya duele más.

—Yo creo que es una cuestión de orgullo entre ambos. Igual que nos pasaba a nosotros. Y, en este caso, deberías ser tú la que diera el primer paso —sigue filosofando la doctora en psicología de pacotilla que tengo por amiga.

—¿Yo? ¡Pero si le envié mil mensajes y me ignoró por completo! Dame una razón por la que deba ser yo quien claudique ahora.

—Baja la voz —contesta, a la vez que me saca a rastras para sentarme en el sofá—. Te diré por qué: porque te has comportado como una idiota con Hugo desde el minuto cero. Eres una mujer adulta y has actuado como una niñata en edad del pavo. Le has utilizado para sacarte a Josán de la cabeza, pero ahora es Hugo el que se ha metido en tu corazón. Y, simplemente por eso, deberías salir corriendo a buscarlo antes de que sea tarde y pierdas de nuevo la oportunidad de ser feliz.

Joder, pues no sé yo si será psicóloga, pero tiene más razón que un santo. Me quedo mirándola sin contestar, pasmada como me ha dejado después de oírla.

—Si no me equivoco, Marcos me ha dicho que Hugo se va mañana de vuelta al pueblo donde vive su madre. Así que mueve el culo y lárgate ya a buscarlo.

Y no me hace falta más. Le doy un beso en la mejilla, un abrazo de esos que te llenan de vida y me voy como alma que lleva el diablo.

Al salir por la puerta me choco con Julia que vuelve sola de su cita y con cara de pocos amigos.

—¡Eh! ¿Dónde está el fuego? —dice revotada.

—Lo siento Julia, pero no tengo tiempo para tonterías. Me voy.

Y sigo corriendo.

—¿Que te vas? ¿A dónde? —pregunta a voces.

—¡A encarrilar mi vida de una puñetera vez! —contesto mientras sigo a la carrera sin tan siquiera darme la vuelta.

A LA MIERDA EL ORGULLO. ¡QUE VIVA EL AMOR!

Abre la puerta. Por favor, abre la puerta. Dios, Buda, madre naturaleza, o quién quiera que sea, ayúdame para llegar a tiempo de arreglar este embrollo. Que no se haya ido, por favor. Que abra la puerta, por favor, por favor, por favor...

Entorno los ojos al escuchar el ruido de los cerrojos al descorrerse. Hugo está delante de mí, con la barba sin afeitar, el pelo revuelto y algo más largo de lo habitual. Y, por supuesto, tan tremendamente guapo como siempre. Noto que algo en mis entrañas vuelve a funcionar. Un clac ha hecho encajar esa pieza que no lograba moverse desde que él desapareció de mi vida.

—Por favor, no me cierres la puerta —suplico al ver su cara de estupefacción—. Necesito hablar contigo cinco minutos. Luego, prometo dejarte en paz.

Me está mirando sorprendido, que no es mosqueado, y eso es un punto a mi favor. Bien, bien, vamos bien.

—Por favor —insisto al ver su expresión vacilante.

—Está bien, cinco minutos —añade, y abre la puerta de par en par para que entre.

Una oleada de nostalgia me invade y amenaza con tirar abajo mi determinación. De golpe recuerdo la última vez que estuve aquí. Qué tonta fui dejándome embaucar por Josán en vez de mandarlo a la mierda.

—Te escucho —dice una vez dentro, sin sentarse, rígido, con los brazos cruzados delante del pecho, a la defensiva.

—Lo siento mucho.

—Si has venido para disculparte pierdes el tiempo —suelta, impertérrito.

Uf, pues no va a ser tan fácil como pensaba. Hugo no parece enfadado conmigo, pero sí decepcionado y creo que eso es más difícil de revertir.

Cojo aire, inspiro profundamente y que sea lo que Dios quiera.

—Me he comportado como una auténtica gilipollas. He dejado que mis miedos e indecisiones condicionasen lo nuestro. A pesar de que eres lo mejor que me ha pasado en la vida, con diferencia, desde el primer día puse una barrera invisible entre nosotros. Me decía a mí misma que era para

protegerme de ti, del posible daño que pudieras hacerme, pero en realidad era una excusa para no entregarme por completo, como he hecho siempre. He sido cobarde, inmadura y egoísta. En ningún momento me he parado a pensar en lo que debías sentir tú por mi forma de actuar. Te aseguro que yo en tu lugar no habría esperado tanto para mandarme a la mierda. Y, no te confundas, el hecho de que esté aquí no quiere decir que de golpe y porrazo me haya vuelto una persona valiente. Pero estoy dando pasos —hablo demasiado deprisa, casi me atropello con las palabras, y es que ahora que he empezado no puedo parar—. Tenías razón cuando decías que yo era la única responsable de lo que había en mi vida, ya fuera bueno o malo. No fui consciente, hasta que te fuiste, de lo ciertas que eran tus palabras. Y me gustaría que supieras que, a pesar de que no te lo he demostrado, y que pensarás que estoy loca por hacer semejante afirmación, creo que me he enamorado de ti como nunca lo he hecho en mi vida. Y quizá, por eso contigo he sentido más miedo que con nadie, porque has llegado a un punto de mi corazón que era intocable y eso me asusta.

Y me callo, por fin. Hugo me mira ojiplático, como si un alien estuviera a punto de salir por mi boca en cualquier momento para engullirlo.

—Di algo, por favor —suplico ante su silencio sepulcral.

—Yo... no sé qué decir. Me cuesta creerte.

Asiento, cabizbaja. ¿Qué esperabas? Le has mentido, has traicionado su confianza. Has echado todo a perder, por cobarde. Le echa en cara mi cabeza a mi corazón.

Cojo el bolso que había dejado apoyado encima de la mesa y decido salir de aquí. No voy a ser capaz de decirle nada más, y está claro que Hugo tampoco quiere seguir hablando. Salgo de su casa corriendo y bajo los escalones de dos en dos. El ascensor me trae demasiados recuerdos y no tengo el cuerpo para pasar por eso ahora. Cuanto antes desaparezca de aquí mejor.

—¡Sara!

Su voz grita mi nombre mientras sus pasos resuenan atronadores escaleras abajo, tras de mí.

Paro en seco y me giro, en el preciso instante en que Hugo me da alcance. Rodea mi cuerpo con sus brazos para fundirme contra su pecho. Las lágrimas ya han hecho acto de aparición en mi cara y una vez abierta la caja de Pandora sé que no podré parar. Hugo pasa la yema de sus dedos por mis

mejillas, al tiempo que alza el rostro para que lo mire a los ojos. Y ahí está, esa sonrisa que le ilumina la cara y le llena de luz la mirada, ha hecho aparición de nuevo y me la vuelve a dedicar a mí.

—Ni se te ocurra escaparte otra vez, Sara. No te vuelvas a ir de mi vida, nunca más.

Estoy a punto de empezar de nuevo con la diarrea verbal cuando cubre mi boca con sus labios, para callarme, elevándose al séptimo cielo.

Me agarra por el culo y me sube a horcadas para llevarme de vuelta a su casa, sin dejar de besarme. La puerta está abierta de par en par y nos falta tiempo, y manos, para quitarnos la ropa y devorarnos. Lo siento más cerca que de mí que nunca. No es solo la piel, es el corazón que se ha entregado a él sin tapujos, sin temores y que me hace disfrutar de este instante como si fuera único. Lo siento dentro de mí, en cuerpo y alma. Y me lleno del éxtasis más maravilloso y placentero que jamás haya alcanzado. Un orgasmo físico y emocional.

—No sabes cuánto te he echado de menos —susurra, mientras acaricia mi cuerpo después del homenaje sexual, y hasta espiritual, que acabamos de darnos.

—Me hago una ligera idea —contesto guiñándole un ojo.

—Este cambio de actitud del que me hablabas, ¿significa que seré bienvenido en tu casa? —bromea.

—Significa que serás bienvenido donde quieras estar. En mi casa, en mi vida... Además, debo confesarte que acabo de mudarme y ahora vivo sola. He cortado el cordón umbilical con mis padres.

Hugo se apoya sobre la mano y me mira fijamente.

—Interesante cambio.

Me giro hacia él y adopto la misma postura, con la cabeza apoyada sobre la mano.

—Y tú, ¿qué vas a hacer? ¿De verdad piensas mudarte al pueblo con tu madre?

No sé si quiero saber la respuesta. A lo mejor se va y seremos de esas parejas que comparten vida cada quince días, hasta que la distancia (o una tercera persona) las separa definitivamente.

—Creo que después de tu confesión la mudanza se va a transformar en una visita exprés con billete de vuelta.

Y me vuelve a besar, e iniciamos de nuevo el ciclo de caricias y pasión que con tanta rapidez nos enciende y enloquece.

Quiero esto el resto de mi vida. Quiero valentía para enfrentarme a mis miedos y vencerlos. Quiero valor para contentarme a mí misma y no al resto de la humanidad. Quiero descubrir todo el potencial que hay dentro de mí para alcanzar mis sueños y cumplirlos. Quiero tener más realidades que fantasías.

Y, sobre todo, quiero a este hombre a mi lado, para amarlo, para sentirlo, para conocerlo, para entenderlo, para enfadarlo, para encenderlo. En resumen, para atrevernó juntos a vivir este cuento sin final cerrado al que algunos llaman vida.

FIN

AGRADECIMIENTOS

Como no podía ser de otro modo, tengo un montón de gente que espera ver su nombre en estas líneas, y no puedo decepcionarles. Allá vamos:

Gracias a mi compañera de fatigas, Elena Serra, por reírse con todas las tonterías que salen de mi boca constantemente, y animarme a usarlas para esta historia (aunque no sé si estará al nivel de nuestros cotilleos).

Tengo que dar las gracias en cuerpo y alma a mi persona vitamina, Silvia Guinart, por aconsejarme siempre que apunte al sol para llegar a las estrellas. Tú sí que eres la estrella más brillante de este universo.

A mis hijos, Estela y Dani, les agradezco tantas cosas. Pero, sobre todo, les doy las gracias por irse a dormir temprano (casi siempre sin rechistar), para dejarme ese huequecito diario que uso para escribir. Os quiero hasta el infinito y más allá.

Por el amor, por soportar mi mala leche, mis locuras, mis miedos, por ayudarme a ser mejor persona, por las risas que hacen saltar las lágrimas, y por no dejarme abandonar mis sueños cuando estaba a punto de hacerlo. Tengo que darle las gracias con todo el amor de mi corazón a mi marido, Boris. Si no existieras, tendría que inventarte. O iría hasta Bulgaria a buscarte de nuevo. Обичам те.

Por supuesto, agradezco a mis padres el apoyo, el amor y la ilusión con la que esperan que cumpla mis sueños. Y que sigan aconsejándome que tenga cuidado que por ahí hay mucho malo. Y a mis hermanas, Mar y Yoli, porque si mis padres son mis raíces, ellas son mis alas. Si vuelo alto será gracias a vosotras. Sois el mejor aquelarre del mundo. Os quiero mucho, familia.

A Rafa Serrano le agradezco el gran trabajo que ha hecho siempre como manager de todas mis novelas digitales y la ilusión con la que ha vivido todos mis logros literarios. Algún día encontrarás el filón de oro que estás buscando.

También quiero dar las gracias a todas mis amigas, compañeras y lectoras beta por devorarse el primer borrador como si no hubiera un mañana y pedirme más novelas como esta. Da gusto escribir con lectoras así.

Para finalizar, tengo que agradecer a Wendy Barnet, editora del Grupo Editorial Traveler y a su compañera, Alejandra López, la confianza depositada en esta historia, el tiempo dedicado a dejarla brillante y el entusiasmo con el que se ha llevado a cabo todo el proceso de edición. Vais a llegar lejos y para mí será un honor formar parte de ese camino.

Y a vosotros, a los nuevos lectores, y a los que me seguís desde hace tiempo, os agradezco la confianza por elegir esta historia en un millón de libros estupendos.

Gracias por leerme, siempre.

